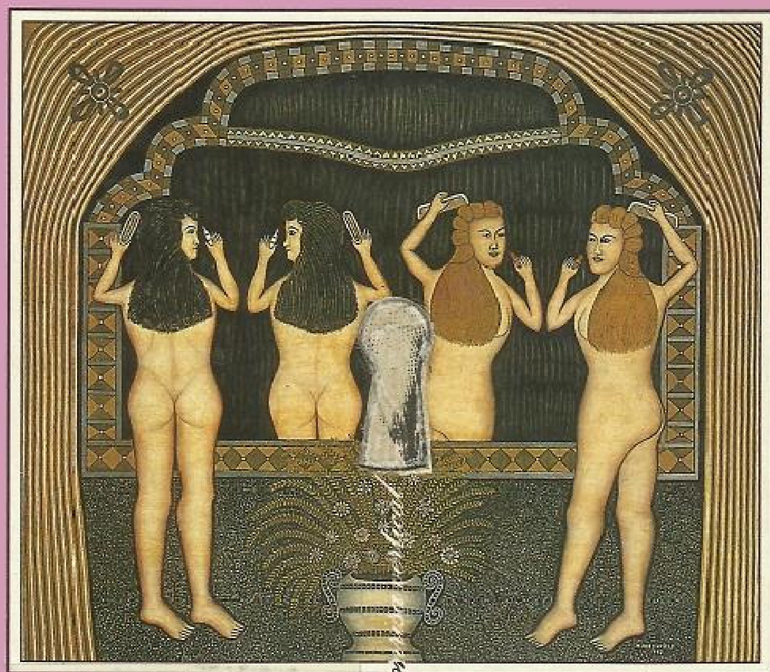
Irene González Frei

Tu nombre escrito en el agua



XVII Premio La sonrisa vertical



Sofía, una joven al parecer como tantas otras, vive en Madrid en el seno de un grupo de amigos que comparten inquietudes y amores. Tras el matrimonio con Santiago, cuyas relaciones sexuales se extreman en la violencia a medida que el tiempo va corroyendo el afecto y las apetencias, Sofía, desencantada y triste, encuentra un día a Marina. Entre las dos se establece instantáneamente una atracción singular, casi mágica. Emprenden un viaje por Italia con destino a Roma, donde a Marina le espera un trabajo en una organización internacional.



Irene González Frei

Tu nombre escrito en el agua

La sonrisa vertical 91

ePub r1.0
ugesan64 19.02.14

Título original: *Tu nombre escrito en el agua*
Irene González Frei, 1995

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.0



Para Marina que,
de todos los personajes de esta historia,
es el único cuyo nombre
no he tenido el valor de cambiar.

Mi propia existencia, si tuviera que escribirla tendría que ser reconstruida desde fuera, penosamente, como la de otra persona.

Marguerite Yourcenar,
Memorias de Adriano

Imaginemos que el cristal es tenue como una gasa, y que así podemos pasar a través de él.

Lewis Carroll,
A través del espejo

Primera parte

Dondequiera que estés ahora, Marina, no debes pensar que te he olvidado. Aún conservo fragmentos de nuestro amor vertiginoso entre las grietas del dolor y el desconsuelo. Aún tiembla mi cuerpo al recuerdo de tus manos suaves, y el silencio tiene la voz de tu voz, cada imagen rescatada por la memoria es un poco de vida para mis ojos, que ya no son nada sin los tuyos.

Fuimos más que Sofía y Marina, yo fui tú y lo seré nuevamente.

Por las noches me visitas en sueños, y odio el sol porque nos separa, porque te aleja de mi. Te perdí una vez, y te pierdo cada mañana en que la luz me muestra la inmensidad de tu ausencia. Y ahora que ya es tarde para vivir, quiero hallar tu nombre y tu rostro en los espejos vacíos, tus rasgos que eran iguales a los míos, tan iguales como ni siquiera los de una hermana gemela pueden serlo, quiero apresar de nuevo la mirada del agua que se contempla en Narciso, pero sólo encuentro voces secretas, recuerdos, sombras. Encuentro el olor del paraíso y las cenizas de la gloria.

Tenía dos mujeres para él, Marina y yo, atadas la una a la otra, cara a cara, desnudas, a su entera disposición. No podía desaprovechar la oportunidad. Atravesó la habitación, a grandes pasos, y le perdí de vista.

Ignorábamos qué iba a pasar. Yo estaba debajo, de espaldas a la cama, y tenía a Marina sobre mí. Sentí en mi pulso el palpitar del suyo. Unas correas de cuero sujetaban mi muñeca izquierda a su muñeca derecha, mi muñeca derecha a su muñeca izquierda, doblemente esposadas. Él nos había atado también por los tobillos.

De modo que estábamos como quien va a ser descuartizado o como cuando hacíamos el amor, amor: con las piernas abiertas y los brazos en alto. Cada parte de mi cuerpo se correspondía con su exacto reverso, el cuerpo de Marina, desde las piernas hasta las manos.

Probé a incorporarme, aunque el peso de ella me aplastaba contra el colchón, y entonces caí en la cuenta de que no podía moverme más que unos pocos centímetros. Las ligaduras de las muñecas y los tobillos habían sido a su vez fijadas a la cama. No había alternativa; debíamos permanecer en esa posición el tiempo que a él le apeteciera. Otra vez, pensé, otra vez, pero ahora no estoy sola.

Busqué los labios de Marina, los encontré detrás de un jadeo leve y entrecortado, uní a ellos los míos. No percibí inmediatamente la humedad de su boca. Antes sentí el sabor excitante e inconfundible de su lápiz de labios. Lo saboreé, recorriendo con la lengua la suave superficie del labio superior desde la comisura hasta el centro, y luego el otro lado, y el labio inferior. Al paso de mi lengua iban apareciendo esas pequeñas grietas verticales que el maquillaje cubría. Su boca estuvo entonces tan húmeda como la mía y resbalamos juntas en nuestro beso, que también sabía a sangre. Me miró, sus ojos negros clavados en los míos, y esa mirada fue la señal de que nuestro amor nos unía más allá de cualquier circunstancia.

Abrí la boca para recibir su lengua, la primera lengua de mujer que se había introducido jamás en mi boca de mujer, la primera y la única en cruzar el confín que me separaba de la pasión más intensa de mi vida, en acariciar las líneas irregulares de mi paladar y jugar en las cumbres y los desfiladeros de mis dientes antes de remontar el curso de las encías. Ella hundió su pubis para que yo sintiese el calor ahora inalcanzable de su sexo apretado a mi sexo, y yo llené de aire mis pulmones para que mis pechos le transmitieran a los suyos el placer que me procuraba tenerla sobre mi, pese a todo. Entrecruzamos los dedos de las manos. El contacto era perfecto, como en nuestro amor y en los espejos. Habíamos logrado abstraernos del mundo circundante para subir a la isla de nuestra unión en medio de las tempestades de ese océano incierto que nos

estaba esperando; no éramos sino nuestro beso y su pubis y las manos enlazadas y mis pechos.

—Sofía… —murmuró ella; me fue difícil reconocer su voz; era un simple rumor sin timbre y sin fuerzas—. Sofía, te quiero —entonces sí la dulzura característica de su voz consiguió abrirse paso para llegar hasta mí.

—Y yo te quiero a ti —le dije, y volví a besarla: el agua de nuestra boca expresaba más que nuestras voces.

Su pulso se aceleró. Intenté acortar aún más la distancia que separaba nuestros coños alzando la pelvis.

En ese momento, él regresó. Estaba desnudo, ahora. La polla le colgaba fláccida e inerte como un miembro atrofiado. Había ido a beber una copa, lo supe después, cuando me echó encima su aliento. Las costillas se le marcaban claramente bajo la piel. No logré comprender el significado de la expresión de su rostro. Apoyó las rodillas sobre la cama y nos contempló largamente, como si él tampoco supiera qué iba a suceder en los siguientes instantes. Al cabo extendió su mano firme y la apoyó sobre la nuca de Marina. Temí que fuera a ahorcarla. En lugar de eso, la acarició una larga caricia, lenta y extasiada a lo largo de la espalda. Ladeé la cabeza para observarle a través del resquicio que se abría entre mi brazo y el de Marina, bajo las axilas. Ahora le estaba acariciando las nalgas, pero muy pronto su mano siguió bajando, la cara exterior de los muslos, las corvas, las pantorrillas, esa prominencia combada y tersa que yo también había acariciado, tantas veces.

Entonces sentí la punta de sus dedos sobre mí, aferrando a la vez mi tobillo y la correa que me inmovilizaba. Permanecimos los tres expectantes, confundiendo nuestros jadeos de deseo y de temor. Luego, él reemprendió la marcha de su mano en sentido inverso, volvió a subir, tocándonos a las dos al mismo tiempo, las pantorrillas, las corvas, llegaría, no iba a detenerse, la cara interior de los muslos; y llegó, en efecto; el coño, el mío y el de Marina, húmedos desde nuestro contacto anterior y nuestro beso, calientes como sus dedos, dos coños para él, uno encima del otro, para su mano que subía y bajaba de canto, se abría paso entre los labios y alcanzaba la carne más lisa y delicada.

Me introdujo un dedo, muy despacio, era el índice, y una vez

hubo llegado hasta el fondo, presionó hacia arriba. De manera que comprendí que le había hecho lo mismo a Marina, pero con el pulgar, porque sentí la opresión de su vientre que descendía contra mi vientre que subía, los dedos de él que buscaban encontrarse a través del obstáculo de nuestros cuerpos.

Marina extendió su lengua y me lamió detrás de la oreja. Volví a mirarla, para que me besara otra vez. Nada más rozarse nuestros labios él cogió a Marina por los cabellos y le levantó la cabeza. Esta vez, no fue violento con ella.

—No —dijo—, nada de besos entre vosotras. Hoy soy yo quien impone las reglas.

Se puso de pie. Noté que su polla ya estaba tiesa. Rebuscó en el armario, cogió dos pañuelos y con ellos nos amordazó. Los anudó firmemente sobre nuestras bocas abiertas. Fue en ese momento cuando olí el alcohol de su aliento. Nos había quitado el consuelo mutuo del beso, pero no podía robarnos la calma de la mirada; y aunque nos hubiese vendado los ojos, de todas maneras yo habría sabido comunicarme con Marina. Percibía los latidos de su corazón sobre el costado derecho de mi pecho, sus resuellos en busca de aire, el sudor de su palma contra la mía, el vello erizado rozando mi piel. Estábamos atadas como si fuéramos una sola persona, y lo éramos. Mordí el pañuelo, pero mis mandíbulas no alcanzaron a cerrarse por completo.

Él permaneció en pie unos instantes. Con los cinco dedos de la mano derecha rodeó su sexo y se empezó a masturbar, mientras controlaba la resistencia de las ligaduras con la mano izquierda. Luego, sin dejar de magrearse, volvió a apoyar las rodillas sobre la cama, entre mis piernas abiertas, entre las piernas abiertas de Marina. Le separó las nalgas y se inclinó sobre ella. Sin duda tenía ante su vista el estrecho orificio del ano; lo lamió, lo cubrió de saliva, pude sentirla, se derramaba sobre mi coño en gruesas gotas cálidas. Luego soltó la polla y posó ambas manos sobre Marina, una sobre cada nalga. Las separó y entre ellas colocó su sexo. Pensé que iba a penetrarla, aunque no fue así. Se limitó a cerrar las nalgas de ella con su sexo en medio y se contoneó, arriba y abajo.

Pero eso no era bastante para él. Se apartó del culo de Marina y volvió a lamerlo. Luego se mojó los dedos en la boca y los pasó

sobre mi culo, humedeciéndome hacia arriba, hacia el coño; sentí el cosquilleo de los pelos que se me pegaban a la piel. Volvió a mojarse los dedos y ahora no me mojó externamente, sino que introdujo uno de ellos en la abertura de mi ano, sin detenerse ante mis muecas de dolor, hasta el fondo. Después lo extrajo y se dispuso a follamos.

Vi que los ojos de Marina se cerraban por un momento y luego volvían a mirarme. Era la primera vez que un hombre la iba a penetrar. Mucho habíamos hablado al respecto, mucho habíamos planificado también, y ahora estaba a punto de suceder.

Él calzó sus manos bajo mis muslos, muy arriba, casi sobre las nalgas, y me levantó unos veinte centímetros. En ese movimiento, mi clítoris chocó contra el pubis de Marina y allí se quedó, en vilo, obteniendo un goce inesperado. Entonces la carne ardiente de su polla me penetró por el culo, abriéndose paso despaciosamente, rompiendo las resistencias de mis músculos contraídos. Fue un dolor intolerable, tuve que doblar las rodillas cuanto pude, que no fue mucho, dejando caer las piernas de Marina entre las mías, de otro modo su polla terminaría por desbaratarme el recto. Fue un dolor intolerable, al principio; pero luego, cuando la tuve toda dentro, sentí un fuerte alivio. Rogué que no la sacara, que no la sacara nunca, porque sabía que el sufrimiento regresaría en cuanto su sexo saliese de mí, me voltearía como a un guante, arrastraría consigo mi piel seca e irritada. Y sin embargo lo hizo. Tras dos o tres embestidas que se me hundieron en las entrañas, él extrajo su polla de sopetón y fue en busca del coño de Marina. Empujó mis muslos hacia abajo, a fin de ponemos a la altura justa. Ella estrechó aún más su mano contra la mía y por la presión de sus dedos pude advertir el exacto momento en que él la penetró. Había sucedido, finalmente.

Sin soltar mis muslos, él nos sacudió a las dos, para que nos agitáramos sobre su polla. Estiré otra vez las piernas. Las ligaduras empezaban a lastimarme la piel de los tobillos. Pero él no lo notó, o no le importó. Quería seguir con su juego, con las dos mujeres para él y los cuatro orificios esperándole. Salió del coño de Marina, se irguió sobre su cuerpo, cubriéndola como una sombra, y la folló por el culo, ella soltó un gemido ahogado por la mordaza y entonces la

presión de su mano me dolió más que las correas contra mis miembros, pero no protesté, me gustaba ser su consuelo, el último recurso de su desesperación, el arbusto en la pared del precipicio para que se sujetara a mí antes de la caída definitiva. Y sus ojos, que no dejaban de mirarme, se llenaron de lágrimas.

Dos cuerpos me aplastaban ahora y me faltaba el aire.

Entonces él pasó a mi coño, y luego otra vez al ano de Marina, y al coño de Marina, y a mi ano, sucesivamente, cada vez más aprisa, sin orden ni ritmo ciertos. Me izaba y me descolgaba, colocándonos a su antojo, en tanto él mismo caía de rodillas o se enderezaba para buscar el mejor ángulo de penetración, saltaba de un orificio a otro como si pisase piedras dispersas para atravesar un arroyo, quería demorarse, retrasar el momento de alcanzar la otra orilla, así que volvía sobre las mismas piedras, avanzaba y regresaba, un ano, Marina, un coño, yo, hasta que ya no pudo contenerse más, llegó a la margen opuesta, estaba dentro de mí y empezó a temblar, en mi ano, sentí el remolino caliente en mí interior, sus espasmos, la embestida final hasta la base de su polla y el fondo de mi recto, y me soltó las nalgas, se derrumbó sobre mí y sobre Marina mientras se corría, sin extraer su sexo aún, gozando de las sacudidas últimas de su orgasmo, extinguiéndose paulatinamente, y por entre la sonrisa húmeda de su boca satisfecha profirió un insulto y nos maldijo.

El día en que vi a Marina por primera vez, numerosos presagios me habían anunciado que mi vida estaba a punto de cambiar. Parecían puras casualidades, pero fueron creando en mí la oscura intuición de un acontecimiento extraordinario. La primera señal me la dio un sueño. Yo me hallaba ante los portales de una catedral desierta, desde cuyo interior una voz desconocida me llamaba con insistencia. Entré. Dos filas de columnas idénticas conducían hacia una luz enceguecedora. Con la lógica peculiar de los sueños, en ese momento yo sabía a ciencia cierta que esa luz y la voz que me nombraba eran una misma cosa. Mientras andaba en dirección a ella, la luz se desvanecía para transformarse en un espejo, que me devolvía una imagen perfecta de mí misma. Estaba pasando a través

de él, como si fuera una puerta, cuando desperté, llena de una felicidad inexplicable. ¿Cómo iba a imaginar que estaba ante el anuncio de mi encuentro con Marina? Yo, como cualquier otra persona, era lo bastante vanidosa para considerarme única. La posibilidad de que existiera mi doble, alguien perfectamente igual a mí, me era por completo ajena, y mucho más, desde luego, la idea de que Regaría a verla, a besarla, a enamorarme de ella. Aún aletargada, extendí las manos para palpar mi propia imagen, que suponía todavía delante de mí. Pero sólo toqué el cuerpo dormido de Santiago, quien se revolvió entre las sábanas y me abrazó. Mi respiración agitada debió de alarmarle.

—¿Qué pasa, Sofía? —preguntó con voz pastosa—. ¿Has tenido una pesadilla?

No respondí. Noté que apretaba contra mí su sexo, completamente tieso. Salté de la cama y fui a la cocina a tientas, con pasos lentos e indecisos. Temía pasar ante un espejo y que se rompiera el hechizo del sueño, encontrar un cristal trasparente que no devolviera mi imagen. No eran más de las seis. La noche empezaba a amarillear en el cielo del alba. Me costaba regresar a la vigilia.

Permanecí en pie ante la ventana de la cocina, mirando la ciudad dormida, a esas horas inciertas en que la eterna batalla entre la claridad y las tinieblas se halla en equilibrio perfecto. Antes de casarme con Santiago, el amanecer era mi hora preferida. Es el momento más indiscreto del día, cuando se cruzan las primeras gentes que van a trabajar con aquellos que aún no se han acostado, los «ya» y los «todavía» despiertos, y es entonces cuando los curas, los albañiles, los porteros y las modistas andan codo a codo con las putas, los borrachos, los travestis y los chorizos. Es el momento en que Madrid se ve más bonito, como si no lo hubiera tocado nadie nunca, como si te perteneciese, aun si eres forastera como yo; te promete una vida distinta y mejor. Pero el sucederse irreversible de las horas te irá arrancando las ilusiones una a una, con una potencia arrolladora, y regresarás al ámbito de la rutina, a la red de costumbres consoladoras. Hasta que ello suceda, sin embargo, la mañana será una aventura y un riesgo, un azar inefable donde cualquier cosa es posible.

El sueño de la catedral, aunque no era erótico, me había dejado en todo el cuerpo un deseo indefinible. Estaba casi desnuda, descalza, y bastaba el roce más ligero, una mano sobre el muslo, el brazo encima de los pechos, un labio contra el otro, para provocarme un cálido temblor que me recorría la espina dorsal y me apremiaba hasta las vísceras. Quise apartar de mi esa urgente sensualidad. Lo mejor era regresar a la cama, despertar a Santiago, restregarme contra él para reconocer los signos indudables de su virilidad, chupársela, esperar con las piernas abiertas las embestidas de su sexo en el mío, hundir mi incertidumbre bajo el peso de su carne desnuda y olvidar mi sueño para siempre. Pero no me moví. Algo en mi interior, tan misterioso como la voz luminosa del sueño, me lo impidió, y seguí contemplando la ciudad a través de la ventana.

Imperceptiblemente, comencé a acariciarme. Al principio, fueron unos movimientos involuntarios, lentos, meros esbozos que aumentaron mi deseo poco a poco, a la manera en que la aurora inminente se cernía sobre el mundo. Luego, sin embargo, mis caricias cobraron un frenesí deliberado y el aliento de mis propios jadeos me excitaba aún más, como mi mano en mis pechos, en mi vientre, apartando las bragas y hurgando en mi pubis tibio y anhelante. Me interrumpí de golpe. Un escrúpulo inédito me detuvo, impidiendo dar rienda suelta a mi placer. ¿Es posible, me dije, que nadie a excepción de mí misma sea capaz de producirme una satisfacción plena, que sólo mi cuerpo tenga la forma de mis deseos?

Pero en ese preciso instante el sol asomó entre las azoteas, abriendo un surco resplandeciente a través del espacio, iluminándome con su luz aún inmaculada, y mi cara apareció ante mí como en un sueño, reflejada en el cristal de la ventana, cercada por mis cabellos oscuros pero bañada de claridad, y sonreí, y vi mi sonrisa calma sobre la tenue figura del cristal, y mi desenfreno no encontró más escollos, y me hallé otra vez en el sueño.

Con las piernas abiertas, de puntillas, casi en volandas, como tratando de elevarme más allá de mí misma y de mi propio placer feroz, puse la mano sobre mi sexo ya libre, mis dedos se abrieron camino por el vello tibio contra las bragas, se demoraron en el

clítoris, en los labios, buscaron el atajo hacia las simas del coño, dentro, dentro, dentro, escurriéndose entre ambos flancos del mismo modo en que se avanza por entre dos filas de columnas iguales, en busca del estanque manso sobre el cual se mirará Narciso, en busca del centro del centro de mi ser arrasado por tormentas confusas de deseo y premonición, sintiendo como en los sueños que mis dedos eran mis dedos y también eran otra cosa, algo mucho más hondo y feliz y verdadero, y en mi sexo las tormentas eran mi imagen en el cristal, desarmada de dicha, y mi propio cuerpo desnudo agitado en mí y en el reflejo, el reflejo que me sublevaba contra mi suerte y me llevaba al gozo más alto, donde son posibles las auroras y las tempestades, las manos mías y ajenas, las putas y los sacerdotes, mi beso sobre mi beso en el cristal, los espejos, la luz y las tinieblas, el aliento de mi jadeo silencioso, mi sexo amado y amante, la aurora, el centro del centro, los presagios, mis pechos en el fuego de mis propios pechos y los espejos, y el amor de dos cuerpos idénticos que llegan a la vez a un único orgasmo.

Los presagios siguieron acosándome ese día. Me eché encima un vestido ligero, me calcé a toda prisa un par de zapatos bajos y salí a la calle sin advertirle a Santiago. Desayuné en un bar café con leche y churros calientes. Disponía de más de una hora libre antes del trabajo, de modo que me dispuse a esperar, como un conspirador que acecha a su próxima víctima. La mañana se me figuraba mía, sólo mía, y quería sentirla en la piel, aún estremecida por la memoria de mi placer a un tiempo doble y solitario. Era una memoria de mi cuerpo, mucho más intensa y profunda que cualquier entelequia urdida por la inteligencia.

El sol nuevo centelleaba en el agua sobre la acera, donde una mujer soñolienta fregaba ante el portal de un edificio. Sus movimientos tenían algo de sublime, y me parecía que detrás de ellos, y del resplandor en el agua, y de las ansias de mi cuerpo, se escondía un fugitivo signo, cuyo sentido podía ser esencial para entender qué diablos me estaba pasando. Me sentía como hechizada, a un pelo de dar el salto que me proporcionaría la clave

y lo explicaría todo; un salto que debía realizar con mi cuerpo estremecido, ya libre del peso de toda idea, y con nada más.

El prodigio se rompió.

—Señorita, oiga. ¡Señorita! —me decía un tipo a mi lado.

Tardé en mirarle. Parpadeé y volví a malas penas al mundo corriente. El tipo tendría cincuenta años bien llevados. Lucía una lacia cabellera negra, grasienta y sucia. Vestía un temo gris, muy ajustado, quizá con el objeto de dar la impresión de que no había ropa suficiente para contener sus músculos. No era mal parecido, pero encima de los pómulos prominentes y la nariz afilada, sus ojos vidriosos te advertían que no te convenía darle demasiada confianza.

—Debe usted andar con mucho cuidado —añadió, empalagosamente; luego bajó la voz—: Hay demasiados individuos peligrosos hoy en día.

Me señaló a un viejecito visiblemente mareado, que cabeceaba de sueño en una esquina del bar: el sol le había cogido en plena borrachera; ni se había dado por enterado de que le tenían por un posible agresor, un criminal salvaje. Su única actividad era hipar con brincos indolentes.

—Si me permitiera usted acompañarla… —dijo el tipo.

—No, no se lo permito —respondí. Me dirigí a la puerta, y él me cogió del brazo.

—¡Suélteme! —dije.

—No olvide lo que le he dicho.

—Suélteme —repetí.

—De acuerdo, como diga usted. —Me soltó—. Pero tenga mucho cuidado.

Salí del bar y vagué por las calles, procurando recuperar el instante de la revelación inminente, pero fue en vano. El esfuerzo de la conciencia me alejaba cada vez más de mis propias emociones. Una brisa fresca soplaba en ráfagas lentas. Estábamos a principios de mayo y comenzaba a hacer calor. A esas horas, sin embargo, el rigor del sol aún no se sentía.

Por Semana Santa, Santiago y yo habíamos ido a Santander; nada más llegar, había empezado a llover a cántaros. Y mientras estuvimos allí siguió’ lloviendo casi sin interrupción; pero ello no

impidió que Santiago se entregara a su terca costumbre de echar fotos a tontas y a locas, pese a que los resultados solían ser completamente decepcionantes. Sus fotografías eran siempre borrosas, torpes, mal encuadradas, movidas.

Decidí pasar a recoger las fotos de aquel viaje. La dependienta me las había prometido para esa mañana. El estilo inconfundible de Santiago se veía en cada imagen; me había cortado la cabeza y las piernas, y retratado con la cámara inclinada, de espaldas y de lejos. Su habitual incompetencia esta vez bordeaba el milagro: ¿cómo se explica, si no, que el mar, dilatado e imponente, haya acabado siempre desenfocado? Pero, mira por dónde, las fotos tenían otro problema, que no era de achacar a Santiago, sino al revelado de los carretes o al azar. De las dos únicas fotografías en que aparecía yo sola en primer plano, habla una copia idéntica. Entre las fotos desdibujadas de la playa vacía, el cielo nublado y el mar encrespado, ahí estaba mi propia imagen duplicada. Estudié los negativos, pero el fenómeno se manifestaba solamente en las copias y no en la película. La dependienta no supo darme razones. A las nueve menos cinco, llegué a la galería.

Encendí las luces, me senté ante mi escritorio. Los cuadros me atisbaban desde las paredes como fantasmas imperfectos, aprisionados en la cárcel de un rectángulo de madera. La exposición era de Manolo Díaz Mendoza, un joven pintor abstracto, pero las imprecisas figuras cobraban formas bosquejadas por mi imaginación. Extendí ante mí las dos fotos duplicadas. Las contemplé. Se me antojó que no mostraban el lado oscuro de mi vida, sino el lado visible: el único existente; como si me revelaran que yo era un ser esencialmente incompleto, una mera fachada.

Sonó el teléfono. Era Santiago.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Perfectamente. —¿Qué otra cosa podía responderle?—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te has ido sin despertarme. Te he esperado en casa hasta ahora; creí que volverías. —Su voz delataba el esfuerzo por no hacerme reproches. Desde la muerte de Laura tenía que encogerse de hombros ante mis desplantes y aceptar a regañadientes mi taciturna reserva. Y le costaba mucho.

—No me pasa nada —dije.

—Sofía —agregó—, te quiero.

Permanecí en silencio.

—¿Me has oído? —insistió.

—Sí.

Vaciló un momento, durante el cual pude oír sus bufidos al otro lado del hilo, y luego me propuso, con forzado entusiasmo:

—Si te apetece, podemos ir al cine esta noche.

—No lo sé.

—Piénsatelo. Nos vemos por la noche —dijo por último—. ¿Vale?

—Vale. —Colgué.

Me lavé la cara, me preparé un café, guardé las fotos, llamé por teléfono a la dueña de la galería para informarle, como de costumbre, que no había nada nuevo que informar, atendí a los visitantes, procuré que la vida recobrara su cauce de tedio y certezas cuando entró Manolo, el pintor, con el último presagio que coronaba aquella mañana perturbadora.

—¿Recuerdas la historia de Orbaneja, el pintor de Úbeda?

—No.

—¿No has ido al colegio, mujer? Es una historia que cuenta Cervantes en el *Quijote*.

—No la recuerdo —dije—. Si quieres contármela, venga. Si no, deja de preocuparte por mi memoria o mis estudios.

—Hostia, Sofía —me dijo Manolo; traía un paquete envuelto con hojas de periódico, al parecer un cuadro—, veo que te has levantado de mal humor. Ayer, en la inauguración, estabas radiante. Y en cambio hoy…

Manolo era un tipo de unos treinta y cinco años, con la cara muy blanca y los ojos hundidos, en tomo a los cuales destacaba la negra aureola de sus ojeras eternas. Solía pasar las noches en vela y no se acostaba nunca antes de las nueve de la mañana. No llevaba largos bigotes en punta, ni vestía ropas excéntricas, ni montaba alborotos cuidadosamente organizados, como se supone que deben hacer los pintores modernos. Vivía para su arte y era muy sensible y

comprensivo. Ambos, creo, sospechábamos que de haber sido otras las circunstancias en que nos conocimos, hubiéramos podido amamos, quizá no de un modo desenfrenado, pero sí profundo. Y con esa tristeza que causan las posibles vidas no vividas, nos dábamos cuenta de que ya tal vez ni siquiera estábamos a tiempo de ser grandes amigos. Le juzgué en ese momento la persona más apropiada para escucharme. Quería desahogar mi desazón con alguien lo bastante alejado de mi vida como para no tener que rendirle cuentas en lo sucesivo de cada uno de mis actos. Daba igual que fuera hombre; ya no me quedaban amigas.

—Es que he tenido una mala noche —le dije para empezar mi confesión de un modo corriente.

Y le conté el sueño de la catedral. Manolo emblanqueció, se puso más pálido que nunca, si eso era posible. Rasgó los papeles que envolvían el paquete y me enseñó un cuadro. Era mi retrato. No se trataba de una pintura naturalista, no; la figura se veía incierta y veladamente. Como en un sueño. A los lados dos conjuntos convergentes de líneas verticales daban la impresión de ser filas de columnas.

—¿Cuándo lo has pintado? —balbuceé.

—Anoche, al volver a casa.

Enmudecimos, asustados por la coincidencia. Soy muy supersticiosa; cuando rozo zonas oscuras de lo sobrenatural, es decir, de lo que para mí lo es, prefiero hacerme la desentendida y evitar el asunto. Ya no me apetecía hablar de mí misma, así que cambié de tema:

—¿Qué haces despierto a estas horas? Para ti el mediodía es la madrugada.

—Es que me ha llamado una periodista —explicó con el desprecio arbitrario que empleaba siempre que se refería a las profesiones de ciertos individuos, como los psicoanalistas, los publicistas, los dentistas y, justamente, los periodistas—. Siempre me llama, siempre me está invitando a sitios horrorosos. Su casa, por ejemplo. Y anoche llamó tantas veces que creí que había sucedido una desgracia y acabé por contestar. Tú sabes que detesto el teléfono. ¡Y con razón! No hace más que traer enfados[5] como el de esta periodista. —Su misantropía me hacía reír a carcajada

tendida—. Me dijo que quería «hacerme unas preguntas» que le habían quedado pendientes de anoche, en la inauguración. ¿Y por qué regla de tres le han quedado pendientes, me lo quieres explicar tú?

—¿Y qué le has contestado?

—Todo lo contrario de lo que pienso, adrede desde luego, como venganza —respondió—. Pero después no he vuelto a conciliar el sueño y aquí me ves.

—A mí también me ha quedado pendiente una pregunta —comenté.

—¡Válgame Dios! ¡Es una conspiración! —bromeó él; y luego, ofreciendo su pecho a proyectiles imaginarios, dijo—: Venga esa pregunta. Estoy resuelto a todo.

—¿Qué pinta Cervantes en el cuadro? —Señalé el retrato.

—¡Es verdad! ¡Se me había olvidado! —exclamó Manolo.

—Es natural. Aún estás dormido.

—Pues, verás, el caso es que Orbaneja, el pintor de Úbeda —explicó—, era tan mal artista que si pintaba un gallo, debía escribir debajo con letras góticas: «Este es gallo». Y cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: «Lo que saliere».

Reímos francamente. La presencia de Manolo me reconfortaba.

—Pues bien —concluyó él, frotándose las negras ojeras—, eso es precisamente lo que me ocurrió con este cuadro. Quise hacer una imagen abstracta y me saliste tú.

Podría mentir, exagerar las coincidencias de aquella mañana, inventarme más presagios, pero escribo para ti, Marina, para que me oigas desde tu silencio, y tú sabes que esta solamente es la verdad, esas fueron las señales que me envió la fortuna, o la providencia, o tu amor aún en ciernes, a fin de anunciarme la revolución que habría de arrasar con los últimos vestigios de mi vida pasada. «Las casualidades no existen», me dijiste tú con una sonrisa para mitigar todo énfasis. «La felicidad de dos almas no puede quedar librada al azar», y yo te creí. ¿Por qué no iba a creerte? Estábamos en el punto más alto de nuestra dicha, y el viento del mar refrescaba nuestros cuerpos enlazados; y esa misma

noche, una noche suave de verano ante el golfo de Nápoles, hicimos el pacto. El hotel tenía ínfulas aristocráticas y se llamaba Royal; el baño era casi tan grande como la gigantesca habitación, los muebles eran dorados, las paredes estaban empapeladas con faisanes y rosas y magnolias y templos y sauces, yacíamos en una vieja cama con dosel, pero nada de esto nos importaba porque sobre tu vientre desnudo yo dibujaba los trazos húmedos de mi lengua, subía hasta la cima de tus pechos, me detenía en el temblor de tus pezones, y luego me dejaba caer otra vez hacia tu ombligo, lentamente, sin buscar atajos, desviándome para lamer el remate curvo de tu cadera, besar los labios de tu sexo con mis labios ardientes, introducir en aquella cavidad acogedora mi lengua, que parecía hecha a la medida y que aún sabía a tu piel, y yo podía sentir las palpitaciones de tu corazón en el abismo de tu cono, restregar mi cara contra él, llenar mi boca con su humedad, aspirarla para llevarla hasta mis pulmones, cubrir con sus gotas el surco que en mis ojos alguna vez habían dejado las lágrimas, y escuchar tus palabras de amor mientras te corrías sobre mi lengua, y oír luego las mías, mientras me iba entre tus manos, pero esas palabras no bastaban e hicimos el pacto, el pacto que jamás me atreveré a romper. Estas son nuestras verdades y no puedo cambiarías. Ahora que ambas hemos sido expulsadas del paraíso de nuestra felicidad, me niego a mentir: no quiero perderte otra vez. Ya no vives más que en la verdad de mi memoria, y es tan dolorosa, y es tan Clara, y es tan poco.

En el momento en que Manolo acababa la frase, entró en la galería el hombre del temo gris, el que me había hostigado en el bar. Manolo lo tomó por un visitante común y me susurró por lo bajo:

—No le digas que yo soy el pintor.

Acto seguido, en dos zancadas, se plantó ante los cuadros, fingiendo contemplarlos con desinterés. Así era él: incorregiblemente tímido y humilde. A mí me divertían sus caprichos, pese a que en cada exposición suya me veía obligada a realizar prodigios para vender los cuadros sin su apoyo.

Pero el hombre de gris no tenía ningún interés por la pintura. Y lo demostró muy pronto. Sin echar siquiera un vistazo a las obras expuestas, se dirigió a mí.

—¿Cómo está usted? —dijo, clavándome sus ojos vidriosos—. Espero que no haya olvidado mis consejos.

—Me ha seguido.

—No, señorita, ¿qué le hace a usted pensar eso? —replicó el tipo de gris, rascándose el pelo grasiento—. Trabajo a dos pasos de aquí. He salido a comer y la he visto a usted desde fuera…

—¿Qué quiere? —le interrumpí; me hastiaba aquel hombre con su aire casi profesional de pobre diablo preocupado por el prójimo.

—Bueno, ya que lo pone usted de ese modo… —se frotó las manos—, y visto que es un hermoso día de primavera…

Manolo había dejado de simular ante los cuadros y nos miraba con curiosidad.

—Yo… Quería invitarla a usted a nadar —concluyó el tipo de gris.

—¿A nadar? —Manolo y yo nos esforzamos por contener una carcajada.

—Conozco una piscina pública al aire libre, a sólo quince minutos de Madrid —añadió el tipo hinchando los músculos; nada parecía quebrar su obstinada insistencia—. Podríamos comer allí, tomando el sol, y luego regresar…

Como un agente del destino, el hombre acababa de pronunciar las palabras que me conducirían a ti por primera vez, Marina, pero entonces yo no lo sabía.

—Soy casada —repliqué—, y…

—¡No interprete mal mis intenciones! —se apresuró a exclamar.

—No me importa cuáles sean sus intenciones. Le pido que me deje en paz.

El tipo miró a Manolo, buscando complicidad masculina.

—Usted es testigo, caballero —le dijo—. En ningún momento he intentado molestar a esta señora.

Pero Manolo no le defendió.

—Ya la ha oído —se limitó a observar—. Lo mejor es que se vaya.

El hombre del temo gris farfulló una despedida ceremoniosa y se

marchó. Antes de salir, se detuvo ante la puerta de entrada; sin que nadie se lo preguntase, como una amenaza, informó:

—Mi nombre es Carranza. —Y se perdió entre la gente.

Con todo, el hombre del temo gris tenía razón. Hacía un sol fantástico para comer en un restaurante lóbrego y abarrotado, deprisa, de pie, con clientes prestos a empujarme y derramarme la cerveza sobre el vestido, mientras los camareros me urgirían a dejar libre mi sitio de una buena vez.

—¿Qué te parece la idea de comer en una piscina? —le pregunté a Manolo—. Tengo un par de horas libres. Podríamos ir nosotros dos, solos.

—Es un plan espantoso. —Dejó caer la mano como si ahuyentase una mosca—. Lo que es a mi no me coges.

—Oye, no te creas que estoy intentando seducirte —aclaré tontamente.

—Espero que no, porque conozco a tu marido desde mucho antes que a ti.

Era verdad. Habían sido compañeros de estudios de publicidad. Manolo, acorralado por sus padres, que se oponían a verle caer en la clásica indigencia de los artistas, buscaba aprender un oficio corriente con el que ganarse el pan. Luego decidió que aquello era demasiado para un temperamento como el suyo y desistió. Por fortuna, no le había ido tan mal como artista. Santiago, en cambio, continuó estudiando y ahora trabajaba como dibujante en una agencia de publicidad de segunda línea. Manolo fue incluso testigo de nuestra boda.

—No eres tú el problema —agregó Manolo—. Es que odio el sol. Me atonta, me da sueño, me hace sentir que estoy perdiendo el tiempo. Y las piscinas y todos esos lugares en los que uno paga para divertirse suelen estar llenos de gentes que, justamente, no saben divertirse sin pagar. Ya sabes, pedicuros, dentistas, abogados, agentes de turismo…

—¡Oh, no empieces otra vez con los mismos discursos de siempre! —le interrumpí—. Iré sola.

—¡Por Dios, te sentará mal! Acabarás enfermándote —dijo—.

Pero allá tú.

Escondí el retrato detrás del escritorio. Me despedí de Manolo, cerré la galería y regresé andando a casa. Allí, metí en el bolso el bañador que había llevado en Semana Santa al mar; no lo había usado, a causa de las copiosas lluvias, y aún apestaba a naftalina. Subí a mi coche, un viejo Seat Marbella. Cogí por la Castellana y salí de la ciudad.

Recordaba haber visto el anuncio de una piscina sobre la Madrid–Burgos, mientras estábamos atascados en el tapón de turistas y Santiago aprovechaba para fotografiar un campamento de gitanos cercano a la carretera. Se me había quedado grabado el nombre de la piscina, por ridículo: «El Tórrido Trópico». Paré en una gasolinera para llenar el depósito y volví a la carretera.

En la radio ponían viejos boleros, de esos que ayudaban a mi madre a evocar a mi padre y le permitían llorar a sus anchas: *Ojos negros, Perfidia, Obsesión* y uno que nunca supe cómo se llama pero que me fascina: «Une tu voz a mi voz / para gritar que vencimos / y si es pecado el amor / que el Cielo dé explicación / porque es mandato divino». No lo consideré en ese momento un nuevo anuncio de lo que me sucedería en lo inmediato, porque a mí no me hacía recordar a mi padre sino a Santiago. Él solía cantármela con grandes aspavientos, una mano en el pecho y la otra vuelta hacia arriba, como quien pide limosna, exagerando la pronunciación sudamericana («que el sielo dé explicasión») y poniendo los ojos en blanco. La cantaba sobre todo antes de que nos casáramos. Era su modo de sobrellevar el remordimiento que aún nos provocaba, a ambos, la historia de nuestro amor: una historia clásica de traiciones de juventud, cuyos avatares ahora me causan gracia, pero que entonces desató cierto revuelo.

Todo empezó por un asunto de impuntualidades. Yo no había cumplido todavía veintiún años, hacía dos que estaba en Madrid y tenía un novio algo mayor que yo, llamado, ni más ni menos, Juan Marcos Lucas Mateo. En este nombre que era toda una declaración teológica, Mateo venía a ser el apellido. Para simplificar, sus amigos le decían «el Pulga». Le pegaba el apodo: era una persona que vivía en medio del abandono y la negligencia. Sin ser mugriento, tenía siempre aspecto desaliñado. Iba mal vestido, con la barba de dos

días, el pelo revuelto y las gafas remendadas con cinta aislante de electricista. Sé con certeza que tenía piojos. Su apartamento era un revoltijo de botellas de cerveza vacías, ropa sucia y revistas pornográficas. La absoluta indolencia que le dominaba le impedía mover un dedo para oponerse al avance del desorden, como si este respondiera a las excesivas fuerzas del destino. Era tan holgazán que con frecuencia, para follar, yo tenía que montarme sobre él, de otro modo ni se molestaba.

«Trabaja tú, hija», me decía, «que aún eres joven», y se tumbaba en el sillón, con los pies apoyados sobre una pila de revistas, y yo tenía que desvestirle, despojarle de sus prendas una a una, como a un borracho o a un niño dormido, y adrede le dejaba las gafas; luego le acomodaba las plantas sobre el suelo y le despertaba la polla, siempre tan cansada como él mismo, la manoseaba, la mamaba hasta que se dignaba aparecer una erección aceptable, y entonces yo me subía sobre él, sosteniéndole el sexo para que no resbalara, porque él ni eso, me movía y me sacudía a la velocidad adecuada a fin de que la excitación no le abandonase y a la vez no se me fuese él antes de tiempo, porque el Pulga se masturbaba como yo, pero estaba acostumbrado a sus pajas de holgazán, realizadas con el mínimo esfuerzo, zas zas y basta. Sin embargo, a mí me gustaba lo que a él le gustaba: mirarme; me dejaba a mi aire y eso le excitaba más que nada. «Acaríciate», me pedía; entonces yo, montada sobre su polla, tenía que tocarme, pasarme una mano sobre los pechos, la otra en el clítoris, y las gafas del Pulga se descolgaban poco a poco, tenía gracia, eso me divertía mucho, y de su labio caían gotitas de baba. Yo ya no le miraba más, y seguía tocándome, rastreando en los resquicios de mi cuerpo hasta encontrar allí el orgasmo, me sacudía, ahora más impetuosamente, y bastaban dos brincos eficaces, zas zas, para que él se corriera conmigo.

El Pulga tenía alquilado un ático de dos niveles, que eran a la vez las dos habitaciones de la casa, comunicadas por una escalerilla como de submarino. El piso superior alguna vez había sido el dormitorio; luego llegó un punto en que apenas se podía entrar allí, de modo que él tomó una decisión trascendental: arrojó el colchón escaleras abajo y ya no volvió a subir. Afirmaba que cuando

también el piso inferior se volviera inhabitable, abandonaría todo como estaba y pagaría otro piso de alquiler. El Pulga, no sé por qué, esperaba de mí que le lavara los platos y pusiera un poco de orden en el antro en que vivía, quizá para no verse obligado a cumplir con la abrumadora promesa de desalojar el piso y buscar otro.

Una tarde, mientras mirábamos la televisión, me dijo:

—Sofía, en toda pareja hay un momento en que el amor se consolida. —Se atusó la barba con gravedad. No es ninguna novedad que los tipos que tienen relaciones con mujeres más jóvenes que ellos, aunque estas sean apenas unos días más jóvenes, se atribuyan responsabilidades formativas y suelan perorar en tono académico, edificante. Pero yo no presté atención a sus discursos.

—Cállate —dije—. Quiero ver la peli. —Estaban poniendo una de la Wertmüller.

—Sofía, es importante —insistió—. Hoy me he tomado el trabajo, con mucho gusto naturalmente, de hacer una copia de las llaves de casa. Son para ti. —Y agregó solemnemente, como si me condecorara—: Aquí las tienes.

Yo sabía que ese gesto no significaba nada para él. Todos sus amigos tenían las llaves de aquel tugurio. Las repartía a diestra y siniestra para no tener que levantarse a abrir la puerta. Más aún, sabía que me mentía en lo concerniente al «trabajo» de hacer las llaves, pues meses atrás había encargado una docena de copias, precisamente con el objeto de ahorrarse fatigas en el futuro. Apenas salía de casa para comprar comida china, procurarse una película en el videoclub o dar sablazos al padre, un impresor que se enriqueció tras la muerte de Franco al pasar de las estampas de santos en éxtasis a las láminas de los éxtasis de señoritas en cueros. Para colmo, el Pulga añadió:

—Desde hoy, mi casa es tu casa.

—Te lo agradezco —comenté yo—, pero esta pocilga nunca será mi casa.

—Y como esta es tu casa —prosiguió, fingiendo no haberme oído, en especial porque le cansaba discutir—, puedes disponer de ella como más te apetezca. Si quieres ordenar, ordena. Si quieres limpiar, limpia.

Yo aparté los ojos de la pantalla para mirarle, estupefacta.

—Si quieres, incluso, qué sé yo, colgar algún póster que te guste, puedes hacerlo —concluyó con magnanimidad.

—Llega un momento en la vida de una pareja —dije remedando su pomposidad— en que hace falta una criada. Si pensabas contar conmigo para ello, puedes irte a tomar por culo.

Antes de que llegara a arrepentirse, le arrebaté el manojo de llaves que aún sostenía entre sus dedos y seguí mirando la película.

Pese a que los continuos traslados de mi familia, de ciudad en ciudad, me impedían conocer a las «gentes limpias», mi madre, nieta de severos alemanes, nunca se había resignado a verme en compañía de tipos que no le gustaban en absoluto, individuos de baja estofa, como ella decía, te pasará lo mismo que me pasó a mí, Sofi, no te ríes de ellos. No me dejaba muchas posibilidades, mi madre. Detestaba, por propia experiencia, a los muy soñadores y a los muy formalitos. Por esa razón, el Pulga fue el primero de mis novios que ella aceptó, pues no era lo que se dice un tipo circunspecto y a la vez provenía de una familia próspera; es decir, era una equilibrada combinación entre los dos extremos detestados, el justo medio. Pobre mamá, antes de morir me hizo prometerle que me casaría con el Pulga. Asentí porque ella estaba muy enferma y yo no quería disgustarla, pero no consideraba ni en broma la posibilidad de casarme tan joven, y mucho menos con el Pulga. No porque me opusiera al matrimonio como institución, sino más bien lo contrario. En aquel tiempo, una boda era a mis ojos un compromiso riguroso, que debía celebrarse sólo en virtud de un amor profundo. Y yo aún esperaba al hombre de mi vida; lo había buscado, con esa angustia fervorosa de las ilusiones llamadas a ser insatisfechas, por las calles de muchas ciudades, en el colegio, en la facultad; en relaciones pasajeras, en polvos sórdidos o exultantes, en amigos íntimos o en algún desconocido entrevisto en medio de una multitud. La mía era una pasión sin objeto, absurda, sin duda egoísta; el mero ideal de lo que debía ser una pasión; un amor que engendraba yo misma, y hacia mí se orientaba; tenía la forma de mis deseos y la oscilación de mis incertidumbres; por ello, me daba cuenta, no sin pesar ni temor, de que nadie, sino yo misma, había sido capaz de contentarme hasta entonces. Y el Pulga, desde luego, no era la respuesta que yo buscaba; me divertía su modo de ser,

pero no estaba enamorada de él, y me era imposible imaginar a su lado una vida compartida. Supongo que yo tampoco era para él mucho más que un pasatiempo: apenas la clásica jovencita desamparada de provincias, perdida en Madrid, que juega a ser desenfadada y con quien es posible solazarse hasta que empieza a fastidiar. De hecho, en la vida del Pulga sus amigos eran más importantes que yo.

Entre esos amigos se hallaba Santiago. Me parecía muy guapo, pero también muy pedante; no se le conocía mujer, y él daba a entender que ello se debía a su alto nivel de exigencia. Luego, sin embargo, con modales bruscos o fingiendo complacer inexistentes ruegos míos, me instaba a que le presentara a una de mis amigas. Yo no lo juzgaba un buen partido, así que me negaba, aunque al cabo acabé por ceder, pues se me hacía indispensable otra presencia femenina en casa del Pulga, cuyos amigos se comportaban ante mí como si yo no estuviera, quizá llevados por el ambiente insalubre del ático, profiriendo guarradas, pedorreando, meando con la puerta del cuarto de baño abierta de par en par y hasta hurgándose las ladillas en mi presencia. Sondeé a las que estaban libres, y debo reconocer que mis informes acerca de Santiago desencantaron a todas mis amigas.

Sólo una aceptó entrar en el juego, porque era incapaz de negarse a cualquier pedido: Francisca, una andaluza recién llegada a Madrid que estudiaba sociología; era flaca, alta y nerviosa, siempre en tensión como un alambre y siempre ocupada en mil menesteres impostergables; reuniones políticas, clases de español para inmigrantes africanos ilegales y otras actividades por el estilo ocupaban casi todas sus horas. Era una roja de pies a cabeza, esa especie en extinción, de aquellos que, si te descuidas, ahí mismo te espetan que el único error de Stalin fue su excesiva indulgencia. Imposible concebir dos personas más disímiles que Francisca y Santiago; sin embargo, nunca supe muy bien cómo ni por qué, entablaron una relación de ratos libres, melancólica y sin esperanzas, animada solamente por discusiones estériles.

Desde luego, era inevitable que los cuatro nos viésemos a menudo. Si lográbamos que el Pulga asomase la nariz a la calle o Francisca hallara un hueco en sus trajines, salíamos al cine o a

beber una copa. De lo contrario nos encontrábamos en el ático cochambroso para fumar porros, mirar la tele o un vídeo, matar el tiempo con juegos de mesa tan estúpidos como el Doblaje o el Nostalgy. Con un deje de añoranza por la juventud malbaratada, recuerdo aquella época de mi vida como un periodo de infinita monotonía, de descontento, de largas caminatas solitarias por las calles de una ciudad en el máximo de su esplendor. Los madrileños saben reconocer intangibles matices en cada una de sus esquinas; y, quizá porque miran de soslayo a Barcelona con una punta de envidia secreta, dicen que su ciudad es una gran aldea, o un batiburrillo de fragmentos heterogéneos. No pensamos lo mismo quienes la hemos conocido en bloque; para mí, Madrid es un carro echado a todo galope al que no puedes subirte sin descalabrarte. Los habitantes de las grandes ciudades ignoran hasta qué punto segregan, sin proponérselo, a los forasteros, que acaban por marcharse, por volverse fanáticos del nuevo sitio con ese fervor de los conversos de que carecen los auténticos ciudadanos, o por agruparse en patéticos refugios folclóricos donde llorar las nostalgias de la tierra natal. Otra alternativa es sencillamente el vegetar en el desapego, que es lo que nosotros hacíamos. Ninguno de los cuatro era de Madrid, salvo el Pulga, que se jactaba de no saber dónde estaba el Metrópolis, de modo que llegábamos tarde a todas las modas, desbarrábamos al querer hablar en jerga, nos sentíamos excluidos de las tradiciones y las costumbres, sentíamos el peso de un calificativo que nadie nos endosaba a bocajarro pero que se leía en los ojos de todos: paletos. Eso éramos y eso nos unía.

Y es en este punto de la historia donde interviene la impuntualidad.

Tanto el Pulga, por su indolencia, como Francisca, por sus compromisos, solían damos a Santiago y a mí larguísimos plantones. Al principio quisimos evitarlo mediante inocentes argucias, como por ejemplo declarar que el inicio de una película era media hora antes de lo que en realidad era. Pero pronto esta estrategia se nos volvió en contra: cuando los impuntuales comprendieron que fraguábamos el horario de las citas, dejaron de creemos y se dieron más que nunca a la impuntualidad.

Durante esas largas esperas Santiago y yo llegamos a conocemos

y a estrechar más la amistad. Descubrí que su altanería no era más que una forma sesgada de la timidez. Obraba como un niño, ofreciendo al mundo una máscara de aplomo para encubrir un temperamento inseguro y temeroso. Lo mismo cabía decir de los súbitos arranques de violencia en que a veces incurría, inexplicablemente. Esto despertaba en mí, contra toda lógica, oscuros instintos de protección. Quería cuidarle, impedir que volviese a sufrir. Pues, en efecto, había sufrido mucho; y no sin reticencias me refirió la dolorosa historia de su vida: había nacido en un pueblo perdido de Sierra Morena, el último de los ocho hijos de un matrimonio infeliz; su padre, un recaudador de impuestos madrileño que aceptó sin rechistar ese destino de exilio, era un pusilánime sin ideas propias y sometido por completo a los caprichos de la esposa. Esta le reprochaba incesantemente a su marido la opresiva vida de provincias y jamás se interesó por los niños. A los ocho años, Santiago no sabía leer ni escribir; a los quince se lio con una mujer mucho mayor que él, casada con un general recién llegado al pueblo. Cuando ella quedó viuda y volvió a Madrid, Santiago escapó de casa y corrió en pos de su amante, que lo rechazó de plano. Tan sólo lo había usado para mitigar el tedio provinciano, el mismo que aquejaba a su madre. Santiago ya no regresó a su pueblo natal y sus padres no hicieron nada por reencontrarle: no había vuelto a verlos desde entonces. En Madrid había trabajado en todo lo que puede trabajar un adolescente sin familia, al inicio incluso (pero esto yo lo sabría mucho después) se había prostituido. Por una cama bajo techo y un plato de comida, se follaba maricones marchitos en busca de carne joven. Luego las cosas fueron mejorando, y así había podido completar los estudios. Por ello, me parecía que, como yo, aspiraba a una vida tranquila, no por satisfacer un mero ideal burgués, sino por un anhelo desesperado de paz y felicidad. Comparándolo con Santiago, el Pulga se me antojaba entonces inmaduro e insignificante.

Una tarde de finales de agosto en que hacía un calor de infierno, los cuatro nos habíamos citado en el ático del Pulga. Al llegar, encontré a Santiago, solo, lavando los platos de su amigo, esa tarea titánica a la que yo me había opuesto.

—¡Vaya! —comento—, eres todo un héroe.

—Bueno, es que se han cumplido tres meses desde la última limpieza —bromeó—. Y hoy tengo intenciones de cocinar. Estoy harto de la comida china.

Yo estaba empapada en sudor, aunque llevaba un vestido de algodón holgado, único modo de soportar mal que bien la asfixia incandescente de los veranos madrileños. De manera que fui al baño, me desvestí, entré en la ducha y me metí bajo el chorro de agua helada. Aproveché para lavarme el pelo con el champú contra los piojos, que aún se obstinaban en acosarme. No me apetecía echarme encima otra vez el vestido sudado. Revolví entre la ropa sucia del Pulga hasta dar con una camisa que no apestaba. Cuando salí, Santiago había terminado. Yo estaba descalza y a los pocos metros recorridos ya me había ensuciado las plantas de los pies. Él me preguntó:

—¿Crees que en el piso de arriba habrá platos para lavar?

Nadie se había aventurado a subir en meses; ambos lo sabíamos. Y porque lo sabíamos, simulamos ignorarlo. El Pulga había ido a sablear a su padre y tardaría en regresar: lo tenía cada vez más difícil; unos pocos duros le costaban horas de discusión.

—Voy a echar una ojeada —anuncié, mientras escalaba ya los primeros peldaños.

—Te acompaño. No es buen sitio para muchachas solas, aunque tengan los pies sucios —dijo Santiago, socarrón.

Vino tras de mí. Yo dejaba al subir el rastro pestilente del champú contra los piojos.

—¡Qué olor tienes, Sofía! —exclamó él.

—Es el Nopioj —informé cuando hubimos llegado arriba.

—¿Y eso qué coño es? Le expliqué que Nopioj no era una arcada ni un insulto, sino el nombre de un champú antiparasitario. Santiago olvidó para siempre la excusa de los platos sucios y me dijo:

—Lo que es yo, no me fio de estos productos modernos. El mejor sistema es el que se ha venido practicando desde los orígenes de la humanidad. El mismo que aún usan los monos.

Sobre la red metálica del somier de la cama sin colchón había toda suerte de trastos, lo mismo que en el suelo. Santiago aferró la cama por el costado y la levantó. Las cosas rodaron hasta formar un

enmarañado revoltijo sobre el revoltijo previo. Luego cogió una manta de lana y la extendió encima del somier.

—Ven aquí —añadió, en tanto se sentaba en una esquina de la cama.

Me tumbé boca arriba sobre la manta y apoyé mi cabeza en las piernas de Santiago. Escarbó suavemente entre mis cabellos morenos. Era la primera vez que me tocaba, fuera de los roces convencionales de los saludos.

—Aquí hay un piojo —murmuró.

—¿Cómo puedes ver? —dije yo.

Nos llegaba apenas la luz desde el piso inferior y estábamos en una penumbra indecisa en la cual yo veía a duras penas sus rasgos. Me costaba recordarlos. Siguió acariciándome el pelo. Sentí una confusa mezcla de sensaciones, donde a estímulos perceptibles, como el embotamiento del calor, la ducha fría, la oscuridad, las manos de Santiago, el escozor de la manta en mi piel, se sumaba el alivio de poder escapar de la desencantada vida con el Pulga y la quimera de haber dado al fin con el hombre que buscaba hacía tanto tiempo. Todo ello me hundía en un sopor insondable. De pronto oí la voz de Santiago, como se oyen las voces un momento antes de que el sueño nos venza. Decía:

—Hay otro sitio donde suelen anidar los piojos.

No fue necesario que me explicara cuál era ese sitio. Abrí los faldones de la camisa y rodeé con mis manos los pelos del coño. Santiago me acarició otra vez, y ahora mi sopor se trocó en ansia. Lo deseé, lo deseé como jamás había deseado a ningún hombre. Separé las piernas, para que pudiera llegar hasta los contornos de mi sexo, hasta mi sexo mismo, y él desplegó los dedos de ambas manos en abanico, con el pulgar y el índice revolvía en mi pubis, con el corazón y el anular se abría paso entre la aspereza del vello hacia la suavidad incipiente de los labios, y con el meñique completaba su obra presionando en esa excitante zona de nadie que divide el culo del coño, un fin que es a la vez un principio, una línea no de separación sino de unión. Yo percibía el frotamiento de sus dedos en mi pelvis de un modo sordo, retumbante, casi en mi interior, como cuando comes turrón con los oídos tapados, que te parece que se te están cayendo los dientes. Y al cabo noté que sus

dedos se desentendían de mi vello, lo apartaban y empezaban a buscar una nueva posición en el coño, los pulgares sobre el clítoris, el índice introduciéndose poco a poco, llamando al otro índice, llenándome, penetrándome juntos para abrirse luego allí dentro, y los otros tres dedos despegaban los labios con el propósito de facilitarles la tarea. Yo, en cambio, no necesité todos los dedos, me bastaron apenas dos, para cogerle de la nuca y obligarle a inclinarse sobre mí, para romper la simetría uniforme de los diez dedos pares y añadir a ellos la lengua impar, la excentricidad de once dedos rígidos y húmedos y blandos sobre mi clítoris, en mi sexo, en la línea de unión, en los labios desplegados. Los movimientos de Santiago eran algo bruscos, pero me calentaba el pensar que tenían por destinatario mi coño. Y todo mi cuerpo adquiría una nueva sensibilidad; en la oscuridad de la habitación me parecía ver desfilar los olores. El jabón y el champú de mi cuerpo; la memoria del Pulga en la camisa; la humedad y la fetidez de las cosas amontonadas en tomo de nosotros; el detergente de las manos de Santiago y el agrio sudor de su pecho mezclado con la ya remota colonia que se había echado sin duda por la mañana. Su lengua húmeda subía y bajaba sobre mí, me rodeaba cubriéndome de ansiedad y regresaba para complacerme otra vez. Es curioso, pero sólo entonces advertí que los carrillos de Santiago no tenían esa barba a medio rasurar que caracterizaba al Pulga. Me gustó.

El calor del ambiente se concentró en mi vientre y mis muslos, como el agua que escapa por las alcantarillas, a punto de derramarse en la cuenca de mi coño. Crujió el somier metálico de la cama. Y Santiago se interrumpió, apartando su rostro y sus manos de mi sexo.

Yo estaba a punto de correrme, de precipitarme en ese pozo de felicidad incierta y descontrolada, pero él me forzaba a detenerme un segundo antes de la caída, de despeñarme en el gozo, me arrastraba de nuevo a los dominios de la razón y el buen sentido. Ahora, de alguna manera, entreveo en aquel primer orgasmo no alcanzado la cifra de nuestro amor, siempre a un pelo de ser algo más de lo que en verdad sería, una promesa eternamente renovada y eternamente incumplida, un alarde que habría de ser sofocado por el peso de sus propias amenazas temibles, un muerto que’ mata

porque no se resigna a morir, un espejismo doloroso. Pero entonces no lo entendí así. Me empeñaba en ver concretadas mis ilusiones.

¿Qué te pasa? —pregunté luego de un momento.

—No podemos —me dijo él, irguiéndose.

—Santiago… —quise intervenir.

—Que no. Que ni el Pulga ni Francisca se merecen esto.

Por toda respuesta le abrí el cinturón, le desabroché los pantalones, corrí la cremallera. Tardé en hacerlo, tardé mucho; mi posición y la oscuridad me dificultaban los movimientos, pero él no me rechazó. Lo sentí respirar nerviosamente en el silencio del atardecer. Busqué su polla entre los diversos estratos de tela, el pantalón, la camisa, los calzoncillos. Di con ella. La tenía grande y estaba empalmado: necesité las dos manos para cogerla. Me di la vuelta hasta hallarme de cara a él y comencé a chupársela.

—No —dijo sin apartarme—. No.

Siempre he creído que el primer abrazo con una persona es revelador. Hay al inicio una sorpresa brevísima, en la cual tu memoria repasa de modo casi instantáneo todos los cuerpos que has abrazado en el pasado, compara con este nuevo cuerpo, lo clasifica e inconscientemente lo evalúa, lo cotiza, lo etiqueta. La primera cosa de Santiago que estreché entre mis manos no fue su cuerpo estremecido en un abrazo, sino su polla tiesa, temblorosa.

—No —repitió una y otra vez, hasta que al fin sus convicciones se derrumbaron y farfulló—: Sí…

Entonces aceleré los movimientos de mis manos y se la mordí suavemente, afirmando los dientes detrás del glande, guardando para mi lengua y mi paladar ese globo caliente y liso, una burbuja que se me antojaba repleta de semen y a la que yo debía hacer estallar para satisfacerle, una esfera interrumpida por un pequeño tajo en el que introducir la punta de la lengua y agitarla, una protuberancia sostenida por un asta en la que debía izar su placer. Hundí aún más los dientes, la burbuja reventó, y él se corrió en mi boca, derramándome toda su carga ardiente y áspera. Me quedé quieta unos momentos, mientras él se reponía. Yo conservaba el semen sobre la lengua sin tragarlo. Me di la vuelta para escupir. Él adivinó mis intenciones.

—Espera —me detuvo; me alzó sosteniéndome la cabeza,

aplastando los pelos que antes había acariciado—. No lo escupas —añadió—. Dámelo.

Me besó en la boca. Abrió la suya para que le pasara todo el semen. Alargué la lengua y descargué el líquido, tal como él acababa de hacer conmigo. Se lo tragó. Y ese fue nuestro primer beso.

—Ahora ven aquí tú —le ordené yo, sin darle tiempo a que protestase, mientras me echaba sobre el somier.

Le cogí de la mano y le indiqué que se arrodillara entre mis piernas. Volví a llevar su rostro hasta mi sexo. Y le obligué a besarme y besarme sin un respiro. Le tenía aferrado por los cabellos, de modo que lo alzaba y lo hacía caer otra vez al ritmo justo, en los compases exactos de mi deseo, en los que su lengua era una ayuda y un estorbo. Le sacudí, como a un muñeco; le clavé mis uñas en el cuello hasta hacerle sangrar, usé su cara para que me devolviera lo que me habían quitado sus dedos, la nariz sobre el clítoris, los labios y la lengua en el sexo, la barbilla sobre la línea del ano y el coño, y cuando se acercaba el momento de correrme hundí más aún su cara contra mí como si todo él fuera una polla que se apretaba contra mi clítoris frenético y mi sexo enloquecido, y el calor de ese día de infierno volvía a vaciarse entre mis piernas calientes, como una hoguera cuyas llamas tenían la forma de mis propios miembros y el aspecto de mis propios rasgos que se me presentaban igual que ante un espejo. Le utilicé para mi placer solitario ya sin pensar en él ni desearle, abismándole en mí, en mí, en mí misma, que era lo único que me importaba y lo único que veía en la oscuridad incierta y amiga, y entonces la inminencia del orgasmo se me hizo intolerable, me abrí la camisa, me la quité, me despojé de las últimas cáscaras del Pulga, y cubrí la cabeza de Santiago con mis manos para ya no ver ni siquiera un fragmento de aquel hombre que en ese instante no era nada para mí y mirar en cambio el dibujo trémulo de mis dedos y mi vientre arqueado hacia arriba buscando lo más alto del gozo y mi sexo y mis propias tetas convulsionadas y mi pecho sin aire y mis hombros que besé un momento antes de que mi cuerpo se desarmase abiertamente en el grito de ese orgasmo rabioso y libre que sólo me buscaba a mí y no imploraba el socorro de nadie.

Santiago quiso seguir besándome; le empujé sin maldad. Lamentaba haberle manipulado de esa forma, pero no se lo confesé.

—¡Vaya por Dios! —exclamó él, en cambio—. Eres terrible. Me has dejado la cara estropeada. —Se rio a carcajadas.

Yo aún no acababa de reponerme, y sobre mi cuerpo estremecido sus manos me crispaban, llenándome de fastidio. Además, estaba empapada. La manta lanuda y áspera me escocía a lo largo de toda la espalda.

—¿Qué diremos de esto? —me preguntó Santiago.

Me senté. El aire ardiente de la habitación llegó a parecerme una brisa helada que me refrescó.

—No lo sé —respondí, apartándome el pelo sudado de la cara—. Si ellos no hubieran sido impuntuales, nosotros no habríamos hecho nada.

—Así es la vida, querida Sofía —dijo Santiago, ahuecando la voz para imitar los discursos educativos del Pulga, de los que él nunca dejaba de burlarse—. Uno está condenado a llegar tarde a todas partes, inexorablemente.

—En la vida de una pareja —sonreí— hay que afrontar siempre el momento de la infidelidad.

Santiago cambió bruscamente el tono de su voz, volviendo a su inflexión habitual, para decirme:

—Me gustas. Mucho.

No tuve necesidad de contestar. Antes, él me cubrió la boca con la palma de la mano a fin de hacerme callar, pues en el piso inferior se dejó oír el ruido de una llave. Se nos había olvidado por completo que el Pulga y Francisca tenían que llegar de un momento a otro. Nos quedamos paralizados, pillados de sorpresa por el advenimiento de la realidad. Ahora tendríamos que permanecer allí quién sabe cuánto tiempo; podía pasar una semana hasta que el Pulga se decidiese a salir otra vez. Quien acababa de entrar arrojó unas cosas sobre la mesa y exclamó:

—¡Vaya, no me lo puedo creer! —Era el Pulga.

Pero no se refería a nosotros, por supuesto, que no podía vemos, sino a los platos limpios. Aquello le colmaba de beatitud. Jubiloso, canturreó acompañándose con palmoteos. Luego encendió el televisor y metió un vídeo, mientras seguía tartajeando dislates en

voz alta.

—El muy gilipollas habla solo —me cuchicheó Santiago.

Tuve que morderme la boca para no reír. Nos recostamos sobre el somier, con mucha cautela para que no crujiera, el uno al lado del otro, de cara al resplandor que entraba por el hueco de la escalera. El vídeo que había alquilado el Pulga, lo comprendimos muy pronto, era pornográfico. Entonces se oyó una especie de tamborileo.

—¿Qué es eso? —murmuré.

Los ruidos del piso inferior ganaron en intensidad, acompasadamente, hasta volverse casi estrepitosos.

—El muy gilipollas se está haciendo una paja —replicó Santiago, siempre susurrando.

Tiene algo de obsceno asistir a las conductas privadas de los demás. Esto, más que haberle puesto los cuernos, se me figuraba la verdadera deslealtad hacia el Pulga. Luego vino el silencio, los pasos del Pulga hasta el baño, el rumor del agua con que se lavaba, el regreso a la sala. Un bostezo, igual a un rugido: ya saciado, exhausto por una actividad tan superior a sus fuerzas, el Pulga veía la película desapasionadamente. Un eructo. Otro. Un timbrazo, un nuevo sonido de llaves, y el Pulga, sin duda con el mando a distancia, pasó raudamente del vídeo pornográfico al boletín meteorológico. Deduje que debía de ser Francisca quien llegaba, pues ella también tendría una llave, que había recibido sin tantas arengas. Escuchamos un saludo burlón:

—¿Cómo estás, haragán, gandul, tumbón, perezoso…? —y siguió con la ultrajante sinonimia.

En efecto, sólo Francisca se permitía tratar así al Pulga. Solía decirle que cuando inauguraran el monumento dedicado a él, al descorrer la tela se vería que no había nada, nada, porque era una nulidad completa.

—Ah, eres tú… —dijo el Pulga—. Venga, pasa. Santiago me acarició las piernas y me miró a los ojos. Nos besamos. Aún conservaba en su boca el sabor áspero del semen.

—¿No han llegado los otros todavía? —preguntó Francisca—. Es imposible.

—Alguien ha estado por aquí, pero se ha vuelto marchar.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque los platos están limpios —replicó el Pulga.

—Ya —dijo ella—. Y como tú no has lavado un plato en tu puta vida, no cabe duda de que por aquí ha andado otra persona.

—Así es. Debe de haber sido Sofía.

—¿Y por qué no Santiago?

El Pulga pareció no haberla oído.

—Ya decía yo que esa chica acabaría por abandonar su pose de esnob y regresaría a las sanas costumbres de provincias —observó.

Lentamente, muy lentamente, Santiago se desvistió.

—¿Y si los muy hijoputas se han ido juntos? —receló Francisca—. A estas alturas andarán por el tercer polvo.

—Pues basta con que hayan dejado los platos limpios —dijo el Pulga con soma.

—Eres un asco, Pulga. Eres desagradable, estomagante, odioso…

—Estás diciendo tonterías, mujer —respondió él—. Ya deben de estar a punto de llegar. Mientras tanto, empecemos a ver la película.

—¿No quieres esperarles?

—Querida Francisca, es necesario que cada cual se haga responsable de sus propios actos. Si nos han dado un plantón, no tienen derecho a protestar.

Santiago acercó su boca a mi oído y cuchicheó:

—Eso mismo digo yo.

El Pulga manipuló los videocasetes y el televisor; sin duda había alquilado dos películas, la una de uso privado y la otra de uso público. Metió la segunda. Era una de esas de terror empalagoso, como le gustaban a él. Le fatigaban las películas en las que hay que pensar demasiado. El texto más largo que había leído en los últimos años era el de los calendarios libertinos impresos por su padre.

«La muerte no logrará acabar con nuestro amor», dijo uno de los personajes de la película. «Regresaré a por ti desde el Más Allá».

Santiago no se había apartado de mí. Percibí el eco húmedo de su lengua en mi oreja y un cosquilleo que me hizo vibrar. Rechinó levemente el somier.

—Me gustas —volvió a decir, en mi oído.

—Pueden oímos —repliqué, también en voz baja.

Nos dimos un largo beso que tuvo el sabor imprudente de las traiciones y la duración del remordimiento. No tiene barba, volví a decirme. Y le susurré que él *también* me gustaba. Pero, no sin cobardía, recalqué el también para que comprendiese que yo sólo estaba respondiendo a su declaración anterior. Me acarició la espalda como si tuviera compasión de mí y a su vez me la implorara para sí mismo. Le apoyé una mano sobre el pecho para sentir el ritmo excitante de su respiración angustiada. Con infinita serenidad, puso su sexo tieso entre mis piernas y así permanecimos, sin prisa y sin apremios.

«Mary, oficialmente, murió hace diez años en Tucson, Arizona», seguía diciendo la película, abajo. «Pero su cuerpo está intacto. No se advierten en él las señales de la corrupción».

En ese momento, sin embargo, mientras nuestros labios volvían a unirse, el Pulga dijo algo que no oímos, y entonces se nos echó encima todo el peso de nuestra conducta, el fantasma de la traición se interpuso entre nosotros, transformando ese calmo estado de cosas en un salvaje deseo de expiación y violencia, el beso que nos dábamos se convirtió en un mero intercambio de babas, en injurias, en dentelladas rencorosas. Santiago me cogió del brazo y me lo dobló sobre la espalda, poniéndome boca abajo, mientras me repetía que yo era una puta, que le estás poniendo los cuernos a mi amigo, puta, que quién puede fiarse de ti. Entonces se tumbó encima de mí y me penetró con toda la atrocidad de su rabia, y la manta se desplazó, y el metal de la cama se incrustó en mi carne, y la polla de Santiago me hirió hasta lo más hondo.

«El corazón de un muerto puede latir como el corazón de un vivo».

Me quemaba su polla contra el abdomen, me dolía el brazo inmovilizado, me escocía la cara contra la cama. Tuve ganas de hacer pis. Y lo hice. Lo meé con la inflexibilidad de la venganza, lo meé y me meé. Y el calor de la orina le excitó más. Me perforó, se hundió contra mí luchando por cada milímetro posible de penetración, lacerándome y sólo empujando: para que la cama no chirriara, él no se movía, me empujaba, me horadaba, me aplastaba con su peso desenfrenado contra la cama. Quería desbaratarme como habría querido desbaratar a su conciencia, convertir su verga

en un cuchillo con el que atravesar mi sexo en pos de mi alma, mientras yo deseaba que lo hiciera, que no me defraudara con sentimentalismos pusilánimes, estaba ávida de su cólera, de su castigo, ansiaba que mi coño fuera más pequeño para que él lo desgarrara y me lo desfondara. Y el mutismo riguroso en el que follábamos lo volvía todo más brutal, más enloquecedor.

«Oh, mi amor, te amaré en la cripta como te he amado en el lecho, como sólo los muertos pueden amar».

Santiago acercó su boca a la mía y pensé que intentaba proponerme la tregua de un beso, que estaba dispuesto a claudicar y entregarse a las suaves piedades del afecto, y yo no se lo iba a permitir, no quería verle flaquear, pero él no me besó, me escupió, inundó mis labios con su saliva enfurecida. Le insulté otra vez. Vi entonces que se hallaba a un pelo de correrse. Esa era su mayor crueldad hacia mí, el dejarme allí otra vez al límite del placer, en las ciénagas del deseo insatisfecho para irse solo hacia los dominios del orgasmo. Alcé como pude el vientre. Con la mano libre me lo acaricié. Partí desde la hondonada dulce de las costillas y me demoré en el surco irreversible que lleva al sexo. Acaricié mi vientre, acariciando al mismo tiempo la protuberancia de su polla con mi carne de por medio. Pude tantear mis músculos abdominales tensos por el sufrimiento y el esfuerzo, y llegué hasta mi coño, mi propio coño asaltado por fuerzas intrusas, y le concedí el verdadero placer, apretando mi clítoris con la intensidad más personal, abstrayéndolo de la furia ajena. Pero mi cuerpo no tenía bastante. Conseguí meterme un dedo en el sexo, paralelo a la polla de Santiago, y le clavé la uña en su frágil pellejo, como él se clavaba en mi interior, y volvimos a ser dos, mientras mi mano me conducía al placer absoluto, y hubo un segundo, un brevísimo segundo en que todo se detuvo, suspendiéndose en un silencio expectante como el silencio que precede a la música.

«Encontramos el cuerpo de Frank junto a la tumba de su amada. Ambos se habían convertido en osamentas putrefactas, cubiertas apenas de piel purulenta y carne agusanada».

Y entonces nos corrimos, con la urgencia de un llanto, y ya no pude contener más los gemidos que se ahogaban en mi pecho, porque el orgasmo me atravesó todo el cuerpo y alcanzó la garganta

y se me fue en la voz, en un grito de placer y dolor, un grito de animal herido, de fiera cuyo corazón es lacerado por la perversidad de la flecha. El televisor se apagó.

Después de muchos meses, el Pulga subió al piso superior.

Qué distante, qué incierto se me figura hoy ese pasado sin ti. Es mera historia, una biografía que ya no me pertenece; evocarla es como evocar la suerte de otra persona. En esta habitación oscura donde paso mi vida, tan retirada del mundo como si estuviera muerta, tan lejos de todo como lo estás tú, Marina, mis días se asemejan a una fila de' luces que se apagan una a una con la velocidad del rayo, en el torbellino devorador del tiempo, y ya veo la última bajo los tenues y caprichosos fulgores de la memoria; te conocí bajo el resplandor del sol, pero te evoco de noche, entre las sombras del crepúsculo o bajo el destello amigo de la luna. Ya no hay tiempo para mí. El dolor de mi infancia y las traiciones de mi juventud son tan lejanas como este instante, este mismísimo, instante, que no soy capaz de aferrar porque ya ha caído en el pozo del pasado, se ha reunido con el pasado que nos robaron, el único pasado auténtico, tú, Marina, tú, amor mío.

Atónito, trepado a la escalerilla, acomodándose las gafas remendadas con cinta aislante, el Pulga nos observó boquiabierto, incapaz de proferir un reniego o un reproche. Unos segundos después, asomó la cabeza de Francisca. Ella sí atinó a hablar, y cómo; nos echó encima todas las injurias y maldiciones que es dable imaginar. Los sinónimos eran su fuerte. Nosotros podríamos habernos defendido con mala leche, acusándola a su vez de rígido moralismo estalinista y otros embustes por el estilo, pero callamos, desde luego. Cualquier palabra nuestra no hubiera servido más que para agravar la situación. El Pulga no tuvo el valor, o la energía, de ponemos en la calle. De todos modos, Santiago y yo nos marchamos. Nos vestimos aprisa y mal, y salimos bajo la catarata de insultos que la andaluza continuaba propinándonos. Caminamos horas en silencio, azotados por las ráfagas de aire caliente y por el

viento helado del remordimiento. En Peña Prieta nos tomamos de la mano. Nuestras palmas, muy pronto, se impregnaron de transpiración pegajosa, pero no nos soltamos. Nos sentíamos cómplices de una conjura que no habíamos buscado. Llegamos al Retiro, cruzamos el centro por Alcalá, apretamos el paso en la Puerta del Sol, luego torcimos por Preciados, San Bernardo, Bravo Murillo, el estadio y otra vez la Castellana hasta Colón. Todo un derrotero turístico de dos paletos que no sabían qué coño hacer de sus vidas. Al fin nos despedimos cerca de la medianoche, frente al Prado, y pasaron semanas antes de que volviéramos a vemos.

Del Pulga, en cambio, no supe nada hasta años después, cuando me enteré de que había heredado el taller del padre e imprimía, nuevamente, estampas de santos: han vuelto a ser negocio y dan poco trabajo por las escasas novedades que suelen verificarse en materia hagiográfica; salvo algún nuevo beato cada dos o tres décadas, no hay grandes sobresaltos. A Francisca me la encontré en circunstancias extrañas; se había casado con un senegalés llamado Mbe, o algo así, para darle la ciudadanía. Pero eso fue más tarde. Desde aquella noche ya no frecuenté a ninguna de mis amistades previas a la Traición, como yo misma, por mi mala conciencia, me empeñaba en calificarla.

Me sentía sola. Suponía, tal vez sin razón, que mis amigas se negarían a responder cuando las llamase por teléfono, no me abrirían la puerta cuando las visitara o se darían la vuelta nada más verme. A algunas de ellas me las topaba en los pasillos de la facultad, y a mí me parecía que me saludaban fríamente, antes de alejarse con un pretexto trivial. Así que por temor a que mis amigas me rechazaran, acabé por rechazarlas yo a ellas. Santiago hizo lo mismo con sus amigos.

Con ese patetismo que sólo tienes a los veinte años, abandoné los estudios y me encerré a llorar. Hablaba en solitario, buscando consuelos, algunos de ellos serios, venga ya, Sofía, que nunca has estado enamorada del Pulga; otros estúpidos, por lo menos te has librado de los piojos, mujer; pero era en balde. Lloré y lloré por días. Lloré hasta lastimarme los ojos.

Y fui al médico, un viejecito calvo, con unos pocos mechones blancos a los costados de la cabeza; era muy bueno, aunque le

gustaba curiosear en la vida de sus pacientes. Como todos los médicos, este tenía una verdadera manía por los horarios estrictos, pero para conciliar la puntualidad con la curiosidad, establecía visitas larguísimas y no te examinaba hasta que supiera exactamente lo que habías hecho desde la última vez, o desde tu nacimiento si eras un paciente nuevo.

—¡Hija!, ¿cómo estás? —me asaltó con su habitual ristra de preguntas—. ¡Hace meses que no nos vemos! ¿Vas bien en la facultad? ¿Y tu novio? ¿Dónde has ido de vacaciones?

Yo no quería hablar con nadie, y ni siquiera con él, que era el interlocutor ideal para quien deseara desahogarse, de forma que fui al grano:

—Tengo los ojos hechos polvo.

Se quedó de piedra. Vaciló y luego se caló unos lentes extraños para examinarme.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué te ha ocurrido?

—He estado llorando durante días.

Volvió a estudiarme los ojos.

—Es verdad —sentenció con aire grave—. Te has quedado ya sin lágrimas para llorar.

—¡Ay, doctor! —suspiré—, no me lo diga que me echo a llorar. —Y no exageraba. En efecto, empecé a sollozar poco a poco, me cubrí la cara con las manos, traté de contenerme, hice pucheros, gimoteé y plañí, hasta que al fin prorrumpí en un llanto tumultuoso.

—Venga, Sofía, cuéntame qué te ocurre —me palmeó el doctor.

Su amabilidad me apaciguó, y descubrí mi rostro. Mi resistencia a hablar se derrumbó. Había sufrido tanto en solitario que en ese momento, tras la última y más profunda florera, hubiera sido capaz de franquearme ante cualquiera. Referí lo sucedido, aunque, por supuesto, en muchos puntos adecenté la historia. Insistí sobre todo en el hecho de la impuntualidad. Eso tenía que impresionar al doctor.

—¡Pues enhorabuena! —exclamó él con afecto cuando hube concluido—. Ese novio tuyo no me gustaba nada. Y permíteme que te diga una cosa con entera libertad. Si es verdad que tienes tantas cosas en común con este chaval… —A su edad veía chavales hasta en los cincuentones—. ¿Cómo me has dicho que se llama?

—Santiago.

—Eso es, Santiago —repitió—. Si os entendéis tanto Santiago y tú, pues os casáis y ya está.

Hacía poco más o menos un año, el médico había asistido a mi madre hasta los últimos instantes y en cierto modo se sentía responsable de mi futuro, como si fuera mi padrino. Yo le profesaba un cariño sincero y, en esas circunstancias, sus consejos paternales me reconfortaron. Mi llanto se extinguió con espasmos entrecortados. Me sequé las lágrimas y me quedé mirando de hito en hito al doctor.

—En el ínterin —añadió él cogiendo un bloc—, ponte este colirio cuatro veces al día, y no más. Con eso será suficiente. —Escribió en el bloc, arrancó la hoja, me la tendió—. Anda, vete ya, tengo la mar de prisa —concluyó, palmeándome otra vez—. Son las cinco y ya debe de estar esperando la señora de Martínez González. ¡Esa sí que está metida en follones de cuidado!, no como tú.

Me levanté tambaleándome, en silencio, apabullada. Caminé hasta la salida.

—Espero que me invitéis a la boda —dijo él, antes de que yo cerrara la puerta—. Adiós, hija, ¡y que no te pierdas!

Pasé por la farmacia para comprar el colirio. Seguía mareada, confundida. Al cabo fui sacando en limpio algunas conclusiones. Se me antojaba que la solución que proponía el doctor era la única posible. Después de todo, me decía, yo no era tan joven, a santo de qué debía aguardar a ser mayor; una boda es algo serio, de acuerdo, pero mis sentimientos hacia Santiago también eran serios, le quería, le deseaba, más de lo que había querido y deseado nunca a otro hombre. Sentí que él era el amor de mi vida, el amor que yo había buscado con tanto afán.

La dependienta de la farmacia era una señora de pelo corto y manos delicadas, que me recordaba a mi madre. Esto me inspiró tanta confianza como las palabras del doctor.

Sin pensármelo más, le pedí que me dejara usar el teléfono. Apoyó el aparato sobre el mostrador. Hice un esfuerzo por recordar el número de Santiago. En aquella época, él trabajaba en la agencia sólo por la mañana; por la tarde dibujaba en casa, encargos de toda clase, planos, cómics, figurines, lo que cayera. Tenía que

encontrarle. Llamé.

—¿Diga? —oí que decían al otro lado de la línea.

—¡Casémonos! —grité yo de sopetón.

—¡Vaya, estupendo! —me respondieron—. Espero que mi mujer no me niegue el divorcio.

—Yo soy Sofía —farfullé—. ¿Quién es?

—Encantado, Sofía. —Una carcajada—. Mi nombre es José María San Juan.

Colgué. Probé otro número. Esta vez di en el blanco.

—¡Sofía, qué sorpresa! ¿Cómo estás? —Santiago pareció alegrarse de mi llamada—. Pensaba llamarte esta semana y…

—Oye, mira —le interrumpí—, tengo que hablarte.

—Pues habla, te escucho.

—Bueno, el caso es que quiero casarme contigo.

—¡Gracias! —dijo él, un tanto perplejo—. Pero ¿por qué no nos vemos para discutirlo?

—Ahora mismo.

—Ahora no puedo.

—¡Oh, vamos, Santiago!, tienes que poder.

—Que no puedo, mujer, que no puedo —replicó—. Te lo digo en dos palabras: imposible. Mañana por la noche estoy libre, si quieres.

—¡Maldita sea! —bramé—, te propongo que nos casemos y tú me sales con que estás ocupado. ¡Ven ahora mismo! De lo contrario olvídate de mí.

Le di las señas de la farmacia y colgué sin saludarle. Me dirigí a la mujer que se parecía a mi madre.

—¿Cuánto es? —pregunté, señalando el colirio.

—Son todos iguales —me dijo—. Un asco. Pero ¿qué haríamos sin ellos?

—¿A qué se refiere? —Creí que hablaba de los distintos tipos de colirio, aunque no estaba segura.

—A los hombres, desde luego —respondió—. Si tuviera fuerza de voluntad, ya me iba yo monja. Pero soy tan débil…

Me limité a asentir con la cabeza.

—Tú has hecho bien —prosiguió—. No hay otro modo de tratarles. Con rigor.

—Perdone usted, pero llevo prisa —la interrumpí; estaba ansiosa

por encontrar a Santiago—. ¿Cuánto le debo?

—¡Ay, chica, nada! Tómalo como mi regalo de boda. Y que seáis felices.

Le di las gracias y salí a la calle. Me paseé arriba y abajo ante el escaparate de la farmacia, con la firme determinación de esperar exactamente una hora. Luego me iría. Me resistí a contemplar mi reflejo en los cristales iluminados por el intenso sol de la tarde. Un poco más allá, la boca del metro devoraba y escupía muchedumbres sin pausa. Me eché unas gotas de colirio, que me refrescaron. Treinta y cinco minutos después un taxi frenó junto al bordillo. Santiago. Antes de que se apease, antes siquiera de que pagase la carrera, me colé en el taxi. El conductor me miró asombrado.

—Oiga… —balbuceó; usaba unas gafas gruesas, grandes y redondas como los faros de su coche.

—A Barajas —le ordené. Estábamos cerca de Atocha.

—Pero al menos tenga la bondad de permitir que baje el caballero, y luego, si acaso…

—Sofía… —intervino Santiago, aún más desconcertado que el taxista—, no entiendo qué diablos te pasa.

—Pues nada —le espeté, sin advertir que repetía el discurso del médico—, tú te casas conmigo y ya está.

—Es una locura.

—¡Joder! —exclamó el taxista, saltando todas las barreras de la formalidad—, ¿por qué no escogéis también el nombre de los críos? No, si yo tengo todo el día para perder con un par de tórtolos. Total, soy un romántico de cuidado.

—Llévenos al aeropuerto —le confirmó Santiago; y después, una vez el taxi hubo arrancado, se dirigió a mí—: Dime qué te propones.

No respondí; ni yo misma sabía de qué iba todo aquello. Apoyé mi cabeza en su hombro, sin prestar atención a las quejas que profería, que nunca te he visto en este estado, que qué mosca te ha picado, tía, ¿se puede saber?, no te pensarás que voy a coger un avión así como así.

—Oye, ¿qué estás haciendo? Se cubrió como si estuviera desnudo y un golpe de viento acabara de quitarle la hoja de parra.

Le pellizqué el dorso de la mano, un pellizco pequeñito y doloroso, «pellizco de monja» le llamaba mi madre. Lanzó un

aullido y me dejó hacer. El taxista ni se inmutó; ya estaba avisado de nuestro extraño comportamiento.

Metí la mano en los pantalones de Santiago y extraje la polla. Se la veía muy contraída, nada que ver con el portento que yo había tenido en mi boca tantas noches atrás. Ay, Sofía, me dijo, qué loca estás. Empecé a acariciársela, suavemente, recorriendo las abultadas venas con mis dedos, masajeándole la cabeza bajo el pellejo, yendo y viniendo con calma, sin urgencia, hasta que noté que su respiración cambiaba, cambiaban sus ay, Sofía, y sentí que su sexo engordaba entre mis dedos; para subir y bajar mi mano ahora tenía que recorrer un largo trecho, y seguía engordando. Le tiré hacia atrás el pellejo y asomó una cabeza roja, desafiante, todo un órgano viril, me dije, y entonces me llevé los dedos a la boca, sabían ácido, los llené de saliva y regresé, le empapé la punta de la polla, y él Sofía, Sofi, noté que ya la tenía mojada, sudaba, nunca pensé que las pollas sudaran, o tal vez había sido mi mano, antes, pero el caso es que ahora con la humedad de la polla y el movimiento del taxi yo apenas tenía que hacer algo, el resto se hacía solo, ay Sofi, Sofi. Parecía delirar de gozo; yo, en cambio, apoyada aún sobre su hombro, no experimenté grandes placeres, sobre todo por la visión del taxista, que conducía impertérrito, pero no bien miraba hacia un costado para atender a las eventualidades del tráfico, se le veían los rasgos, no sólo la nuca pilosa y la gorra, y el pobrecillo era muy feo, tenía la cara larga y huesuda, donde ocurría una nariz prominente de cuyos orificios asomaban unos pelos negros y espesos, un espectáculo muy poco estimulante, lo mejor era mirar los otros pelos, los de Santiago, desde los cuales se alzaba su polla ya completamente empalmada, el pellejo se había estirado al límite de sus posibilidades.

Y mi mano entonces, al subir y bajar aprisa por aquella carne durísima, percibía minúsculos puntos granulosos, como un empedrado, los átomos de su polla granítica, y él había echado el cuello hacia atrás, recostado sobre el asiento, y había perdido toda compostura, Sofi, decía, apriétamela, apriétamela, y yo se la apreté, más Sofi, más, la estrujé, la estrangulé, pero él no tenía bastante, la mojó él, la aferró él, y yo aferré su mano que aferraba su polla, y él se bajó un poco más los pantalones, y me devolvió su polla, se mojó

un dedo, y se lo metió en el culo, más, Sofi, más, jadeaba, mientras se cogía los huevos, se metía el dedo, más, más, y el taxista ya escudriñaba de tanto en tanto por el espejo retrovisor, sin decir una palabra, pues las decía todas Santiago, más, más, entonces me arrodillé como pude y se la cogí con las dos manos, pero la tenía al máximo, una erección imponente, descomunal, yo tenía sitio aún para subir y bajar con ambas manos, era formidable vamos, Sofía, vamos, casi gritó, hundiéndose aún más el dedo en el culo, y entendí que esa era la señal, la oprimí con todas mis fuerzas, le clavé las uñas y luego jalé hacia abajo una sola vez, con un golpe seco.

Fue una eyaculación digna de tamaña erección, un chorro exuberante, impetuoso, que debió de llegar al techo, aunque no lo vi, y luego se le derramó encima de los pantalones y de mis manos. Desde mi posición espié por encima del asiento para ver si el taxista había presenciado aquella apoteosis, que seguramente tenía que enfadarle sobremanera, pero no, por suerte en ese momento sólo le importaba un autocar repleto de turistas que atascaba la autopista.

Con una mueca de dolor, Santiago se extrajo poco a poco el dedo del ano. Luego me pasó un pañuelo; nos limpiamos cuanto pudimos, que fue poco. Volví a sentarme a su lado, en tanto él se subía los pantalones, aunque no pudo cerrarlos, porque la polla todavía no se le bajaba. Seguía casi tan empinada y dura como antes. Ay, Sofi, dijo por última vez, eres una golfa. Abrí la ventanilla; no olía nada bien allí dentro.

—Y lo peor de todo —le dije muy bajito— es que no tenemos nada que hacer en el aeropuerto.

—Ya —sonrió; había entendido; se cubrió el sexo con la hoja de parra del pañuelo sucio—. ¿Te parecen estos modos de pedir la mano de un hombre?

—Fue un truco bastante burdo —admití, aunque no me chanceé diciéndole que en realidad le había pedido otra cosa—. Pero ¿qué opinas ahora de mi proposición?

—Hemos llegado. ¿A qué parte vais? —dijo el taxista. En efecto, ya estábamos entrando en la estación terminal. Yo nunca había volado y por un instante me tentó la idea tópica de coger un avión al tuntún y alejamos para siempre de Madrid, como hacen en las

películas norteamericanas. Hubiera sido un final feliz, pero en cambio era sólo una tregua efímera—. ¿Me habéis oído, tórtolos guarros?

—¿Cómo se permite? —Santiago se fingió ofendido—. ¿Por quién nos ha tomado?

—No, hombre, no, no hace falta que disimules —respondió el conductor—. ¿A mí qué más me da? Lo que quiero es que no me dejéis la tapicería hecha un asco. —Amenazó con echar un vistazo al asiento de atrás.

—Oiga —le detuvo Santiago—, he cambiado de idea. —Le hablaba al taxista, pero tenía sus ojos clavados en los míos—. He cambiado de idea —y le ordenó que nos llevara otra vez a la farmacia de Atocha.

—Allá vosotros —dijo el conductor encogiéndose de hombros.

—De acuerdo —me susurró Santiago de improviso, luego de un prolongado silencio—. ¿Cuándo quieres que nos casemos?

Tenía gracia discutir sobre la boda en esas condiciones: a él aún no se le había aplacado del todo la erección, y la polla, enhiesta, se bamboleaba bajo el pañuelo con los zarandeos del taxi.

—Cuanto antes —dije—. Y puedes hablar en voz alta. Después de los gritos que has pegado, no creo que esta conversación deba mantenerse en secreto.

Sonrió, dejándome ver la fila blanca y ordenada de sus dientes.

—Con la sorpresa —comentó—, tú sabes, con lo que me has hecho… —Santiago miró al conductor, colorado, y pugnó por meterse la polla dentro de los pantalones—. No había podido mirarte la cara. Así que dime…

—¿Sí? —Lo abracé. Me abrazó.

—¿Qué tienes en los ojos?

Se rio mucho con la historia del médico, la boticaria y el tal José María.

—Por suerte lograste recordar mi teléfono —observó.

—¡Ahora sí, basta! —intervino el taxista, mientras frenaba el coche ante la farmacia—. Si no os apeáis aquí por las buenas, os doy de zurriagazos. ¿Qué preferís?

Una fortuna nos acabó costando esa carrera inútil. Cuando bajamos, vi que el conductor le hacía un guiño a Santiago a través

de las gafas redondas. El pañuelo cayó junto al bordillo.

—Santiago —murmuré, ya en la acera.

—Tenemos que festejar.

—Santiago.

—Déjame que te lleve a algún sitio. Un sitio caro y elegante. Beberemos champán. —Se le veía ya francamente entusiasmado; nuestro entusiasmo de provincias—. Tengo que despachar unos planos para mañana, pero no importa. Pasaré la noche en vela. ¡Ahora quiero festejar!

—Vale, Santiago —insistí—. Pero antes córrete la cremallera, que te la has dejado abierta.

—¡Es verdad! —dijo él, llevándose la mano a la bragueta; se interrumpió bruscamente—. ¡Un momento! Quiero darle una lección a esa bocazas. —Me cogió de la mano y entró en la farmacia. Se paró ante la dependienta que se asemejaba a mi madre. Ella interrumpió sus tareas para contemplamos estupefacta. No pudo evitar que su mirada se deslizara hacia abajo, hacia los pantalones abiertos y sucios. Santiago me preguntó—: ¿Es ella? ¿Es esta la mujer a quien tanto debemos tú y yo?

—Sí —respondí.

Le atrapó la mano al vuelo y comenzó a besársela con grandes aspavientos.

—¡Gracias, señora, muchísimas gracias! —gritó—. Por sus consejos hemos decidido casamos. ¡Y no podemos por menos de guardarle eterna gratitud!

Ya había pasado de la mano al brazo, y el muy bufón seguía subiendo, mojando a la dependienta con largos besos babosos. Jamás le habla visto hacer algo por el estilo, pues solía ser muy discreto. Ahora se le notaba exultante, como yo, y le quise mucho. Ciertas tonterías, hechas en compañía de otra persona, parecen tener mucho más valor del que realmente tienen, porque ofrecen la ilusión de la complicidad, de la alegría compartida, de la confianza mutua; crees que estás viviendo episodios que habrás de recordar por el resto de tus días.

La dependienta logró zafarse y retrocedió espantada, mientras Santiago continuaba gritando:

—¡Le estaremos siempre reconocidos, señora! ¡La invitaremos a

la fiesta! ¡Será usted la madrina de nuestros hijos!

—¡Señor Córdoba, señor Córdoba! —chilló la farmacéutica, escapando hacia la trastienda.

Santiago comprendió que había llegado el momento de hacemos humo, así que salirnos de estampía.

En noviembre, cuando nos casamos, si no invitamos a la dependienta a la fiesta fue porque no la hubo. Pero sí la invitamos al Registro Civil, y desde luego brilló por su ausencia. Quien no faltó fue el médico, que hizo de testigo junto con Manolo, uno de los pocos amigos de Santiago que seguimos frecuentando, pues no pertenecía al círculo del Pulga. Fue una ceremonia triste, como era de prever; no quisimos invitar a otros conocidos que estos: poco a poco habíamos terminado por aislamos de todo y de todos. No obstante, yo abrigaba esperanzas de ser feliz y creía que tarde o temprano habíamos de echar el pasado al olvido; cuando eres tan joven como yo lo era entonces, piensas que siempre habrá una oportunidad más en tu futuro, hasta que en las manos se te quedan las puras ilusiones sin cumplir. Suponía que era posible inventar el amor si se hallaba a la persona adecuada con quien hacerlo, y suponía, me empeñaba en suponer, que Santiago era esa persona. Si busco ahora las razones por las cuales nos casamos, me parece encontrarlas en un sentimiento que poco o nada pinta en el amor: el orgullo. Sin duda, Santiago y yo queríamos demostrar, no sólo a los extraños, sino también a nosotros mismos, que nuestro proceder no había sido caprichoso, fútil, culpable. Habíamos sido desleales con nuestros amigos, y sólo el haber obedecido ciegamente al amor podía darnos la justificación de nuestra conducta, la absolución.

Sin embargo, era inevitable que a la postre se instalara entre nosotros un velado resentimiento: cuando nos mirábamos cara a cara, temíamos que el otro nos considerase una persona traicionera. Y esto pesaba sobre todo en el ánimo de Santiago. Tantos le habían defraudado a lo largo de su vida, tan incapaz parecía ya de soportar una sola humillación más, que se sentía excesivamente en deuda con quienes se fiaban de él, como los perros apaleados que agradecen a quien los azota las interrupciones en la paliza. Por ello, también, era muy celoso. Has engañado una vez, decía, ¿por qué no habrías de hacerlo de nuevo?, por la ventana has entrado en mi

vida y por la ventana querrás salir.

La ceremonia de la boda, en cierta manera, le imprimió su signo a todo nuestro matrimonio. Ya casi no volvimos a cometer por la calle esas temeridades infantiles, como la del taxi o la de la farmacia, a las que yo había llegado a tomar por indicios de felicidad. Aquella misma tarde en que decidimos casamos, mientras bebíamos champán en un bar del Retiro, que resultó caro aunque no elegante, Santiago empezó a cantarme ese bolero cuyo nombre no recuerdo. Y lo siguió haciendo durante mucho tiempo. «Amor, nada nos pudo separaaaar… Luchamos contra toda incomprensióóóón…». Desafinaba mucho adrede, y en ocasiones yo me preguntaba si no estaría él disfrazando de sarcasmo su rencor hacia mí. Luego, poco a poco, fue olvidándose del bolero, y desde la muerte de Laura ya no volvió a cantarlo.

En cuanto al rencor, latente al principio de nuestra relación, manifiesto al fin, nos condujo a una sucesión creciente de desenfrenos, cuyo resultado había de dañarnos irremediablemente. Adquirimos ciertas costumbres perversas que repetíamos en nuestra soledad de cada noche, como una pesadilla.

Nos dábamos cuenta de que las cosas no habrían podido seguir así por mucho más tiempo, pero carecíamos de la voluntad necesaria para acabar con ellas. No tengo derecho a acusar únicamente a Santiago, ni a declararme una simple mártir. La conciencia me exige confesar que mi sed de erotismo de entonces prefería beber de ese tumultuoso manantial que irrigamos juntos desde nuestro primer acto sexual, violento y cargado de rivalidad; estrechamos un vínculo indigno que se basaba en la intersección de un aspecto parcial de nuestras personalidades, meras potencialidades jamás realizadas previamente. Por ello exijo que no se impute a Santiago por lo menos esa parte de mis desgracias. Ambos fuimos verdugos y ambos fuimos víctimas de nuestra relación enferma. No me queda más que alegar los desconsuelos de mi arrepentimiento, porque me está prohibida la coartada de la inocencia. Yo empujé a Santiago a avanzar aún más allá de donde habíamos llegado. Me parecía que con él podía llegar a probarlo todo. Nunca me había ocurrido antes. Me juzgaba fuera de los juegos perversos y las pasiones crueles, ni siquiera había entrevisto

la posibilidad de que el dolor fuera una de las caras del placer; por el contrario, los sinsabores de mi infancia me habían llevado siempre a buscar la serenidad y la comprensión en el amor. Pero desde aquel primer polvo con Santiago el peligro empezó a atraerme, confusamente, y sentía la fascinación de quienes caminan por las comisas de los edificios altos o apuestan toda su fortuna a un número de la ruleta. En un instante trivial podíamos arriesgar la vida con el propósito de dotarla de sentido; no obstante, la trivialidad intrínseca del riesgo nos impedía sentimos satisfechos; entonces buscábamos episodios más comprometedores, verdaderas proezas, que debían ser capaces de saciamos, y nada nos saciaba, y nos sometíamos a pruebas, y el ciclo volvía a empezar, partiendo cada vez de un punto más imprudente, ya sin retomo; y a esta carrera enajenada se añadía el sentimiento de culpa: nuestros actos nos agobiaban, pero en lugar de renunciar a ellos nos castigábamos con nuevos excesos. Es difícil salvarse una vez que la rueda de la degradación ha comenzado a rodar. Hace falta una catástrofe. Santiago y yo nos detuvimos cuando ya era tarde, muy tarde, a costa de la sangre y de la muerte.

Es que ya no nos bastaban los insultos, la rudeza, los arañazos; solíamos miramos, insatisfechos, con ansiedad y alarma a la vez, preguntándonos en silencio: ¿y ahora qué?, ahora ya hemos pasado esas barreras a las que teníamos por el límite máximo de la osadía, ahora la aventura ha dejado de serlo para volverse costumbre. No teníamos bastante, necesitábamos algo más.

La primera vez que me ató fue casi una mera travesura, un experimento. Estábamos desnudos sobre la cama, jadeando, boca arriba, después de haber fracasado en un intento de follar de un modo más sensato. Me lo propuso en el tono titubeante de quien da por descontado que su oferta será rechazada, como cumpliendo un inútil compromiso formal:

—Tú no quieres que te ate, ¿verdad que no?

El modo en que la pregunta había sido formulada no era muy excitante, pero me excitó. Y fue entonces cuando padecí ese maldito sentimiento de culpa que se infiltra en la tentación. Me remordía sentir deseo ante una idea tan descabellada, y para escarmentarme sucumbí a ella.

—Sí —dije—. Hazlo. Ahora mismo.

Vaciló un momento, aunque luego acabó por levantarse. Revolvió en el armario hasta encontrar dos cinturones de cuero. Acto seguido me amarró los tobillos a los pies de la cama, dejando las ligaduras lo suficientemente flojas como para que yo pudiera liberarme con un simple movimiento.

—No, así no —afirmé—. ¡Más fuerte! No seas cobarde.

Los ajustó. Mis piernas abiertas quedaron inmovilizadas por completo. Nos observamos, supongo que con la secreta esperanza de que el otro renunciara a esa extravagancia, pero ninguno de los dos habló. Y así perdimos la oportunidad de echamos atrás. Santiago salió de la habitación y regresó con un cable eléctrico. Ató un extremo a la cabecera y el otro a mi cuello, con un nudo corredizo. Sólo me quedaban libres los brazos: apenas podía moverlos sin ahogarme. El cable era corto, de manera que no había posibilidad de correr el nudo para desligarlo.

—¿A qué esperas? —le espeté—. Fóllame.

Me gritó que yo era una zorra por querer que me follara de ese modo y me propinó un sopapo. En el golpe, mis propios dientes me cortaron el labio inferior y percibí el gusto apesadumbrado y obsceno de la sangre. Le dije que era mucho más que una zorra. Logré que me insultara más aún, que volviera aturdirme. Con cada bofetada su polla se empalmaba un poco más. Me puse una mano sobre el coño y comencé a magrearme.

—Te gusta tocarte, ¿eh? —me dijo él.

—Sí, sí, sí —repliqué—. Hazlo tú también.

Rodeó con los cinco dedos su polla empalmada. Se masturbó a menos de diez centímetros de mi cara. Su mano derecha fue y vino sobre el sexo enrojecido, con movimientos breves y bruscos, mientras la izquierda me cogía por los cabellos @ara obligarme a mirarle, para apartar mis ojos de la visión de mi propio cuerpo. Tócate más, le dije, acariciándome los pezones, tócate como yo, y él me imitó, soltó mi cabellera, se rozó con las yemas el círculo de sus tetillas escondido tras la espesura de los pelos, y tembló víctima de espasmos ambiguos; éramos dos perros solitarios que no sabían procurarse placer el uno al otro y debían contentarse a solas. Santiago ahora se tocaba los músculos del pecho, del abdomen, sus

muslos, y ponía ambas manos sobre la polla tiesa.

Era embriagador verle obrar así, al tiempo que en mi sexo penetraban mis propios dedos expertos y en los tobillos y el cuello las ligaduras me atormentaban por ser una zorra, mucho más que una zorra, ¿cómo es posible que esté gozando?, me repetía por lo bajo, que esto me guste, y el reproche ensanchaba mi fruición, me regodeaba en la desazón, porque mi sexo se hinchaba, y dentro de mi sexo el punto de felicidad más portentosa ya estaba duro, durísimo como la polla de Santiago, áspero, y se me hacía imperioso apretar sobre él, con el justo furor, y correrme, correrme por fin, para que Santiago viera el ritmo de mis con tracciones y apurara el ritmo de su masturbación y me derramara el chorro ardiente de semen sobre la cara, ya, así.

Tuvimos apenas un momento de abatimiento. Pero estábamos calientes, como dos fieras en celo, y queríamos más. Le cogí de un brazo y le atraje hacia mí. Subió a la cama, se arrodilló a horcajadas sobre mi pecho y me metió el sexo en la boca. Mientras se lo chupaba con mis labios cubiertos de semen y sangre, sentía cómo él aún se sacudía bajo los efectos del orgasmo anterior; eran los últimos restos, el fondo de la botella, los ecos retrasados. Tardaba en recuperar la erección, y mi excitación me urgía: incrusté las uñas en sus nalgas, y entonces sí, se fue empalmando otra vez, menos que antes, pero lo suficiente para penetrarme. Lo hizo, yo estaba a su disposición, prisionera y con el coño abierto de par en par entre las piernas separadas, recibí con ansiedad la Regada de ese pedazo de carne algo blanda que, pese a que no lograba llenarme por completo, igualmente me enardecía, y sin embargo, ironicé, me burlé de Santiago para azuzarle. Lo conseguí. Tanto él como su verga respondieron, y conforme nos acercábamos al nuevo orgasmo, le hundí más las uñas, en la espalda y en los hombros, hasta herirle. Besé su sangre con mi boca sangrienta y él me besó la cara, me la lamió para tragarse las rociaduras de su propio semen. Al sentir en mi interior la sacudida de su eyaculación, tensé mi cuello para que el cable me sofocara, apreté el clítoris contra su pelvis y me corrí.

No hubo una tercera vez. Como un mago al que le han fallado los trucos y en medio del abucheo del público recoge la chistera, el conejo, la varita mágica, así, con la misma vergüenza consciente del

fracaso, Santiago me desató en silencio, nos lavamos, curamos las heridas, ordenamos las sábanas y nos dormirnos abrazados el uno al otro, como si temiéramos caemos por alguna pendiente imaginaría.

Al día siguiente volvimos a hacerlo, sin embargo; y muy pronto se volvió indispensable. Ya no podíamos follar de otro modo.

La espalda de Santiago tenía la carne al rojo por culpa de mis arañazos. Pero me obligaba a mantener las uñas largas, porque ese suplicio le hacía gozar más. Por mi parte, debía llevar gafas de sol a fin de ocultar los hematomas, las magulladuras que presentaba mi cara, aunque era en balde, y entonces inventaba las excusas más disparatadas para justificar durante el día esas señales de mi vida nocturna; al cabo, Santiago se avino a pegarme sólo sobre el cuerpo, que la ropa fácilmente podía cubrir. Nos habíamos casado en busca de un modesto refugio de quietud. Nos hallábamos, en cambio, en un vórtice de ciego desenfreno cuya intensificación nos seducía morbosamente. Con el propósito de crear una vía de escape, en un momento de lucidez (que eran pocos, pues casi no hablábamos del asunto, como si no fuera de nuestra incumbencia) decidimos tener un hijo, pero cuando quedé preñada, nada cambió. Seguimos adelante con nuestro infierno, es decir, con lo que nosotros juzgábamos un infierno, pues de habernos entregado a nuestras inclinaciones con despreocupación, sin dramatizar, quizá todo hubiese sido distinto.

Y, por ejecutar tantas veces el mismo acto, aquella idea que había empezado siendo una novedad acabó por convertirse también en un hábito. Santiago lo intentó todo para que no desapareciera el sabor del riesgo, bordeó lo ridículo. Compró un consolador, enorme y lleno de pinchos en la base, con el que intentaba estimularme; fue más violento, reemplazó cinturones y cables con sogas a propósito, en ocasiones resolvía tenderme en el suelo, o sobre el somier, como la primera vez, a fin de quitarme las comodidades del colchón, sugirió que podíamos traer a alguien más para no estar siempre a solas, conseguía terribles vídeos pornográficos para que los mirásemos mientras follábamos; en suma, toda la escenografía clásica del erotismo decepcionado, que de nada servía. Siempre nos daba la impresión de que aún faltaba algo. La situación había cobrado un cariz de representación teatral, invariable y fatigosa, en

la cual nuestros polvos sólo tenían finales tristes. Había un solo terreno que no pisábamos, por un acuerdo tácito: el del sexo anal. Una vez, recordando la paja del taxi, quise introducirle un dedo en el culo a Santiago, pero él me rechazó de plano; eso podía hacerlo solamente él, me dijo, y en muy raras oportunidades. Los hombres dan, pero no reciben, afirmaba, pueden ser el que tira el penalti, pero nunca el portero, eso sí que no. Tal vez le atormentara el recuerdo de cuando tuvo que prostituirse, no lo sé, pero comprendí que ese era un asunto en el que no debía inmiscuirme. En lo que a mí se refiere, me oponía siempre a que me sodomizara, pues por experiencia (un par de novios lo habían intentado sin conseguirlo) estaba segura de que el dolor superaría con creces la satisfacción. Y él se resignó a mi negativa a cambio de mi recíproca renuncia.

Cuando Santiago me desataba, yo iba al baño, echaba la llave, con el cuerpo dolorido y el alma insatisfecha, para masturbarme. Puede parecer extraño, pero mi goce solitario se me antojaba una purificación tras aquellas escenas frenéticas. Me devolvía el bienestar que había buscado toda la vida hasta el matrimonio. El baño era mi lugar de placer, y yo misma la persona que mejor conocía el modo de obtenerlo. Me masturbaba en la ducha, en el bidé, o en un rincón, con los ojos llenos de lágrimas o con una sonrisa de desquite, a mis anchas. En ocasiones, cubría todo mi cuerpo de crema o jabón hasta volverlo escurridizo y suave. Entonces me miraba al espejo, con la piel brillante, excitándome con mis formas sensuales, deslizaba las manos sobre la carne tersa, sobre la carne caliente, me chupaba mis propios pezones llenos de espuma, me mordía ligeramente el hombro y se me hacía irresistible el deseo de buscar el coño con los dedos resbaladizos y complacerme por fin, sin palizas ni ligaduras, sin pollas ni intrusos, yo sola, con una mano subiendo y bajando por la pierna y la otra en el sexo, yo sola, yo doble, yo la verdadera en el espejo y mi simulacro allí en el baño, de pie, con la cara renovada por la satisfacción y las rodillas flaqueando por el orgasmo.

Pero el caso es que, una madrugada tormentosa, Santiago me ató a la cama, como de costumbre. Estaba borracho. Había pasado la noche ante el ordenador, acribillando naves espaciales y marcianitos, con una botella de whisky a su lado, mientras yo leía

un libro tumbada en el sofá. Creo que era sábado, porque así transcurríamos nuestras veladas cuando no debíamos trabajar al día siguiente. El whisky se le acabó y me ordenó que le llevara ron.

—No bebas más —me atreví a decirle.

—¡Cállate y obedece! —me gritó.

Supe que algo iba a pasar: él no acostumbraba a gritarme. Salvo cuando echábamos a rodar la maquinaria de nuestra insatisfacción sexual, no me trataba así; incluso solía ser cariñoso. Le llevé ron. Lo acabó también. Pidió vodka. Obedecí y me fui a la habitación. Me desvestí, me metí en la cama. Muy pronto me quedé dormida. Desperté por el fragor de la lluvia, una tormenta salvaje y tumultuosa. Santiago me estaba atando los pies.

No era la primera ocasión en que me despertaba con la ceremonia de las ligaduras, así que le dejé hacer. Estaban las luces encendidas, y en la claridad eléctrica todo parecía más intempestivo. Me insultó, me abofeteó, me arrancó las bragas de un manotazo. Exigió que me masturbara delante de él. La erección, sin embargo, no llegó. La borrachera le había casi inutilizado. Para acicatearle, murmuré:

—Pégame más. Tus golpes no me duelen.

Es cierto. Fue eso lo que dije. Estaba embarazada de casi tres meses, sabía de sobras que ya no debía provocar a Santiago, pero lo dije. No pude evitar caer en esa trampa tendida por mi propia voluntad. El fracaso, el alcohol y mis palabras le pusieron fuera de sí. Me pegó en todo el cuerpo, en la cara, y también en la tripa, echándome la culpa de su impotencia, ya nunca seré capaz de follar, me has arruinado para siempre, puta. Me zurró —hasta quedarse sin fuerzas.

—Méteme el consolador —le dije entonces.

Se puso en cuclillas encima de mi pecho, dándome la espalda, inclinado sobre mi coño, para penetrarme con el sustituto de su virilidad. Le aferré por las caderas, le guie hasta mí. Pasé la lengua sobre sus nalgas, las restregué contra el borde de mis dientes. Él, sin embargo, no se quejó. Antes bien, acomodó su culo justo a la altura de mi boca para que se lo chupara. Sin duda, ese era un día muy particular.

Sabía dulce; mi saliva se llenó con un agradable regusto, que

curiosamente me recordó a los caramelos de leche que preparaba mi madre cuando yo era niña. Pero no era el momento de entretenerme en nostalgias porque el sexo de Santiago empezaba a endurecerse, en un lento despertar. Había abandonado el consolador entre mis piernas y se dedicaba a disfrutar del goce que nos teníamos prohibido. Le metí la punta de la lengua y él emitió un gemido de placer. Se relajó, para abrirse bien a la desfloración de mis besos, de modo que le introduje la lengua hasta donde me fue posible. Yo no podía alzar más la cabeza, porque la soga me retenía el cuello y lo laceraba. Santiago se dejó caer aún más sobre mí, y yo le acaricie el culo, mientras seguía chupando, bordeé con la punta de los dedos el orificio del ano, para estudiar sus reacciones. No, me dijo, no, pero yo ya le conocía sus negativas y se veía que lo decía más por compromiso y temor que por otra cosa. Continué. Me mojé el dedo índice y, mientras mi lengua lamía los bordes tensos, se lo fui metiendo lentamente, hasta el primer nudillo, hasta el segundo, hasta la base.

La erección ahora era completa. Le cogí la polla con la mano izquierda, la rodeé toda y se la meneé rítmicamente, al tiempo que metía y extraía de su ano el índice, ya cubierto de una sustancia pegajosa. Me gritó que ahora sí, ahora quería más. Así que al índice le añadí el corazón y luego el anular, pero aún no estaba satisfecho. Deseaba que lo penetrara más profundamente, que le llenara por entero aquel hueco abierto a todo.

—Dame el consolador —ordené.

Dudó. Su respiración agitada seguía el ritmo de mis manos, que a su vez repetían el enloquecedor compás de la lluvia estremeciendo las ventanas. Al fin, Santiago se decidió a pasarme el consolador. Aulló cuando le empalé.

En cada mano sostuve una polla, una verdadera y otra falsa; podría haberlas distinguido a ciegas por el modo en que creció la polla de carne. Entre mis muslos sentí la humedad de mi propio sexo. Me enloquecía verle así, entregado a mis caprichos, esclavizado, a merced de mi tiranía; podía ultrajarle, degradarle, hacerle gozar. Hundí cuanto pude la polla falsa y él se retorció de satisfacción. No tuve que menearle el consolador en su culo, porque se corrió al punto de una manera desaforada, más que en el taxi. Se

sacudió varias veces y al fin quedó como muerto sobre mi tripa. Luego se lamentó de que le dolía. Pensé que no debía prolongar el sufrimiento por mucho tiempo, de modo que le arranqué el consolador de un tirón. Volvió a aullar y se derrumbó con lágrimas en los ojos.

—Estoy mareado —balbuceó—. Me siento mal. Tuvo una arcada brusca que le pilló por sorpresa. No alcanzó a apartarse y me vomitó encima del coño. Cayó otra vez, con la cara sobre sus propias excreciones.

—¿Qué me has hecho? —lloró—. ¿Qué me has hecho?

—Venga ya, hombre —le dijo—. No lo sientas, que te lo has pasado de puta madre. —Se levantó con mucha lentitud; apenas si podía andar—. En cambio a mí me tienes sobre ascuas.

Con sus ademanes aturdidos de borracho violado, me metió débilmente el consolador en el coño, pero no tenía el vigor suficiente para moverlo. Debió de notar la desilusión de mi rostro porque me preguntó:

—Tú también quieres más, ¿verdad?

Asentí. Fue al salón en tanganillas. Permanecí a solas, escuchando la lluvia, atada, con los dedos sucios y cubierta de semen y vómito: tendría que haber comprendido la desmesura de aquella condición. Sin embargo, estaba excitada como nunca; me aparté los pelos del coño, separé los labios, aislé el bulto agarrotado del clítoris; le acaricié los lados, presioné sobre él; mi único pensamiento, mi única obsesión era lograr un orgasmo novedoso, que fuera capaz de sacudirme de encima el tedio en que me hallaba.

Santiago había adivinado mis pensamientos: regresó con uno de esos grandes tubos de plástico rígido en que llevaba a la agencia los dibujos hechos en casa. Tendría unos cinco centímetros de diámetro y por lo menos cuarenta de largo. El corazón me latió en el pecho, alborotado. Santiago parecía haber recobrado las energías ahora; su boca esbozó un rictus irónico. Había pasado la satisfacción; era el tiempo de la venganza.

—Eso es demasiado —me atreví a murmurar, viendo las dimensiones del tubo de plástico—. Dame por el culo, si te apetece, pero eso no me lo metas.

Temía las consecuencias de nuestro frenesí y estaba dispuesta a

hacer cualquier concesión para evitarlas, pero a la vez, secretamente, anhelaba que ningún escrúpulo retuviera a Santiago. Me arreó un puñetazo en el cuello. Quise incorporarme, olvidando las ligaduras, y la soga me ahogó con un golpe seco que volvió a arrojarme a la cama. En el momento en que caía, Santiago me pegó otro puñetazo, ahora en la nariz, inundándome la cara de sangre.

—¡Estate quieta! —rugió.

Nunca me había dado puñetazos; sólo bofetadas. Le imploré piedad, y eso le enardeció todavía más. Alenté la última esperanza de que un orgasmo furioso lo justificara todo.

Él apoyó una mano sobre mi vientre y con la otra empezó a introducirme el tubo por el coño. El dolor fue demoledor. Quise gritar pero mi voz se ahogó en un sollozo que no pasó de la garganta.

Santiago siguió adelante. Ya me había introducido la mitad del tubo. Me daba la impresión de que una hoguera carbonizaba mi carne y que los huesos se separaban descoyuntados. A esas alturas era evidente que no iba a poder correrme en semejante modo. Me acaricié el clítoris para tratar de volver a aislarlo del mundo circundante, del dolor, para consolarme. Percibí el sabor de la sangre que seguía manándome de la nariz. «Nada que me metas me gustará». Sólo yo, yo misma, puedo hacerme gozar, dije o pensé; no lo sé a ciencia cierta. La desmesurada penetración me precipitaba en una suerte de desvarío donde no existían límites entre la pesadilla y la vigilia, entre el lenguaje y la alucinación, entre la memoria y el presente. El tubo me estaba atravesando, era peor que la hoja de un cuchillo, y se me figuraba que lo tenía ya en la garganta, contra el espinazo, sobre los riñones, en el cerebro. No podía entrar más, no habría forma de hacerlo pasar.

Y entonces, sin embargo, Santiago lo golpeó en el extremo con la palma de la mano, para enterrármelo por completo, más allá de mi sexo y de mí misma, de mi cuerpo y de nuestra enajenación. Ignoro qué hizo a continuación. Yo me desvanecí. Recobré el conocimiento con la vagina y las piernas anegadas en un lago de sangre que teñía las sábanas de rojo y encharcaba el colchón. Santiago lloraba desatinadamente sobre su propio vómito. No me podía mover. Sentía puntazos de dolor en todo el cuerpo. Fuera aún llovía a

cántaros. Entendí el porqué de la hemorragia.

—¡Tengo pérdidas! —le grité a Santiago, pero él no reaccionó—. ¡Aprisa!

No podía levantarme, porque aún estaba atada, y cada segundo perdido era precioso. Le cogí por los cabellos y lo zarandeé, desesperada. Abrió los ojos.

—¡Aprisa! ¡Llévame al médico!

Me desató. Cubrió mi cuerpo ensangrentado con una chaqueta suya y en volandas me llevó a la calle. La lluvia cayó sobre nosotros como una admonición. Subimos al coche tropezando. No volví a perder el conocimiento, pero no soy capaz de recordar cómo hizo Santiago para conducir en ese estado, ni por dónde fuimos, ni a qué hospital. Y luego todo sucedió muy deprisa: la presteza de las enfermeras, las excusas de Santiago y ese médico de acento extremeño (la memoria es peculiar: no, recuerdo su cara, pero recuerdo su acento), ese médico que amenazaba a Santiago con llamar a la policía hasta que yo logré balbucear para echarme todas las culpas, no fue él, fue otro hombre, sus insultos, la potente lámpara del quirófano, la anestesia. Después de unos días regresé a casa. Santiago había cambiado las sábanas, pero se le había olvidado quitar las sogas de los pies de la cama.

Lo siento. No es sin pudor que narro estos hechos. En nuestros días la desolación se ha quedado antigua, ya no se lleva; basta con que en tu rostro rueden un par de lágrimas para que te acusen de traficar con el patetismo. Preferiría omitir esta desgracia, y la que vino luego, Marina, escribir un libro despreocupado y frívolo, hablar del amor y la muerte como se había de una merienda en el parque, es decir, preferiría que estas cosas no hubieran sucedido. Pero sucedieron. Y eso lo siento mucho más. No era la primera vez que abortaba. Sólo que en el pasado lo había hecho por mi propia voluntad. Ahora era distinto; había puesto muchas esperanzas en aquel parto que nunca llegó. Suponía que podía devolverme a los dominios plácidos de una vida sin sobresaltos, que me permitiría enmendar en el fruto de mi vientre, como en una especie de reparación histórica, las injusticias que yo misma sufrí durante la

infancia. Sin embargo, todo terminó antes de empezar imaginé que el feto muerto era una niña. La llamé Laura. Nunca le acaricié los cabellos, ni la vestí tras haberla bañado, ni la llevé a la escuela. Acabó su vida sin principio entre la basura de un hospital cuyo nombre desconozco.

Santiago lloraba pidiéndome perdón. Pero no era él quien debía sentirse culpable de la muerte de Laura. Era una fatalidad en la que los dos, por partes iguales, habíamos participado, arrastrados por nuestra pasión desmesurada. En lo sucesivo procuramos cuidamos, vigilamos el uno al otro, para no volver a despeñamos en ese abismo creado por nosotros mismos. Sólo una vez más volvería a atarme, después de mucho tiempo, demasiado ya.

Renunciamos a las emociones, a la idea de tener otro hijo, a ser felices. Abandonamos la violencia por la cordialidad indiferente, viejos remordimientos por desconsuelos nuevos. El amor físico, se volvió entre nosotros esporádico y desganado, llegar a un orgasmo nos costaba un trabajo que pocas veces estábamos dispuestos a realizar.

De esas fatigas inútiles, recuerdo el sudor pegajoso de los interminables intentos, nuestros sexos irritados y ajenos como en un sueño, la agitación de Santiago, sus jadeos, el vislumbre remoto de un placer que acababa por perderse en los laberintos de una frialdad incomprensible. Y luego, cuando mi cuerpo desbordaba de ardor sin desahogo, me escapaba al cuarto de baño a procurarme los pulidos secretos de Narciso, y mi apatía se esfumaba como por ensalmo al primer contacto leve entre una fracción de mi mano y una fracción de mi coño. Así transcurrieron años.

Durante ese tiempo no reñimos ni una vez. Santiago fue gentilísimo conmigo, objetivamente irreprochable, y toleraba cada uno de mis silencios y desdenes con una paciencia de la que jamás le había creído capaz. Si yo le ofendía, siquiera indirectamente, él enmudecía unos segundos, como sí se repitiera que no debía incurrir en la violencia, como si se obligara a acallar sus propios instintos brutales siempre a punto de estallar, y entonces me devolvía una frase cariñosa, me tocaba la cara, me preguntaba si me

pasaba algo. Hoy sé que en el fondo mis desaires, uno por uno, fueron a alimentar su viejo rencor, renovándolo y multiplicándolo, poniéndolo al acecho de la ocasión propicia para desmandarse. Pero no me decía nada, y procuraba evitar toda referencia al pasado en nuestras conversaciones.

Por ello, nunca más después del aborto volvió a cantarme el bolero que ahora ponían en la radio, mientras mi coche corría hacia la piscina, bajo el sol sofocante de mayo.

Quizás esta limitada fuga de mi vida corriente y de Madrid no era más que una transgresión mínima de la rutina cotidiana, la pueril travesura confidencial de una mujer casada, pero se me antojaba un acontecimiento extraordinario, cuyo origen se remontaba a las exaltaciones del sueño de la mañana. La luz del día, que en general yo no veía a aquellas horas insólitas sino a través de los cristales de un bodegón infame o de la galería, brillaba clara y confortadora, prometiéndome limpiar las tinieblas de mi mirada, cansada de escudriñar en balde a mi alrededor en busca de la felicidad. A través de la ventanilla abierta del coche entraba la fresca brisa de la velocidad, que disfruté con esa gratitud casi física que se experimenta sólo ante los deleites elementales del mundo.

Tenía la certidumbre de que en mi vida faltaba algo desde siempre. Había en mí una suerte de espera indefinida, que no habían podido satisfacer ninguno de los hombres con que había estado antes de Santiago, ni Santiago mismo, ni nuestros amores violentos, ni mi trabajo, ni nada que pudiera sospechar entonces. Las noches de sexo solitario en que me masturbaba delante de los espejos y, acaso también, el embarazo, habían aplacado apenas mis ansias, como un fulgor fugaz e inapresable. Eran sensaciones íntimas, incomunicables, como la que sentía al estar allí, en el coche, desplazándome por la carretera luminosa, en pos de algo que ignoraba y deseaba.

La piscina se hallaba más lejos de lo que había calculado. Temí haber equivocado el camino, porque rara vez conducía fuera de la ciudad y suelo orientarme fatal. Acabó por despistarme el que ya no estuviera el campamento de gitanos, que había vuelto a ver, borrosamente, en las fotos de Santiago. Al cabo, cuando mi confianza empezaba a desvanecerse, vi detrás de un anuncio que

ponía algo así como «Camping Aterpe Alai 8 km», otro más pequeño y herrumbrado: «Piscina El Tórrido Trópico, 200 m», y una flechita que apuntaba hacia la derecha. El corazón me dio un vuelco. Torcí por el camino lateral, pasé unas casitas y llegué a una suerte de choza construida en estilo caribeño, de cuyo techo estaba a punto de derrumbarse de un momento a otro un cartel incompleto:

EL TO RID T O IC .

Otro letrero más reciente, pegado a los cristales por una ventosa, informaba que la piscina abría del 1 de mayo al 30 de septiembre, de 9 a 19 horas. No era muy tentador. Bordeando un sendero de grava aparqué bajo la sombra de un tilo. Apagué el motor y permanecí unos segundos inmóvil, con las manos sobre el volante, preguntándome si una vez más mi esperanza había de ser defraudada. Pero no fui víctima del desengaño, ni me enfermé, como temía Manolo. Porque allí te conocí. Allí me estaba esperando tu amor, Marina.

¿Cómo decir que ese día nos vimos por primera vez, si nos habíamos visto desde siempre? Nos habíamos visto cada mañana en el espejo, y cada noche en los sueños felices y en las pesadillas alucinadas, y siempre en las fotos defectuosas y en los retratos proféticos, en la esperanza y en el espanto, en la pasión inminente, en la soledad sin grietas de vivir separadas. Yo conocía cada uno de los latidos de tu corazón, Marina, antes de sentirlos palpitar sobre mi dedo huésped de tu sexo. Es este mismo corazón de carne que aún se empeña en medir el transcurrir de tu ausencia. Un latido, y te vas de mí, otro latido, y te escapas, otro latido, y te alejas, te alejas más, otro latido, y desapareces en los salvajes pantanos del tiempo, otro latido, otro latido, otro latido de mi corazón moribundo.

La empleada de brazos rollizos me dio una llave y un resguardo de latón con el número cinco. Luego, sin siquiera mirarme, me sometió a un exhaustivo examen médico, cuya función era

tranquilizarme acerca de la higiene de la piscina, aunque desde luego produjo el efecto contrario.

—¿Sufre usted de micosis, pediculosis, venéreas, tétanos…? —Se interrumpió, como un aparato eléctrico al que le quitan la corriente; le costaba soltar de carrerilla esa larga lista que sin duda la obligaban a repetir ante cada cliente—. Tétanos…, tétanos…, herpes… —volvió a pensar—, ¿o alguna otra enfermedad? —abrevió al fin.

—No.

—¡Ya lo decía yo! —Me dio el alta—. Ande, pase.

Entré en un vestuario tórrido como el trópico. Me desvestí y guardé la ropa en un derrengado armarito de metal, el quinto de la fila. Luego me puse el bañador, que aún despedía olor a naftalina. Es la prueba decisiva para saber si estás gorda, la evidencia irrefutable, casi una radiografía. No importa que te hayas visto cientos de veces en el espejo, desnuda y vestida; hasta que no te pones el bañador por primera vez en la temporada, no sabes cuáles han sido las conquistas de la obesidad sobre tu cuerpo en el invierno. No me quejé, podría haber sido peor. Cogí el bolso y salí al aire libre, a la zona de la piscina.

La luz intensa del sol cegó mis ojos ya habituados a la oscuridad del vestuario. Anduve lentamente, sintiendo la caricia de la hierba en mis pies descalzos. La piscina tenía la forma de un riñón un tanto deforme. A un lado, entre palmas enanas y penas grises, había un falso manantial que desembocaba en una falsa cascada, cuyo rumor parecía devolver un poco de silencio al ambiente estorbado por una demasiado fervorosa canción sudamericana. Recorrí un sendero de piedra; esquivé el lavapiés, en cuyas aguas turbias flotaban briznas de hierba seca, un pitillo a medio fumar, escarabajos muertos y un esparadrapo usado que había perdido a su dueño pero conservaba la forma de un círculo. Al fondo, a unos treinta metros de distancia del vestuario, se veía el mostrador de un bar, no mucho más que un chiringuito, cubierto a malas penas por un techo cónico de paja. No daba la impresión de ser ese el mejor sitio para buscar respuestas decisivas. Todos los elementos de la piscina ostentaban un aspecto vulgar y artificioso; su propósito de fomentar la alegría forzosa era más bien deprimente. A mí me quitó el apetito. De modo que al

sentarme en la barra del bar, tras atravesar el parque, pedí sólo una cerveza.

El camarero se movía con la abulia de los empleados públicos y sudaba como un galeote. El pobre estaba ya muy crecido y muy calvo para gastar esa enceguecedora camisa floreada, que al parecer era otra de las obligaciones de la empresa, como la lista de enfermedades de la empleada del vestuario. Lo que sí era culpa suya era el haberse ceñido los pantalones mucho más arriba de la cintura, sin duda con el propósito de resaltar un bulto ante cuya visión las mujeres teníamos que caer de espaldas. No caí de espaldas. Bebí un sorbo de cerveza; estaba tibia, y se me antojó que sabía a la transpiración del camarero.

En toda la piscina no éramos más de siete personas, avergonzadas y apartadas, que procurábamos sobrellevar anónimamente y como buenamente pudiésemos nuestra errónea decisión común de haber aterrizado en El Tórrido Trópico. En la esquina más apartada del terreno, había dos individuos jugando a los naipes bajo una sombrilla; Manolo les hubiese achacado, tal vez, el grave desliz de ser dentistas. Un chico y una chica, tendidos en el suelo no muy lejos de la falsa cascada, se besaban sin efectuar más pausas que las necesarias para respirar y murmurarse ternezas al oído. Un hombre dormía al fuego del sol, flotando a la deriva en el riñón de agua sobre su colchoneta llena de aire. Una muchacha con un orzuelo enorme en el ojo lidiaba con un crucigrama, apoyada en la barra, tres taburetes más allá. Todos tenían (teníamos) la pálida piel del invierno agobiada por los intensos rayos solares de ese prematuro bochorno de mayo.

El camarero fue a los vestuarios, multiplicando su pestilencia bajo el calor ardiente, y al cabo de un rato regresó con una bolsa de hielo, que chorreaba gotas de agua sobre la hierba.

Entonces me anunció que ya había llegado mi hermana.

Pensé que intentaba ligarme, iniciando una conversación empalagosa, así que me limité a asentir con la cabeza y no le dije que estaba equivocado, ni que no me había citado con nadie, ni que era hija única.

Pero unos minutos después, en efecto, pude ver desde lejos que dos mujeres salían del vestuario y se encaminaban hacia la piscina.

La primera de ellas era de mediana edad, más bien baja y robusta, con las rodillas ligeramente torcidas hacia fuera, como si montase a caballo; vestía una bata como de boxeador, entreabierta. La segunda parecía más joven, aunque no podía calcularse cuántos años tenía pues llevaba un holgado vestido rosa pálido hasta los tobillos y un gran sombrero amarillo y redondo que le ocultaba por completo la cara.

Una curiosidad inusitada me invadió. Fui incapaz de quitarle los ojos de encima a la segunda mujer. ¿Qué podía vincularla a la otra?, pensé. Su apariencia revelaba que provenían de ambientes distintos; se me figuró improbable que fueran amigas. Deseché también la posibilidad de que las uniese un parentesco. A falta de otra explicación mejor, me dije que eran compañeras de trabajo.

Oscuramente, la mujer más joven me atraía y anhelé conocerla; no en ese momento en particular, sino haberla ya conocido, conocerla de toda la vida. A las claras su sombrero amarillo no hacía juego con el vestido rosa. Además, noté que se lo tocaba insistentemente, con cierta incomodidad; de forma que supuse que se lo había prestado la otra para protegerla del sol.

Así, a bulto, tenía un aire que recordaba a mí, aunque la distancia y su vestimenta me impedían saber a ciencia cierta hasta dónde llegaba el parecido.

Mientras ella extendía una toalla sobre la hierba, junto a la piscina, la otra se quitó la bata de boxeador, exhibiendo una piel bronceada poco frecuente a esa altura de la estación.

La mujer más joven se asemejaba a mí, pero sus movimientos eran diferentes a los míos. Andaba y gesticulaba con mucha serenidad. Como el súbito golpe de la ola sobre la playa, vino a mi memoria la imagen de mi cuerpo desnudo en el espejo, ardiendo de felicidad bajo los estímulos de mi mano amante. Sentí horror de mí misma.

—¿No me has oído? —me preguntó una voz detrás de mí.

—¿Qué dices? —farfullé. Me di la vuelta como quien se recupera de un desmayo. Era el camarero el que me hablaba.

—Que te he preparado esto.

Entre sus dedos sostenía una copa gigantesca llena de frutas y helado, con un líquido de color verde brillante.

—No quiero —balbuceé—. No he pedido nada.

—Anda, mujer, es un regalo. Complacer a los clientes es la primera regla de El Trópico.

—Muchas gracias, pero no me apetece.

—¡Oh, vamos!, he ido a coger aposta el hielo para ti.

—Me trae sin cuidado —le dije—. No tengo sed.

Insistió. Supuse que la mejor manera de quitármelo de encima era aceptar su brebaje repugnante. Se lo quité de las manos y lo apoyé en la barra. Pero era un individuo tenaz. Me echó otra frase hecha y me señaló a la que creía mi hermana, pensando que yo no la había visto.

—Se llama *Diez de Richter*. —Se subió aún más los pantalones.

—¿Quién? —Aún no sabía que Marina era el nombre de aquella mujer, Marina.

Señaló la copa gigantesca.

—Pues, hija, ¿qué va a ser? ¡El *drink*, desde luego! —dijo con fatuidad. Seguramente se hacía llamar *barman* en vez de camarero—. Es un terremoto. Me lo he inventado yo. —Se aproximó a mí, haciéndome inhalar sus vahos irrespirables; luego bajó la voz y puso cara de chulo para susurrar—: Tiene virtudes afrodisíacas.

—Oh, cállate ya —le ahuyenté.

Me dejó en paz. Cuando volví a contemplarlas, las dos mujeres estaban conversando animadamente, sentadas sobre la toalla, la una frente a la otra. La baja y robusta había quedado de cara a mí; la más joven estaba de espaldas, ya sin el vestido. Llevaba un biquini pequeño color mostaza. Aún no podía verle el rostro, pero la forma delicada de sus piernas me provocó un estremecimiento que en ese momento consideré deshonesto y vergonzoso. Involuntariamente, sin embargo, pasé una mano por sobre las mías, casi acariciándolas. Me estaba excitando sin quererlo, sin saber por qué.

Olvidándome de la muchacha que resolvía palabras cruzadas y del camarero cargante, estiré disimuladamente un dedo hasta tocar la tela sintética y escurridiza del bañador y percibir la forma deseada de la grieta de mi sexo, que palpitaba tanto como mi corazón arrebatado.

Ella se quitó el incómodo sombrero y lo arrojó a un lado con un gesto divertido. Era morena como yo, y como yo se sentaba con la

espalda marcadamente inclinada hacia delante, tal vez más por pudor que por una desviación de la columna vertebral. Llevaba el pelo muy corto y la contemplación de su nuca me provocó un escalofrío que recorrió mis nervios de un modo fulminante. ¿Qué había en ella que me empujaba a ese estado nuevo para mí? ¿Era la mera probabilidad de que nos pareciéramos físicamente o el acontecimiento trascendental de mi vida que sin sospecharlo yo había esperado tanto? Jamás había deseado a una mujer, no odiaba ni temía a los hombres, siempre había sido capaz de gozar con ellos; y, pese a todo, allí estaba yo, perturbada por la lejana imagen de una mujer de la cual sólo veía la espalda y las piernas. Su corte de pelo acabó de enardecerme.

Si sólo le observaba los cabellos, ese triángulo invertido de punta trunca, ese exacto trapecio sobre la nuca, tenía la impresión de estar ante un hombre, casi un soldado, pero me bastaba desplazar apenas la mirada y aparecían ya los inconfundibles rasgos de una mujer guapa, los bordes de las mejillas tersas, la mandíbula ligera, los hombros frágiles, el nacimiento de los pechos, la cintura que iniciaba la curva hacia la cadera, los muslos y otra vez la nuca, la figura viril de los cabellos cortos, las mejillas.

Oprimí aún más el dedo contra mi coño, al límite de la desfachatez, inflamándome en el calor del día. En los espejos, en los goces de la soledad, me veía siempre de frente; en cambio ahora, mirándola a ella, podía entrecerrar los ojos para recortarla de los contornos del mundo y adivinarme de espaldas, descubrir a hurtadillas el otro lado de mí misma, el lado diáfano, el que podía librarme de las sombras para conducirme a la luz, a la claridad que nunca había conocido. El cuerpo me temblaba y tuve ganas de llorar. De dicha, de impotencia, de temor. La excitación en la que me hallaba revolucionaba todas mis facultades. Sentía que estaba cometiendo una falta cuando la observaba a ella, pero que hubiera cometido una peor si dejaba de observarla. Me desesperaba concebir la posibilidad de un amor que estuviese fuera de mi alcance. Y gozaba furiosamente con la visión íntima de ella, con sus perfiles y sus contornos, con mi mano que por primera vez no bastaba por sí sola y pedía, suplicaba, exigía, un cuerpo ajeno. El cuerpo de una mujer. Tu cuerpo, Marina, tu cuerpo igual al mío.

—¿Lo ves cómo te pones cachonda con mi Poción mágica? —Era otra vez el camarero.

No me miraba a los ojos; me miraba la mano entre las piernas. De lo contrario, hubiera visto mis lágrimas. Sobre la barra, en la copa, el helado se había derretido, blanqueando el brebaje verde en el que sobrenadaban pedazos de fruta madura, sin que yo hubiese bebido una sola gota. Experimenté una vergüenza monstruosa. Me estaba volviendo loca. Por fortuna, pensé, la estupidez del camarero había servido para devolverme el buen juicio. Temía que sucediera algo de lo cual fuese ya imposible echarme atrás. Debía irme de allí, olvidar a aquella mujer, continuar mi vida y mi espera, regresar a la normalidad.

Al levantarme, golpeé sin querer la copa con el codo, y todo el contenido del *drink* del camarero se le derramó sobre la camisa floreada. Farfullé unas palabras de disculpa y salté del taburete. Emprendí el camino de los vestuarios, resuelta a marcharme. Pensaba rodear la piscina por el lado opuesto, para evitar pasar cerca de las dos mujeres.

Pero entonces ocurrió: el acontecimiento que los presagios, los sueños, las coincidencias venían anunciando desde la mañana de aquel día crucial en mi vida. Había transcurrido mi existencia sin ninguna variante, despertando cada bendita mañana en las mismas condiciones de la víspera, hasta que amaneció un día inédito, capaz de alborotarlo todo. Sólo he vivido dos días como ese, dos días que cambiaron esencialmente el curso de mi destino. El primero, Marina, me llevó a tu encuentro, y yo no estaba preparada, pese a que había recibido tantas señales inequívocas. Me empeñé en leerlas con la sola ayuda de la razón, pero no logré interpretarlas entonces, porque el cifrado idioma de los augurios sólo es accesible para la inocencia de los enamorados, la inspiración de los poetas y la locura de los visionarios. El segundo llegó de golpe para arrancarte de entre mis manos y expulsarme del paraíso. Yo temía su advenimiento, estaba en guardia, pero ello no alcanzó a consolarme; un dolor anunciado puede ser más terrible que un dolor imprevisto. La fortuna me quitaba lo que me había dado, y yo no ignoraba que en el fondo nada cambiaría, que seguiría amando a Marina para siempre, a pesar de todo. En cambio, el día de la

piscina supe al instante, no bien se vieron nuestros rostros, que ya nada volvería a ser como antes, aunque escapase a la carrera en ese mismo instante, renunciase a enfrentarme con la mujer a la que había espiado desde lejos y no volviera a vería. Su mera presencia en el mundo bastaría para que mi vida dejase de ser lo que había sido. Mi certidumbre no se debía sólo a la posibilidad de una sorprendente semejanza física, sino al arrobamiento que había de paralizarme la respiración, llenando de éxtasis mi pecho. ¿Recuerdas, Marina, que yo detestaba a Borges? Era uno de tus autores favoritos. Yo comencé a leerle sólo porque tú me lo pediste, pero acabé por quererle una mañana en la plaza del Campidoglio, al encontrar un pasaje que explicaba mi certeza de entonces: «Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento*: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es». Yo lo supe como jamás había sabido nada. Empecé a ser mejor de lo que era. A ti te sucedió lo mismo. Te volviste parte de mí, mi vida fue tu vida. Tú lo supimos como nunca supe nada.

Y fue entonces cuando ocurrió.

Ella, Marina, la mujer que se parecía a mí misma, la hermana que me había anunciado el camarero de la piscina, también se incorporó. Le dijo algo a la otra mujer, mientras movía las piernas para desentumecerlas. Dio media vuelta y se dirigió hacia el bar.

Hacia mí.

Segunda parte

Íbamos al encuentro, la una de la otra, al borde de la piscina, y cada paso que dábamos nos llevaba al desconcierto.

No es que Marina simplemente se pareciera a mí: era idéntica; ni una hermana se me hubiera asemejado tanto.

Mi marcha se demoraba al ritmo de mi estupor, y me daba la impresión de estar ante un espejo ligeramente anómalo, ante la fotografía de una época olvidada de mi pasado, ante un sortilegio de hechicería. Como cuando vistes ropa nueva o acabas de cortarte el pelo, que te sorprende la primera imagen que los espejos te devuelven, o cuando observas fotografías que te han pillado de sorpresa y no te han dado la posibilidad de imprimir a tus rasgos la marca de la voluntad. Hay un desajuste entre la realidad y los mitos personales, entre la reciente imagen y la antigua, que nada conseguirá salvar sino un nuevo hábito.

Esa sensación de ligero desacuerdo es la que experimenté al repasar someramente y a toda prisa los detalles superficiales que me diferenciaban de Marina, rasgos casi imperceptibles que sólo un ojo atento estaba en condiciones de advertir. Más allá de ellos, desde luego, lo esencial era haber descubierto la existencia de mi doble perfecto.

Tras avanzar con pasos lentos y vacilantes, nos detuvimos al fin cara a cara.

Ninguna palabra acudió a mi boca temblorosa. Por lo demás, no era necesario hablar. El bolso se resbaló de mi hombro y cayó al suelo.

Levanté apenas el brazo izquierdo y tendí la palma de mi mano hacia Marina, para comprobar la realidad de mi visión, en el mismo

momento en que ella tendía su mano derecha hacia mi. No alcanzamos a tocamos. La miré a los ojos, y allí vi mis ojos mirándome. Me giré, nos giramos. Nos contemplamos en los rotos reflejos repetidos del agua y fuera de ella, y éramos cuatro Narcisos y uno y dos, nos miraste, me miramos en las ondulaciones de la piscina para buscar nuestro rostro verdadero y nuestro nombre escrito en el agua, y un impulso me incitó a escapar de aquel sueño zambulléndome en la piscina, cuando Marina también lo hacía.

Entonces el espejo se rompió, encontré mi sombra, mi reflejo, a ti, a mí misma, en la vigilia límpida del agua, y en ella mis lágrimas previas se disolvieron, se perdieron para siempre en la piscina junto al olor a naftalina de los viejos inviernos, y el amor fue como el agua que nos envolvía sin fisuras, y el mundo, nuestros ondulantes reflejos multiplicados; abrí los ojos y vi más claro que nunca, porque te vi, amor mío.

Nos tocamos, con temor, nos rozamos apenas, y ese ligero contacto me hizo perder la cabeza, se me olvidó todo lo que yo era, mis pudores, mi prudencia, fue algo tan extraordinario que no podía medirse con los parámetros habituales, ni demorarse en los rituales de la urbanidad, me gustas, tengo que pensármelo, llámame la semana próxima, no vayas tan aprisa, necesitamos tiempo para conocemos y todo eso. No, esto era algo que iba más allá de la experiencia y la tradición, de los flirteos y de las reglas.

Me entregué a ella. Hay actos que ejecutas por un impulso súbito, sin pensártelo más que la fracción más pequeña de la fracción de un segundo, y luego lo lamentarás o lo agradecerás por el resto de tu vida. Son momentos únicos, raros, perfectos.

Nos abrazamos, y el primer abrazo en esas profundidades infinitamente remotas nos separó del pasado y nos unió, Narciso se abrazó a Narciso, nos estrechamos desaforadamente entre las burbujas del aliento y la espuma de la luz, nos acariciamos bajo el agua hasta el límite último de nuestros pulmones a punto de estallar, y entonces subimos, regresamos otra vez al mundo, pero ya no éramos las mismas, habíamos atravesado nuestro río del olvido, franqueado el umbral de los espejos, perdido la vieja piel, nos habíamos iniciado en los misterios de la identidad que se divide para hallarse, bautizado con un inusitado rito sensual, y ahora que

nuestros cabellos húmedos se adherían a la cabeza desaparecían los detalles nimios de la diferencia y éramos iguales, estábamos ocultas contra el borde de la piscina pero visibles en el centro del centro del ser.

Yo al principio me negué a besarla, porque no acababa de comprender del todo el milagro concedido, pero me bastó contemplar los labios que tantas veces había besado contra la fría superficie de los espejos, dejando el rastro desengañado de mi boca solitaria, para que se disipasen mis dudas, y la besé, la besé con la desesperación con que mis pulmones intentaban respirar, busqué en su boca el aire para mi boca, la cogí de las mejillas, agradecí la ofrenda de sus labios y de su lengua dulce sobre la mía, sin pensar que yo era una mujer y ese era el beso de otra mujer, porque estaba atravesando las fronteras que separan al amor de los escrúpulos, sacudiéndome de encima las astillas despedazadas del espejo, y tuve miedo, pero fue apenas por un instante, o tal vez ni siquiera eso, tal vez sólo creía que tendría miedo y en verdad no lo tuve, y en el agua fría mis pezones duros entraron por primera vez en contacto con otros pezones, y toqué un coño que no era el mío pero que a la vez me pertenecía desde siempre, mientras una leve mano femenina me buscaba el sexo debajo del bañador, todo fue fulminante, como una onda eléctrica que recorriese las aguas de la piscina encendiéndonos, todo se precipitó, ya no pude resistirme a ese frenesí insensato, no fui capaz de pensar en nada, de avergonzarme o sentir remordimientos, me rendí a ese placer urgente de veintiocho años de abstinencia, volví a ver el amor de dos cuerpos idénticos que llegan a la vez a un único orgasmo, abrazados y sumergidos en el agua de dos bocas reunidas en el único beso verdaderamente amante.

Creo que nadie nos vio besamos en aquel borde apartado de la piscina, a excepción del camarero, que marchaba hacia los vestuarios maldiciendo, con la camisa en la mano. Estupefacto, se detuvo a espiamos desde detrás del trampolín. Pero no le prestamos atención. Sólo separamos nuestros labios un momento, nos contemplamos y entonces el beso regresó dulce, llenando de agua

las bocas, nuestras lenguas anhelantes sabían igual, se buscaron sin prisa, se reconocieron como dos ángeles perdidos entre los tejados de una ciudad hostil y se gozaron lentas de amor encontrado.

Un visitante inesperado se entremetió en ese punto: el hombre que dormía a pierna suelta sobre la colchoneta. Los movimientos del agua de la piscina le trajeron hasta nosotras, pero él no se despertó y siguió roncando. Era mejor así, esa noche no iba a poder pegar ojo, pues ya tenía la piel hecha una llaga viva. De cualquier manera, Marina y yo salirnos del beso y de la piscina, aunque hubiéramos querido permanecer allí para siempre.

Rociando el suelo con gruesas gotas, en las cuales se derramaba también un poco de la saliva de nuestro primer beso, caminamos junto al borde de la piscina, sin dar explicaciones al camarero, que continuaba observándonos, patitieso. Lo que aparecía como la suma del descaro —la homosexualidad y el incesto— debía de exceder todos los límites de sus entendederas. Su estupor consiguió que el miedo volviera a sobrecogerme.

No nos dijimos una palabra, pero no lográbamos apartamos. Nuestros brazos húmedos se rozaban al calor de mayo en un escalofrío y parecía que cada uno de nuestros vellos erizados entraba en mutuo contacto. Llegamos junto a la mujer baja y robusta que había venido con Marina a la piscina. Nos arrodillamos sobre la toalla.

—No me lo puedo creer… —balbuceó ella al vemos—. ¡Sois la misma persona!

Marina me miró a los ojos.

—¡Vaya por Dios! ¡Enhorabuena! —exclamó la mujer—. Es tópico decirlo, pero parecéis hermanas. ¡Sois idénticas!

Así era. Semanas después buscaríamos diferencias; eran tan pocas que subrayaban aún más las semejanzas. Ella tenía el esternón un poco más abultado, el cuello más largo, la voz ligeramente más ronca, las piernas y los brazos más finos, gesticulaba mucho menos que yo cuando hablaba y se le formaban hoyuelos al reír. Yo, por mi parte, tenía los huesos de la cadera más prominentes, las orejas más pequeñas, los hombros menos anchos y los ojos más separados, hablaba en voz más alta y pestañeaba más a menudo. Fueron largas noches íntimas de descubrimiento para

nuestros sentidos alborozados. Recordaré siempre cuando, desnudas en la tarde de Siena, rodeadas por los rumores de las gentes que regresaban de una vida moderna por entre las calles medievales y las campanadas de la catedral que llamaban al ángelus, en la oscuridad, delante de los espejos callados, comparamos nuestros ombligos, rozándolos apenas con el índice en un gesto que era más sensual que una penetración, adivinando a ciegas las cicatrices distintas, la mía combada hacia fuera, la suya en forma de estrella cóncava, y dábamos el paso inicial del largo camino que nos llevaría al gozo, pues luego yo pasaba mi lengua sobre su ombligo largamente y ella, a cuatro patas sobre mí, hacía otro tanto, los ombligos ardían entre labios palpitantes en una sincronización impecable, igual a nuestros cuerpos, al estremecimiento de extasiarme abrazada a tus piernas, y tu respiración alborotada contra mi piel y las campanas que ahora saludaban nuestro placer. Porque cada confrontación nos veía terminar desfallecientes de voluptuosidad, con el asombro renovado y la devoción en aumento. En seguida aprendimos a peinamos y a caminar del mismo modo. Carecíamos, es verdad, de esos ademanes comunes que identifican a todos los miembros de una familia. El espanto del mundo nos separaría antes de que el mimetismo se volviera involuntario.

Mientras miraba a Marina junto a la piscina en la que nos habíamos besado en silencio, comprendí que era ella, y no yo, a quien había visto en el sueño de la noche anterior.

—Me marcho —añadió la otra mujer en ese punto—. Será mejor que os deje solas. ¿Tienes coche? —me preguntó.

Asentí con la cabeza. La mujer recogió sus cosas y antes de irse le dijo a Marina:

—¡Pues el sombrero te lo regalo y ya está!, aunque no te guste. —Sonrió—. Será el recuerdo de esta tarde.

Quedamos solas Marina y yo, por primera vez. Ambas estábamos ansiosas y aterradas. ¿En qué iría a terminar todo aquello? Aún no nos habíamos dicho una sola palabra. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Pensé que debíamos presentarnos, como dos jovencitos que se enamoran en una fiesta. Pero ella habló antes:

—¿Vamos? —susurró. Su voz tenía un tono grave, ronco pero dulce.

La lógica me decía que resultaba imposible, absurdo, amar a una persona con la cual, literalmente, no había cruzado más que una palabra, pero era verdad. Me daba cuenta de que jamás podría amar a nadie como entonces estaba amando a esa desconocida.

La sombra del camarero cubrió nuestros rostros. Estaba junto a nosotras, de pie, con los brazos en jarras, ahora con una camisa limpia estampada con palmeras y papagayos, lleno de curiosidad. Entre sus dedos sostenía mi bolso, que le había servido de excusa para acercarse. Le di las gracias sin efusiones y esperé a que se marchara.

—Vamos —repetí, deslizando muy deprisa una mano sobre los cabellos cortos de Marina para acariciarle a hurtadillas la nuca. Ya no resistía la tentación y me sentí extrañamente dichosa al hacerlo.

No sé cómo llegamos a los vestuarios para cambiarnos. Por un extraño pudor, me vestí de espaldas a Marina; ella no tenía nada guardado en los armaritos y le bastó con echarse el vestido encima del biquini; no se puso el sombrero. La empleada de brazos rollizos seguía con la vista fija en su mostrador. Fuimos al coche. Arranqué y salimos a la carretera. Transcurrieron largos momentos antes de que nos atreviéramos a hablar. Sobre el vestido de Marina apareció la huella húmeda del biquini bajo la tela.

—Me llamo Sofía —murmuré por fin.

Sólo cuando me dio que se llamaba Marina, noté que no era española, sino sudamericana. Marina, repetí para mis adentros; y, ¿puedes creerlo?, ese nombre aún no significaba nada para mí.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—¿Y si trataras de adivinar? —bromeó, y comprendí que intentaba aliviar el temor que nos mantenía en tensión.

Colombia, dije. No, respondió. Chile. No. México. No. Seguí enumerando países a tontas y a locas sin acertar. Marina apoyó las yemas de sus dedos sobre mis piernas desnudas en la cara interior del muslo. El sol del mediodía me había quemado la piel, así que el roce de su mano me refrescó. Venezuela. No. Nicaragua. No. La caricia de Marina me impedía pensar con precisión.

—Pero ¿es en Sudamérica?

—Sí —rio—, digamos que sí. Así dejamos de lado América del Norte y América Central.

—Es que ya no hay más países —capitulé al fin.

—Veo que las viejas colonias no son tu fuerte —observó, mientras me alzaba el vestido hasta la cintura.

Aminoré la marcha. Su mano revolvía ya el vello de mi sexo a los lados de las bragas, provocándome un bienestar infinito, que me protegía del miedo y me perdonaba lo que se me antojaban impurezas de mis pensamientos y de mis tos. En ese momento no experimentaba, como con Santiago, la necesidad de ser castigada por mi osadía, sino todo lo contrario: me hallaba en un estado de dicha serena que veía en la pasión un fin en sí mismo y no una expiación del remordimiento.

—¿Cómo que no hay más países? —susurró—. Te olvidaste de Ecuador, Argentina, Uruguay, Paraguay…

Me detuve en el arcén, porque sabía que no podría seguir conduciendo sin peligro. Dijo que era uruguaya, pero no seguimos discutiendo de geografía pues nuestros labios ya se unían otra vez. Tuve la impresión de que nos dábamos un único beso, el mismo que habíamos iniciado en la piscina y que debía durar para siempre. Le acaricié los pechos, primero con vacilación y luego con alborozo, como quien se adentra en cotos vedados. El claxon de un camión nos sobresaltó. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y le besé el cuello sobre la vena yugular. Permanecí así mucho tiempo. El corazón aún me latía nervioso por el estrépito del claxon, y ese hombro era mi refugio, mi paz. Por primera vez en mi vida nadie me pidió cuentas de mi silencio: Marina me dejó prolongar la armonía del sosiego, abrazándome, dibujando con sus uñas plácidas las líneas de mi oreja. El sol corría hacia el anochecer, pero no me moví. Dejé que el día se derramara en las sombras.

Era ya el ocaso cuando salí del amparo que me brindaba el hombro de Marina y sentí súbitos deseos de procurarle placer. Me incliné sobre su sexo. Lo lamí, lo lamí hasta que se corrió, una y otra vez, percibiendo el gusto novedoso de un coño, saboreando lo que antes sólo había tocado, aferrando una entrepierna que no era la mía, hundiendo mis dedos en una morbidez ignota, excitándome con mi iniciación en la pasión maldita, prohibida, dulce, ascendiendo por los lados de ese triángulo excitante de su sexo hasta el vértice, un triángulo que era el reflejo inverso de su nuca

codiciada, procurando que Marina gozara con mi deseo por ella, que sintiera mi gratitud, mi refugio en su hombro, mi desdén por el tiempo.

Los coches pasaban por la carretera y nos iluminaban a ráfagas con sus faros. Ningún claxon volvió a sobresaltarme. Más allá, se encendió el anuncio de neón de una fábrica de muebles, cuyas letras luminosas alternaban el verde, el rojo y la oscuridad, a intervalos regulares. Entonces Marina me pidió que echara el asiento hacia atrás y me desnudó, allí, en un sitio sórdido que a mis ojos parecía un paraíso, allí, al borde del río de coches indiferentes y veloces, allí, en los contornos abiertos de una ciudad lejana, donde una rutina que ya no me pertenecía podía desarrollarse sin mí. La miré, en la oscuridad, en el fulgor de los faros, en el color rojo y en el color verde; era mi reflejo, que se alzaba de la muerte de cristal para existir, para respirar sobre mi cuerpo, rodear mis pezones con sus labios, guiar mis manos entre sus manos y recorrer mi piel erizada y lastimada por el sol, para llevar cuatro manos iguales a mi sexo, y sobre él, y dentro de él, y fuera de él, envolviéndolo, penetrándolo, besándolo con mi propia boca, con otra boca idéntica que le permitía a la mía acceder a lo hasta entonces inaccesible, y me parecía que estaba a punto de correrme, pero no, no terminaba, el orgasmo era largo, era inagotable, se perpetuaba como nunca, me elevaba hasta el punto máximo del deleite, donde yo jamás había llegado, más allá del cual no podía haber nada, pero había, siempre había un poco más, un nuevo límite que también dejaba atrás muy pronto, la luz verde, roja, la noche, y fue entonces cuando Marina despejó las oleadas de manos y manos e introdujo su dedo índice en mi vagina, presionando en la pared superior, sobre esa isla rugosa y sensible, mientras su pulgar se apoyaba en mi clítoris, era casi un pellizco, y la isla se endureció como nunca, experimenté un placer inédito, que involucraba todo mi cuerpo, creí que me iba a hacer pis, y se lo dije.

—Dámelo todo —replicó—, no es pis —y no era pis, lo supe por primera vez, tuve que esperar veintiocho años para saberlo, las mujeres también podemos eyacular, y me desagüé, no era pis, ni la humedad habitual de mi coño excitado, sino un líquido ligero y claro que inundó el asiento, tuve que mirarlo, tocarlo, pese a que

me estaba corriendo atropelladamente, y me reí, y grité con la risa dibujada en mi grito, Marina, y el temblor de mirarme duplicada en ese espejo móvil, hermoso, agitado por los fulgores y el placer, los faros veloces, la ciudad lejana, el agua, mi agua, mi reflejo.

Eran casi las once cuando entramos en Madrid. En el trayecto no habíamos cruzado una palabra. Marina me pidió que detuviera el coche cerca de la Glorieta de Bilbao. Me dijo:

—Vivo cerca de acá. Puedo ir caminando. —Tal vez adivinó mi inminente reproche, porque añadió—: No quiero que me lleves.

Ahora que me encontraba otra vez en Madrid, en mi mundo acostumbrado, me parecía que vacilaban las seguridades alcanzadas pocas horas antes, como si Marina fuese una hechicera cuyos poderes mágicos perdían efecto al ser arrancados de su ámbito. Se me echó encima toda la vergüenza acumulada. ¿Cómo había sido tan loca, tan insensata?

Tiempo después, Marina me diría que ella también había visto derrumbarse todas las certezas de su vida. Intuíamos que no sería fácil entregamos por completo a ese amor fulminante. Nada que merece la pena puede ser fácil, lo sé ahora y lo sabía ya entonces. Y sin embargo algo nos paralizaba. No es que quisiéramos interponer dificultades o remilgos; nuestro vínculo había empezado mucho más allá de las habituales ceremonias de seducción. No, sentíamos más bien como si hubiésemos profanado un templo sagrado, usurpado el trono de los dioses o invadido los dominios del sueño; nos intimidaba la importancia de nuestros actos, la incertidumbre de hallamos ante un futuro definitivo, que ponía en juego, de cabo a rabo, toda nuestra vida.

—Tengo miedo —le confesá—. Miedo de volverte a ver y de perderte. —Apagué, encendí, apagué las luces de posición del coche —. Nunca antes había estado con una mujer.

Cruzó un coche cuyos faros me recordaron nuestro amor enloquecido en la carretera.

—Yo sí, muchas veces —replicó Marina—. Siempre me gustaron las mujeres y nunca he estado con un hombre, pero no es ese el problema. Yo también tengo miedo, ahora.

El coche frenó detrás de un camión de la basura, que interrumpía el escaso tráfico de esa hora.

De modo que a ella también la inmoviliza el temor, pensé. Entonces no habrá nadie que nos rescate de este pozo, de este diálogo casi sin palabras que estamos manteniendo, que estamos sufriendo. Todo ha sido una locura, me dije. El espejismo de saltar al otro lado del espejo, cosas que no suceden en la realidad, que no deben suceder. Intenté persuadirme de que ya me olvidaría de todo aquello por la mañana. No obstante, sabía que no era cierto y la zozobra no me abandonaba.

Pasó un grupo de jóvenes exaltados, que se daban puñetazos y empellones los unos a los otros, pero ni siquiera miraron dentro del coche, donde Marina y yo nos contemplábamos con la amargura del verdugo que debe ejecutar a la persona a la que ama.

Puse ambas manos sobre el volante, como si condujera, con la vista perdida más allá del cristal.

Nada de lo que habíamos vivido hasta entonces tendría ya sentido. Era un nacimiento, pero también una muerte. ¿Cómo se hace para borrar de un plumazo toda una existencia? Eran demasiados cambios juntos para mí, y no ignoraba que Marina se hundía al mismo tiempo que yo en cavilaciones semejantes.

La noche era clara. Reinaba la fresca serenidad que sigue a las jornadas de calor intenso. Una leve brisa movía las plantas de un balcón.

Tengo miedo, me repetí para mis adentros, tengo miedo de volver a quedarme sola, de empezar mi vida desde la nada junto a la persona equivocada.

Vi mi reflejo contra el parabrisas y me costó reconocerme en esa imagen distorsionada y abatida.

Sola, sola otra vez. Quizás acabaríamos ahogándonos, lastimándonos entre nosotras, como dos bestias encerradas en una jaula, como Santiago y yo, y nuestro amor se arruinaría.

Sentí una fatiga invencible, como quien ha perdido la fe en aquello en lo que siempre había creído.

Tal vez volvamos a vemos, procuré consolarme. Y si nuestro encuentro no ha sido casual, ¿por qué entonces el destino no ha de reunimos nuevamente?

Marina puso un dedo bajo mi barbilla y me levantó el rostro para que la mirase.

—No quiero lastimarte —murmuró.

Luego se marchó en silencio, y yo la dejé ir.

—Te quiero —dije cuando estuve sola.

Un gato caminó calle abajo con elegancia, hacia mí. Olisqueó indiferente los restos de basura que habían caído del camión. Entonces, velozmente, se aproximó otro coche.

—Te quiero.

Las luces del coche apremiante cegaron al gato, que se paralizó en medio de la calle. El coche frenó, pero no llegó a tiempo. Pegó un bote sobre el cuerpo del animal y prosiguió su marcha sin detenerse. El gato quedó muerto sobre el asfalto, mientras de su boca empezaba a manar un hilo de sangre que corrió hacia el bordillo, lentamente.

Esa noche no regresé a casa en seguida; permanecí largo rato en el coche, desolada. Me costaba presentarme ante Santiago después de todo lo que me había ocurrido, mentirle, fingir, ofenderle con un mutismo doloroso. En mi memoria se mezclaban desordenadamente las imágenes de Marina, el sueño, la terrible muerte del gato, el anuncio de neón, el camarero, el agua de la piscina. ¿Cómo reemprender la vida corriente? Al igual que las ciudades arrasadas por un terremoto, tenía ante mí dos salidas posibles: o abandonar los despojos de la catástrofe y edificar una ciudad nueva, alejada de la vieja, o escarbar entre las ruinas para recuperar lo que se había salvado e iniciar la paciente tarea de la reconstrucción. Durante un momento, me inclinaba por la primera, y me maldecía por haber dejado que Marina se fuera; en el momento siguiente, juzgaba mejor la segunda de las posibilidades, y me repetía que mi decisión había sido correcta. Luego cambiaba otra vez de opinión, y así basculaba a toda prisa entre un extremo y el otro.

Bajé del coche. Me dirigí al cadáver del gato. Quería recogerlo y enterrarlo en algún sitio, pero me faltó valor. Volví al volante. Puse en marcha el motor y vagué por las calles desoladas de Madrid. Me sentí más forastera que nunca. Lo veía todo sin nostalgia y sin

pasión. Lo único que me ata a esta ciudad, pensé de pronto, es Manolo.

Recordé el cuadro que me había regalado esa mañana en la galería; parecía que hubieran transcurrido meses desde entonces. Tal vez él sabría aconsejarme, o brindarme su paciencia para sobrellevar la confusión, o al menos hacerme compañía para evitar la soledad; tal vez este era el momento de iniciar esa amistad más profunda tantas veces postergada. Aceleré, con el propósito de llegar cuanto antes a su estudio.

Mientras conducía, sopesé los posibles modos de abordar una conversación tan espinosa, melodramáticos («He perdido la cabeza»), discretos («Estoy confundida»), intrigantes («He pasado un día estupendo»), rotundos («Me he enamorado de otra mujer»), tabernarios («Me he corrido de puta madre»), e incluso, para que resultaran más persuasivos, llegué a decirlos en voz alta, causando la hilaridad de una pareja que esperaba al semáforo en su coche, detenido al lado del mío. Me hubiera gustado, como cuando de adolescente me obligaban a confesarme, que existiese una fórmula fija para comenzar a revelar las intimidades escandalosas.

Conforme repetía mi discurso, ensayando variaciones, iba comprendiendo que ninguna voz, excepto la mía, o la de Marina, sería capaz de darme el consejo justo, la palabra insustituible, la explicación que revelara cada uno de los innumerables matices de mi estado de ánimo. Esta certeza, sumada a la ridiculez de los ensayados preámbulos posibles de mi confesión, no diré que me divirtió, pero sí que me ofreció un paréntesis de serena resignación, como los ejércitos que establecen una tregua para contar las bajas y medir sus fuerzas de cara a la próxima batalla.

Llegué a casa de Manolo, que vivía en los frentes de un chalé en Salamanca y había hecho derribar todas las paredes interiores a fin de disponer de una inmensa y única habitación, donde se hacinaban caballetes, telas y pinceles; en un rincón, casi escondida, se hallaba la cama, generalmente revuelta, en que Manolo dormía cuando le pillaba el cansancio. Empujé la veda y pasé. La ventana estaba abierta. Le espié desde fuera discretamente. En algún lugar de la pieza sonaba la obra preferida de Manolo: la *Misa de santa Cecilia* de Haydn, que podía oír una y otra vez, sin pausa. Aunque, como todos

nosotros, se declaraba ateo, solía trabajar al ritmo austero de la música religiosa. Pero sentía pudor de que los demás lo supiesen. Yo había ido a visitarle muchas veces; nada más tocar el timbre, él reemplazaba a la carrera la misa o el oratorio de turno por canciones ligeras, supongo que con el propósito de ocultar una actitud que podía calificarse de pomposa. Jamás le di a entender que lo sabía, ni siquiera esta vez. Me quedé mirándole por la ventana, observando cómo pintaba. Tal vez sugestionada por el hechizo de la música en el silencio nocturno, me dio la impresión de que Manolo estaba siendo transportado a una dimensión extraordinaria, paralela a este mundo, o en su centro más insondable, esa dimensión a la que se accede en raras ocasiones y con medios siempre cambiantes, como el perfume de los jazmines, la niebla del amanecer entre las calles vacías de una ciudad desconocida, el rastro de la ola sobre la playa, el silbo del viento entre los árboles, el sabor del primer beso de la persona que has esperado toda una vida.

Me di cuenta de que no debía interferir en la vida de Manolo, ni él en la mía. Teníamos que seguir cada uno en esa realidad marginal, perfecta, que nos mancomunaba y nos separaba a la vez. Subí al coche. Vagué sin rumbo fijo hasta que dieron las dos. Entonces decidí regresar a casa.

Metí la llave en la cerradura con una vergüenza inusitada. Santiago me esperaba despierto.

—¿Estás loca o qué? —me dijo no bien atravesé el umbral que me devolvía a la ciega monotonía de siempre—. Te he buscado por todas partes.

No respondí. Arrojé el bolso sobre un sillón y permanecí en pie.

—¡Y sé que has salido con tu coche! —continuó.

Me di la vuelta para que Santiago no advirtiera mi sonrojo. Me sentía encerrada, transparente, desnuda, desenmascarada, como quien sale a la calle después de haberse sometido a una cirugía estética y comprende que todos cotillean acerca de su cara nueva. Me parecía que él tenía que notar la lasitud de mis piernas cansadas, la satisfacción de mi cuerpo y, sobre todo, la transformación de mi alma.

—La dueña de la galería ha llamado cuatro veces, estaba muy

cabreada contigo —dijo—. Y tú tenías que contestarme si querías ir al cine o no. ¿Dónde cojones has estado?

—De paseo —respondí.

—¿Y dónde, si se puede saber?

Enumeré todos los sitios por los que había pasado desde la mañana. Yo jugaba con una ventaja: mis conductas extrañas habían empezado muy de mañana, de manera que Santiago no podía adivinar que mi estado actual tenía su origen en mi visita a la piscina, que pasó por una estación más de mi peregrinar. De todos modos, como es obvio, omití mencionar a Marina. No obstante, experimenté esa perversa tentación propia de los asesinos, que ofrecen pistas veladas a la policía para lanzar un desafío o por un inconsciente deseo de ser atrapados. Revolví en el bolso hasta dar con las fotos. Se las tendí a Santiago. Mientras él miraba las imágenes repetidas, le pregunté:

—Oye, ¿qué harías si existiera otra como yo? Una persona idéntica a mí, quiero decir.

—Pues, mira, no quiero ni imaginarlo, ¡ya tengo bastante contigo! —replicó, sonriendo, para hacer ver que estaba dispuesto a olvidarse de su enfado—. Una sola Sofía ya me trae de cabeza; dos me harían perder los estribos.

Le dejé contemplando con fruición las horrorosas fotos que había tomado de los gitanos y el mar. Le di un beso en la frente y me fui a acostar. Mientras me desvestía, tuve una percepción diferente de mi cuerpo desnudo. Había adquirido una especie de plenitud múltiple, en la cual cada gesto contaba con un eco preciso, distanciado pero vivo, no como en los muertos espejos, esos esclavos uniformes del albedrío. Saber que no era única me hacía sentir dos veces única, cómplice de Marina en una conjura contra el tedio de la soledad. Me tendí en la cama. No podía pensar en nada con certeza. Esa noche había de costarme mucho conciliar el sueño.

Sin embargo, cuando entró Santiago, cerré los ojos y respiré con regularidad a fin de fingirme dormida. Él se tumbó a mi lado. Supuse que no me quitaba la vista de encima, pero permanecí inmóvil. Minutos más tarde percibí su mano entre mis piernas y noté que me olfateaba el coño.

Me husmeaba para saber si yo había estado con otro.

Quiero soñar contigo esta noche. Quiero encontrarte en ese mundo que se parece a la muerte, y no es la muerte, que nos regala la vida, y no es la vida; esa realidad inconstante con una lógica propia, donde algo puede ser distintas cosas a la vez, donde los rostros pueden tener dos caras y el tiempo no existe. Quiero soñar que estás a mi lado, que eres Sofía y Marina, Clara o Laura, que te abrazas a mí, que veo los hoyuelos de tu sonrisa y oigo la cosquilla de tu voz sobre mi oído. Quiero soñar con la felicidad completa, con el balanceo arrebatador de tus pechos apretados contra los míos, con un amor que perdura y que no ha muerto.

La periodista que había acosado a Manolo se llamaba María del Carmen Chazarreta. Era una muchacha bastante quejicosa, que tenía un largo flequillo teñido de rubio y vestía ropa masculina. Volví a verla en la siguiente inauguración de la galería, aunque de buena gana la hubiese evitado. Pero uno de los deberes de mi trabajo consistía en atender a los periodistas, para que no nos ignoraran a la hora de escribir sus artículos. Además, debía andar con tiento, porque la dueña de la galería aún no me había perdonado mi larga tarde de vacaciones en la piscina junto a Marina, y de seguro estaba buscando cualquier excusa para ponerme en la calle.

Me acerqué a saludar a la periodista de flequillo rubio y le entregué el catálogo que calificaba al pintor de turno como la más grande revelación de todos los tiempos. Alrededor de nosotras, la multitud de invitados y curiosos parecía nadar en el mar de cuerpos acalorados. El olor a encierro era intolerable. María del Carmen habló mucho, de arte, de pintores, de galerías, de la «política cultural» del gobierno y otras cosas por el estilo.

Yo la oía distraída, escuchando sólo lo indispensable, las palabras clave, por si acaso llegase a hacerme una pregunta y me pusiera en la obligación de responder. Pero, mira por dónde, me sacó de mis cavilaciones la voz de María del Carmen, con un reproche que no venía a cuento:

—Llegas tarde…

Entendí que no me lo decía a mí, sino a otra persona que

acababa de llegar, con quien sin duda había concertado una cita.

—Os dejo a solas —farfullé, cogiendo al vuelo esa oportunidad de escapar de allí.

Miré a la otra persona. Era una mujer. La mujer baja y robusta con la que Marina había ido a la piscina. La reconocí en seguida por sus rodillas torcidas hacia fuera y la piel bronceada. A todas luces era la novia de la periodista, lo comprendí en una súbita revelación. En dos zancadas me abalancé literalmente sobre ella.

—Tú eres, tú eres… —balbuceé.

—Sí, soy yo —respondió.

Ella también había quedado sorprendida de verme. Quizá le había costado discernir que yo no era su amiga Marina, porque me había cortado el pelo muy corto.

—¡Vaya, veo que os conocéis! —exclamó María del Carmen, visiblemente contrariada.

—Nos vimos sólo una vez y de pasada —informó la mujer.

—Bueno, pues, esta es Emilia —me dijo la periodista, mostrándome que tenía prioridad sobre su amiga. Luego, quiso enseñarme que lo sabía *todo* sobre ella—: Emilia Faustina Gesualdo Cortés. —Y al fin, con poco entusiasmo, me señaló—: Ella es… ¿Cómo te llamabas?

No creo que lo ignorase; fingió hacerlo para empequeñecerme, para hundirme la última estocada de su desdén. Pero yo no quise complacerla y no dije cómo me llamaba (Emilia ya debía de saberlo). Pensé que el destino hacía todo por volver a llevarme hasta Marina, mediante intermediarios insospechados: antes Carranza, ahora María del Carmen. Sin preocuparme por las intrigas o el disgusto de la periodista, cogí a Emilia del brazo y la arrastré detrás de un escritorio, donde las gentes no se aventuraban.

—Dime dónde puedo encontrarla —inquirí.

—¿A quién? —me preguntó a su vez.

—¡Oh, vamos, no te pases de lista!

Vaciló.

—Es que… no puedo decírtelo.

El gentío circulaba a empellones al otro lado del escritorio, indiferente a nuestro diálogo.

—¿Qué ocurre? —bufé, poniéndome en ridículo, en especial

ante mí misma—. ¿Tienes celos de Mí?

Para serenarme, ella presionó ligeramente mi hombro con la mano izquierda, pese a que yo aún le tenía cogido el brazo. Me dijo con voz amistosa:

—Debes saber que si hubo algo entre Marina y yo, eso fue hace mucho tiempo. —Esbozó una sonrisa—. Ahora somos amigas y quiero que sea feliz.

—Que tú y yo nos hayamos encontrado —afirmé no sin solemnidad— es una señal del destino.

—Lo increíble, más bien, es que no nos hayamos encontrado antes —replicó—. Suelo acompañar a María del Carmen a las exposiciones. Y te juro que me hubiese fijado en ti.

—¿Qué más da eso ahora?

—¿Sabes? —continuó, como si no me hubiera oído—, por un pelo Marina no ha venido con nosotras. Yo quiero que salga; la veo muy deprimida.

Supuse que yo era la causa de esto último: fue la primera vez que la tristeza de alguien me provocó felicidad.

—¿Te ha dicho si quiere volver a verme? —pregunté, desesperada.

No pronunció la palabra que podía herirme, ni la que podía volverme dichosa. Insistí, sin embargo, y ella se vio obligada a negar con la cabeza.

—No, ¿qué? —Me aferraba a vagas esperanzas—. ¿No te lo ha dicho o no quiere verme?

Oye, mira, no te creas que no entiendo tu ansiedad —dijo Emilia, tras una pausa, rompiendo el crispado silencio que nos había invadido, en medio del bullicio continuo del gentío.

Entonces, ¿por qué me ocultas dónde está?

Un camarero con una bandeja llena de refrescos logró llegar hasta el escritorio. Le ordené por señas que se marchara.

—Bueno…, ya sabes, Marina está algo confundida —respondió Emilia—. No te creas que es fácil. Tiene las mismas aprensiones que tú.

—Pues dile que yo ya no tengo dudas —afirmé—. Haría lo imposible por estar con ella. ¿Comprendes?

—¡Ay, Emilia! —interrumpió la jovencita de flequillo rubio—,

¡me estoy ahogando! —Ya había recorrido la exposición, a duras penas, viendo lo suficiente como para marcharse y escribir su artículo.

Emilia me miró, como disculpándose, y se despidió así:

—De acuerdo, se lo diré. La veo a diario. —Me guiñó un ojo y me soltó una pista—: Está viviendo en mi casa.

Acto seguido, Emilia y la periodista de flequillo rubio se sumergieron en la densa muchedumbre de invitados y lograron abrirse paso hasta la puerta. Me quedé sola en medio del gentío. La inauguración siguió su curso de frivolidades inexorables. Hablé, saludé, sonreí de dientes afuera, dije cosas que no recuerdo; mantuve mi aspecto gentil y despreocupado, mientras interiormente me hallaba lejos de allí, a kilómetros y décadas de distancia, cavilando sobre mi suerte, lamentándome, imaginando la reacción de Marina y nuestro reencuentro, que ya no se me figuraba tan improbable como antes.

Desde nuestra separación en el coche, hacía tres semanas, había vivido momentos terribles. Me sentía fatal. Ninguna cosa conseguía entusiasmarme, o siquiera despertar mi interés. Me insultaba por haber dejado marchar a Marina, por haber sido tan cobarde. Me había bastado un instante, una intuición, un fulgor efímero de la dicha, para que la pesadumbre se me volviera insufrible.

En medio de aquella tristeza, interfiriendo en mi soledad y mi calma, aparecía el tal Carranza, el tipo que me había invitado a la piscina. Había cogido la costumbre de presentarse en la galería todos los mediodías, e incluso algunas tardes, siempre con un programa distinto para proponerme y siempre con su infaltable terno gris (o nunca lo había lavado, o tenía docenas de ternos iguales). Me costaba mucho quitármelo de encima; siempre tenía la respuesta adecuada para desbaratar mis excusas. Su cortesía era aplastante, y te hacía sentir que cometías una infamia al rehuirle. Me perseguía por la calle fingiendo acompañarme y declarando que lo hacía para cuidarme. Llegó a seguirme hasta el portal de casa. Por fortuna, ese día Santiago volvió temprano y nos cruzamos en el zaguán. Carranza no escapó. Todo lo contrario. Como había hecho conmigo, se presentó a Santiago, y con la misma fórmula veladamente amenazadora («Mi nombre es Carranza»). Le dijo que

me cuidara, porque muchos desconocidos podían abusar de mí, y que él sólo quería protegerme. Luego trató de invitarse a subir; conseguimos rechazarle, y se marchó saludándonos igual que a viejos amigos. Cuando le conté quién era ese hombre y cómo me perseguía, Santiago no le dio importancia. Ni siquiera, extrañamente, tuvo celos.

Lo cierto es que él se hallaba metido hasta las cejas en otros asuntos, como pude comprobar poco más tarde. Y esta comprobación resultó decisiva en aquellos largos días de espera sin Marina y sin amor: un hecho, un hecho en apariencia ajeno a mí, acabó por decidirme a buscar a mi doble a toda costa; apenas unos días después de haberme olido el coño para vigilar si yo me había acostado con otro, Santiago volvió muy tarde a casa. Me aseguró, sin que yo se lo preguntase, que había estado trabajando en la fábrica de un cliente y me soltó una catarata de detalles. Como no era la primera vez que llegaba a esas horas, y jamás me había dado explicaciones, sospeché. Yo estaba tumbada en la cama, mirando la televisión sin verla —me resultaba imposible leer—, con la mente puesta en otras cosas y una profunda sensación de abatimiento. Me decía a mí misma que tenía que ponerme en movimiento y recobrar el ánimo, pero no lo conseguía, y esa orden de la sensatez me arrojaba aún más en la apatía. De modo que, pese a mis sospechas, no me preocupé en comprobar la verdad de las coartadas de Santiago.

Él se tendió junto a mí, vestido, y apoyó su cabeza sobre mi pecho. Tuve ganas de acariciarle, aunque me contuve. Le pregunté si quería comer. No me respondió: se había quedado dormido. Me inspiró ternura. Parecía un niño, que como todos los niños podía ser violento en ocasiones, pero un niño al fin. Verlo dormir me había provocado siempre deseos de cuidarle; me daba la impresión de que se encontraba a mi merced, desprotegido, exhibiéndome por amor su cara más débil, más íntima. Le acaricié. Se revolvió en el sueño y farfulló que tenía que desvestirse.

—Déjame que lo haga por ti —murmuré.

Le desaté los zapatos. Se los quité y luego hice otro tanto con los calcetines. Le desanudé la corbata; le desabotoné la camisa, le abrí la cremallera y el cinturón. Tiré de los pantalones, que arrastraron

consigo a los calzoncillos. Le rocé delicadamente las piernas con mis uñas largas, para que sintiera un cosquilleo agradable, le froté los muslos, le cogí el sexo. Me produjo un estremecimiento aquel trozo de carne, pues para mí en ese momento era un trozo de carne. Lo cubrí por completo de forma que sólo se vieran los pendejos; enturbié la vista para imaginarme que estaba ante una mujer, pero fue en balde. El contacto de mi mano logró que la polla de Santiago creciera y entonces volví a mirarle con la vista nítida. Me gustó su cuerpo de hombre. Él sonrió, en su entresueño agradable, y me dijo:

—Estoy muy cansado…

Su pasividad, igual que un desafío, me había excitado. Quise sentirle dentro de mí como la primera vez, como cuando teníamos veinte años y ninguna desilusión, como si fuera un instrumento para borrar mis turbaciones. Haberle engañado con Marina no me provocaba remordimiento: esas dos facetas de mi sexualidad, mi matrimonio y mi amor por Marina, se excluían mutuamente, no podían compararse, eran dos zonas irreconciliables de mi yo, dos márgenes de un río sin puente que las comunicase. Y yo tenía que elegir; con el sexo de Santiago entre mis manos, que tantas veces me había penetrado, que simbolizaba las certezas, la tradición, la luz del día, la cara descubierta, mi elección se tomaba incontestable. En ese momento el placer que me había concedido Marina desaparecía en mi memoria como un recuerdo confuso; se me figuraba que yo no había hecho más que masturbarme a solas, igual que tantas otras veces. Por ello el engaño no me remordía. Antes bien, me incitaba, curiosamente, a ser una buena esposa, una esposa de manual, desprendida, devota, que atiende a su marido y se ocupa únicamente de él. Después de todo, me dije, esta es mi vida y lo será para siempre.

Decidí despertar a Santiago chupándosela. Cuando me incliné sobre él, vi restos de lápiz de labios. No era una marca patente, como la que a veces se estampa de manera inadvertida sobre la cara de otros al saludarles, sino una aureola, una suerte de niebla rojiza que cubría la mitad superior de su pene. Pero era igualmente inconfundible.

—Hijo de puta —dije; me sentía traicionada no por los cuernos que pudiera haberme puesto, sino por ese momento de ternura

defraudada, de devoción inútil—. Hijo de puta.

Comprendí que ambos viviríamos siempre representando una farsa, lastimándonos con una rutina de insatisfacción y mentiras. Comprendí que una de las dos partes de mi yo no era más que un espejismo de la costumbre. Comprendí que vale más un solo instante de sed de dicha que toda una existencia de monotonía. Los actos ocultos de Santiago, tan distantes de mi yo verdadero, indirectamente me hacían percibir con transparencia opacos rasgos de mí misma, mi región de sombras. Y Marina, aun en su ausencia, me ayudaba a pensar; no porque vertiera ideas en mi cabeza como un líquido en un recipiente, cosa que no había hecho ni haría jamás, sino porque su mera existencia despertaba en mi interior facultades adormecidas, potencialidades latentes. Era como si alguien, sin decirme nada, estuviera diciéndome qué tenía que hacer, cuál era la mejor conducta que debía seguir. Acabé de decidirme. Únicamente con Marina mi vida tendría sentido. De otra forma, prefería estar sola. Debía correr el riesgo de abandonar las certezas encallecidas de la costumbre para correr en pos de una incógnita. Ignoraba dónde podía encontrar a Marina, pero sabía, en cambio, que si daba con ella no sólo el amor entraría en mi vida. Amar a una mujer me convertiría en alguien diferente, en la posible víctima de una desaprobación generalizada, aun en nuestros tiempos supuestamente más tolerantes; por añadidura, amar a una mujer que era mi doble, mi sosia, más semejante a mí que una hermana gemela, haría que nuestro vínculo apareciese como una suciedad, una aberración de la naturaleza. Pero me sabía capaz de soportarlo todo. Más aún: ni siquiera me retenía la idea de resignarme a no tener ya hijos, con todo el dolor que una determinación de esta clase me provocaba después de la muerte de Laura, esa hija que tuve y no tuve. Estaba decidida. Y tú y yo, Marina, conocemos bien esos momentos de la vida en que una persona sabe quién es.

Santiago despertó mientras yo estaba metiendo algunas cosas en una bolsa para marcharme, sin saber dónde iría ni qué podía depararme la mañana siguiente.

—¿Qué haces? —farfulló.

—¡Hijo de puta! —repetí. No era capaz de decir otra cosa.

—No sé qué ocurre, pero mañana lo discutiremos con calma. Ahora estoy muy cansado.

—Estás cansado porque te han mamado la polla.

Apoyó los codos sobre la cama. Se le veía ridículo con la ropa a medio quitar y el sexo semiempalmado en el aire.

—No he estado con ninguna mujer —dijo.

—Ya —contesté; la seguridad de mi decisión me hacía mantener la cabeza fría, hasta los límites del cinismo—. Entonces el que se pinta los labios es el cliente, ese de la fábrica.

Se sentó sobre la cama, se miró en el sexo la señal indudable de su traición y comprendió. Permaneció en silencio. Cuando acabé de llenar la bolsa, dio un salto y me la arrancó de las manos.

—¡Tú te quedas aquí! —gritó.

Luego, sin soltar la bolsa, me pegó un revés que me arrojó contra el armario. Los herrajes de la bolsa me abrieron un tajo sobre el pómulo. Ese golpe me confirmó en mis propósitos. Me había desacostumbrado a los golpes. Y no los echaba de menos.

—¡Eres tú quien me ha traicionado! —aulló.

—Debes de saberlo mejor que yo —repliqué—. Me hueles el coño para averiguarlo.

Volvió a zurrarme. Había pasado del sopor a la furia sin otro intermedio que un breve instante de silencio.

—No has encontrado ningún olor, ¿verdad? —proseguí—. Pero de todas formas me acusas para justificarte.

—¡No! ¡Mi única justificación es tu indiferencia! ¡Me desprecias! —Amenazó con golpearme otra vez.

—No vuelvas a pegarme —le advertí—. ¡No vuelvas a pegarme nunca más en tu vida!

Por esa vez, se contuvo.

—¡Hace semanas que no hacemos el amor! —gritó, y el tono de su voz fue cambiando al tiempo que me hablaba—. ¡Semanas! Semanas… que no me permites tocarte…, que estás lejos de mí…

Otro exiguo desplazamiento en su estado de ánimo y la ira se le resquebrajó en un llanto incontrolable. Era la segunda vez que le veía llorar desde que nos conocimos. Me repetí que nada debía apartarme de mi camino, ni siquiera mi ternura hacia el sufrimiento de Santiago, su desamparo.

—Yo… He estado con una persona —sollozó—, pero que nada tiene que ver contigo.

—No quiero saber quién es. No es eso lo que me duele —afirmé.

Se dejó caer sobre la cama, cubriéndose el rostro avergonzado con las sábanas. Le oí susurrar:

—He estado con un travesti.

Debo admitir que mi primer impulso, en medio de la discusión, fue tacharle de marica, siempre lo has sido, es mentira que te viste obligado a prostituirte, aquello te encantaba. Pronto caí en la cuenta, sin embargo, de que si mi amor con Marina se consumaba, yo tendría que sufrir muchos insultos de esa clase, así que callé. Ahora que se había confesado, Santiago se aventuró a mirar mi reacción de soslayo por entre las sábanas que le cubrían. Y yo, no puedo negarlo, escuchaba sus palabras con una extraña y morbosa curiosidad.

—Le veía desde el coche, casi todas las tardes —continuó—. Él iba muy peripuesto a comenzar la noche, ya sabes, y yo regresaba a casa. La primera vez pasé por esa calle por pura casualidad. Pero luego me desviaba adrede para espiarle. Y hace diez días, poco más o menos, nada más verle sentí una excitación irracional. Le hice subir y…, y…

—No me cuentes, si no te apetece —intervine. Aunque yo deseaba oír la continuación, a la vez me hacía cargo de que él experimentaba un miedo similar al mío, al que yo había sufrido después de encontrar a Marina.

—Me la mamó —susurró—. Y en cuanto me corrí en su boca, sentí una vergüenza espantosa, sentí el asco de mis primeros tiempos en Madrid. Le eché casi a patadas del coche y escapé. Pero la noche siguiente regresé. Me esperaba. El daba por descontado que yo regresaría. Y he vuelto todas las noches desde entonces.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. No tenía con quién discutir de estas cosas, que a todas luces le pesaban; por eso, vencido el pudor inicial, hablaba ahora a borbotones.

—Hoy por primera vez me he atrevido a desnudarle —dijo—. Es raro, ¿sabes?, ver un cuerpo de mujer, cuidado, perfecto, atractivo, que en el lugar del coño tiene una polla, porque no está operado… Yo le había tocado por encima de la ropa, pero verle es distinto. Y…

se la mamé. Yo a él, ¿entiendes? Y luego le…, le di por el culo. Pero yo estaba tan excitado que antes de dejarle le pedí que me la chupara otra vez.

—No te avergüences de ello. Yo no te lo reprocho; puedes hacer lo que te dé la gana —le dije, y decidí que ya lo había hecho sufrir bastante con mi curiosidad: tenía que interrumpirle—. Pero lo mejor es que me vaya yo, y en paz.

—¿Por qué? —Volvió a sentarse sobre la cania—. No le veré más, te lo juro. Podemos seguir intentándolo, Sofía, ¿no crees?

—¡Ya lo creo que no! —repliqué—. Volverás a encontrarme distante, volverás a ver a tu travesti y volverás a pegarme a *mí* para acallar *tu* conciencia.

Por un segundo temí que cambiase otra vez de sopetón su estado de ánimo, como solía ocurrirle, y me zurrara en ese mismo momento, pero se conoce que aún lograba controlarlo, pues murmuró:

—Ya sabía yo que esto sucedería tarde o temprano. —Luego, como Carranza, fingió preocuparse por mi seguridad—: ¿Y dónde coño irás a estas horas?

—Pues no lo sé.

—Descuida —dijo—. Me iré yo.

Supuse que lo hacía para tenerme más vigilada, pero acepté su oferta. Se levantó de la cama. Vació la bolsa, arrojando mis cosas al suelo. La llenó a tontas y a locas con dos camisas, tres pantalones, cuatro pares de calcetines, dos corbatas. Añadió la maquinilla de afeitar, su cepillo de dientes, su frasco de colonia, el desodorante. Se vistió y desde el umbral del dormitorio me clavó los ojos. La tristeza de su mirada me pareció sincera. No dijo nada. Bajó la cabeza, abatido. Salió del dormitorio y luego del piso. No sé dónde pasó la noche.

Yo no experimentaba dolor, sino ansiedad. Había pasado una página de mi vida, y me estaba aguardando otra, que aún no había escrito. Ocupé la soledad en buscar a Marina. En varias ocasiones fui inútilmente a El Tórrido Trópico; en una de ellas, vi a Carranza, aunque me escondí para que no me reconociera. Yo nunca entraba; me quedaba en el coche ante la puerta, las horas libres del almuerzo, y después regresaba a la ciudad, aminorando la marcha

en el tramo de la carretera en que Marina y yo nos habíamos amado. Cuando has visto a una persona en una sola oportunidad, siempre te queda la ilusión de volver a encontrarla en el mismo sitio de la primera vez, como si el mundo se hubiese detenido a la par de tu expectativa.

Al regresar a casa, por la noche, me sobrecogía ver las habitaciones solitarias, dormir en la cama fría, comer sola mirando la televisión, lavar la ropa cada cinco días. Había anhelado separarme de Santiago, pero me sorprendía realizando gestos involuntarios destinados a él. La costumbre te construye una vida falsa encima de la vida auténtica, y lleva tiempo distinguirlas. Muchas veces no lo consigues jamás.

Y la segunda noche de soledad, al volver del trabajo, me corté sin más ni más el pelo delante del espejo del armario; lo hice para ver a Marina. Luego me senté sobre la cama, sin apartar la vista de mi reflejo. Me quité la falda y la blusa, tratando de evocar el cuerpo de una mujer que toma el sol en la piscina. Al fin me despojé también de la ropa interior y quedé sólo con los zapatos de tacón. Los zapatos me alzaban las piernas, elevándolas hacia la cumbre de mi sexo. Mojé el dedo índice, rodeándolo con la lengua, y me lo introduje. Apreté con la yema el punto más deseado de mi gozo. Mirando a Marina me corrí. Una sensación de miseria espiritual, de vacío, me invadió. Masturbarme me causaba aquella noche un placer amargo, pero volví a hacerlo, desesperada, varias veces, hasta que mi cuerpo extenuado no pudo más y me quedé dormida con los zapatos puestos. Desperté en mitad de la noche, abrazándome, acariciándome los omoplatos con las manos frías en un falso abrazo, y hablando en voz alta. Me lavé la cara. Me dije que mi soledad era a la vez grata y atroz, porque estaba constituida por dos soledades distintas. La primera, que yo había buscado, era vivir sin Santiago, haberme liberado de un presente de incomprensión y desesperanza. En cambio, la segunda soledad, que yo padecía, era la ausencia de Marina, el anhelo de la felicidad futura.

Mi peinado era un horror, así que al día siguiente cerré la galería unos minutos antes del horario habitual y fui a escape a la peluquería. Carranza, como siempre, había venido de visita. No le

dije que me había separado de Santiago, aunque estoy segura de que lo adivinó, porque decidió acompañarme y esperó sentado en los sillones del vestíbulo, leyendo acerca de los amores y los yates de nuestros modernos próceres en ejemplares ajados y viejos de la revista *Hola*, a que yo consiguiera del peluquero el peinado más semejante al de Marina, conforme lo recordaba mi memoria enamorada.

No sabía qué lugares frecuentar porque apenas sabía nada de Marina, de manera que mi búsqueda se desarrollaba a ciegas. Nadie me tomó por ella, como yo anhelaba. Era un fantasma desconocido. Llegué a temer que fuera una turista de paso por España y ya hubiese regresado a su país.

Empezaba a desesperar, y entonces sobrevino la inauguración en la que encontré a Emilia.

Todas las normas de la buena educación se me olvidaron de súbito cuando me arrojé sobre Emilia, desatendiendo los mohines quejumbrosos de la periodista de flequillo rubio. La información obtenida me proporcionó una relativa calma. Marina aún estaba en Madrid, y yo tenía una pista bastante firme para rastrearla.

Esa noche, al volver de la inauguración de «la más grande revelación de todos los tiempos», llamé a Manolo. Descolgó, pero no respondió. Supe que se hallaba al otro lado de la línea porque se oía lejanamente su música preferida, la misa de Haydn.

—Manolo, sé que estás ahí —le dije—. No soy periodista. Puedes hablar.

Titubeó unos segundos, por fin murmuró:

—¿Y quién eres?

—Sofía.

—¡Vaya, Sofía! —exclamó—. No te había conocido. ¿Te pasa algo?

—Tantas cosas… —respondí—, si supieras…

—Algo sé —dijo—. Ayer vi a Santiago.

Ahora fui yo quien permaneció en silencio.

—Dime si necesitas algo —prosiguió—. Pero no me digas nada que no pueda contarle a Santiago.

—¡Oh, vamos, Manolo!

—Hablo en serio. —Su voz tenía un deje de consternación—. Lo

mismo le dije a él. Es muy difícil estar en medio de dos amigos que se separan, ¿sabes?

—Allá tú —convine; luego le expuse sin rodeos el motivo de la llamada—: Necesito las señas de María del Carmen Chazarreta, esa periodista que te ha estado persiguiendo.

—¡Hostia! ¿A santo de qué?

—Bueno, digamos que María del Carmen es amiga de Emilia, que a su vez es amiga de Marina —lo solté sin pararme a respirar—. Y yo estoy buscando a Marina.

—Que no entiendo nada, mujer.

—Es natural. Me has pedido que no te contase nada comprometedor; no te lamentes ahora. Sólo dame las señas de la periodista. Dijiste que te había invitado varias veces a su casa.

—Espera un momento. —Le oí revolver papeles, abrir cajones, caminar de un lado al otro de su estudio. Regresó al cabo de un rato —. ¡Aquí está! —informó—. Sabía que me había dado su tarjeta, pero no podía recordar dónde coño estaba.

Me dictó las señas, y las apunté en la agenda. Después me despedí de Manolo.

—Buena suerte —fue lo último que me dijo.

No tuve suerte la primera tarde, pero sí la segunda. Otra vez me había escapado de la galería antes de la hora de cierre, aprovechando que la dueña estaba en París. Luego, había detenido el coche junto al bordillo para montar guardia ante el portal de la periodista de flequillo rubio. Era un hermoso atardecer, y el lucero brillaba al fondo de la calle en el azul intenso del cielo.

A las ocho pasadas, la vi llegar andando por la acera. Me apeé a toda prisa y en dos zancadas, con la presteza de un ratero, logré interponerme en su camino. Ella se sobresaltó al verme surgir de entre las sombras. Llevaba en los brazos, apretada al pecho, una carpeta llena de papeles que se le resbaló de las manos por el susto. Los papeles se dispersaron en el aire, como los pájaros que se desbandan tras el estrépito del fusil, y cayeron sobre la acera en tomo a nosotras. Me incliné para ayudarla a recoger los papeles caídos.

—¡Ay, hija! ¡Mira lo que me has hecho hacer! —gimió.

—Lo siento.

Entonces me miró interrogativamente. Fuera de la galería, yo no era nadie para ella. Le dije mi nombre y de dónde nos conocíamos.

—Ah, Sofía —dijo por fin—. Qué casualidad. —Su voz no manifestaba el menor entusiasmo.

—No es una casualidad —aclaré—. Te estoy esperando a ti.

Su mirada lastimera se iluminó por un momento, pero pronto recobró su habitual expresión de desconfianza.

—Dime el número de teléfono de Emilia —le espeté a quemarropa.

—¿Por qué quieres saberlo? —Con una mano quitó el polvo que había quedado adherido a los papeles. Quizá quería hacerse rogar.

—Eso es asunto mío —repliqué.

—No te lo diré —afirmó desafiante.

La cogí de la muñeca y los papeles volvieron a desbandarse. Gimoteó artificialmente. No le dolía; quería hacer ver que yo *habría podido* hacerle daño.

—Escúchame bien. —Acerqué mis ojos a su flequillo y le solté la muñeca—. No estoy buscando a Emilia. Sólo quiero encontrar a Marina.

Tiempo después, yo sabría que María del Carmen era muy celosa —por eso me trataba así— y detestaba a Marina con toda su alma, pues temía que esta le robase a su novia, aunque jamás la había visto, de otro modo, al verme con el pelo corto en la galería habría creído hallarse ante una espantosa multiplicación de sus pesadillas. Había montado una estruendosa escena de celos cuando Marina fue a vivir a casa de Emilia, quien decidió entonces mantener a su novia a distancia.

Ahora que se veía libre, la periodista exclamó:

—¡Esa bendita Marina! He reñido con Emilia por su culpa. —Se inclinó a recoger de nuevo los papeles—. Y ahora sólo faltabas tú.

Se lamentó otra vez y me dio el número a regañadientes.

Llamé esa misma noche desde una cabina. Respondió Emilia. Colgué sin pensármelo dos veces. Volví a llamar desde casa y entonces tuve el coraje de hablar.

—Emilia —susurré—, soy yo, Sofía. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Pues, hija, claro!, me alegro de oírte.

—Tu amiga María del Carmen me dio tu teléfono.

—¡Qué raro! —dijo—. En fin, supongo que estarás feliz ahora.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Cómo? —contestó—. ¿Es que no te has encontrado con Marina?

—¡No!

—Pues ha ido a buscarte a la galería.

—¡Me cago en la hostia! —no pude por nos de lamentarme—. Precisamente hoy tenía que ser.

—Oye, no sé si sabes que… —Emilia se interrumpió. Percibí sus titubeos y su respiración agitada.

—Venga, dímelo todo —la exhorté—. Prefiero saberlo.

—De acuerdo —concedió—. Verás, el caso es que Marina tiene que irse de España… muy pronto. —Un silencio largo se interpuso entre nosotras—. Pero descuida —me tranquilizó—, tan Pronto como llegue le diré que has llamado. Dime dónde puede encontrarte esta noche.

Se lo dije. Añadí al fin:

—Gracias, Emilia.

—No te muevas de casa —fue su respuesta.

Pocos minutos después sonó el timbre.

No era Marina quien llegaba. Era Santiago. A través de la puerta, dijo que sólo quería coger algunas prendas de ropa. Le hice pasar. Se le veía la mar de abatido; tenía gruesas ojeras y la piel macilenta. Sus ojos inquietos no dejaban un instante de moverse. Noté que observaba a su alrededor y espiaba de soslayo el dormitorio, sin duda con el propósito de detectar rastros que delataran la presencia de una tercera persona. Yo estaba a punto de cambiarme cuando él llegó, de forma que iba vestida de trapillo, con una blusa ancha y larga por todo atavío. Mi ansiedad era incontenible y había crecido con la desilusión de ver a Santiago en lugar de Marina.

—Estoy esperando a alguien —le advertí.

—Sólo unos minutos, Sofía. Tomo un café y me marcho —dijo

él, apesadumbrado—. Te has cortado el pelo…

Fui a la cocina. Preparé la cafetera y la puse sobre el fuego. Mientras esperábamos, me preguntó a la llana:

—¿Has estado con alguien?

En su voz no había ni la más pequeña inflexión de rencor; si acaso, dejaba entrever un hondo fatalismo. En ese momento juzgué que mi conducta más honesta para con él era quitarle toda esperanza de reconciliación, para que no sufriera en balde ilusiones infundadas. De modo que le dije que sí, que había estado con alguien. Su silencio me dolió. Vi que pugnaba para contener el llanto; lo consiguió.

—¡Ya ves! —murmuró desolado—, sigo enamorado de ti y sería capaz de hacerlo todo para que estuvieras sólo conmigo. Capaz de todo.

El café aún no estaba listo y, aunque no vi en las palabras de Santiago indicios de amenaza, aquella situación me incomodaba sobremanera.

—¿Y tú? —inquirí a mi vez, para quebrar el mutismo, para saciar aquella extraña curiosidad que me había invadido cuando Santiago me habló por primera vez de su travesti.

—Yo, ¿qué?

—Pues… ¿tienes relaciones con alguien?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, como tú mismo dijiste que veías a un…

—¡Cállate! —dijo; sus mejillas se encendieron con un principio de ira y su voz se volvió grave—. No me tomes el pelo. —Yo le había dado la excusa para salir de su pesadumbre por el camino más rápido: la rabia; repitió—: No me tomes el pelo, Sofía.

—¡Pero si no te tomo el pelo, hombre! Simplemente te he hecho una pregunta.

—¿Por qué coño me habré fiado de ti? —gritó—. ¡Me cago en tus muertos!

No fue un reniego inocente. Estoy segura de que lo dijo ex profeso. Él sabía de sobra que yo pensaría en mis padres y que su insulto me haría mucho daño.

—¡Eres un cerdo! —chillé—. ¡Largo de aquí, maricón de mierda! ¡Vete a tomar por culo! —Yo tampoco lo insulté con inocencia: no

hay nada peor que decirle maricón a un hombre que lo es y no quiere serlo.

—Eso ya lo veremos.

Me agarró de las muñecas; pensé que en cierto modo, sin saberlo, me hacía pagar mi conducta ante la periodista de flequillo rubio.

—Suéltame —dije; quise que mi orden sonase como una intimidación, pero sólo logré emitir una súplica.

—¿Por qué? —replicó él, rijoso—. ¿Ya no te gustan mis besos como antes?

El café subió en la cafetera y borboteó sordamente. Santiago trató de apoyar su boca sobre la mía. Le descargué un rodillazo en los cojones. Se dobló en dos, contra la puerta, insultándome. No había forma de huir por allí, así que decidí encerrarme en algún rincón de la casa. Dudé. Al fin, corrí hacia el dormitorio, pero no llegué a tiempo de echar la llave. Santiago entró detrás de mí y me arrojó de bruces sobre la cama.

—Todavía eres mi mujer —dijo.

Me di la vuelta. Procuré disuadirle:

—No hagas el imbécil, Santiago. Te conozco muy bien. Después lo sentirás.

Por toda contestación me cogió del escote de la blusa y tiró hacia abajo de un manotazo. Los botones saltaron sin ruido.

—Me he quitado el DIU. —Era verdad, pero él no me creyó—. Y no quiero que me dejes preñada otra vez.

—¡No mientas! Acababas de decirme que tienes otro hombre.

—No tengo otro hombre.

Me dio una bofetada con la palma de la mano.

—¿Has estado con alguien? —gritó—. ¿Sí o no?

—Sí.

Otra bofetada, con el revés.

—¡Entonces tienes otro hombre!

—¡No!

Una bofetada más, con la palma.

—Vamos a ver, ¿y con quién has estado entonces? ¿Con una mujer?

—Sí.

Se quedó mudo. Luego estalló en una carcajada histérica que me heló la sangre.

—No me lo creo. —Continuaba riendo—. No me lo creo. A ti siempre te ha encantado esto. —Se abrió los pantalones.

—No, Santiago, por favor.

—Quédate tranquila, no te dejaré embarazada —replicó—. Y ahora veremos quién de los dos tomará por culo. —Me puso de nuevo boca abajo de un empellón—. Este es el único culo que siempre he deseado —añadió.

Procuré resistirme, pero él me inmovilizó cruzándome los brazos contra la espalda y sentándose sobre mis muslos. Tuvo la dudosa gentileza de pasarme con la mano libre un poco de baba por el orificio para lubricarme. Sentí que su polla pugnaba por entrar en mi ano. Desde hacia años, desde el día de la muerte de Laura, había quedado pendiente una mitad de nuestro incumplido acuerdo acerca del sexo anal, la mitad que me correspondía proporcionar a mí. Y él estaba resuelto a cobrársela. Pateé, sin acertar, con todas mis fuerzas, que no eran muchas pues tenía prisioneras mis piernas desde las corvas hacia arriba. La presión se hizo más intensa y un dolor candente se abrió camino hasta mis tripas. Salté, mordí la almohada, me sacudí hacia los lados, pero sólo conseguí aumentar la hoguera que ya me quemaba en el recto.

—No te resistas —dijo él—, te dolerá más.

Lo peor es que tenía razón, aunque yo no quería contentarle. Al fin acabé por rendirme. Su polla entró un poco más, y otro poco más, y ahora me parecía tenerla en el estómago. Entonces un chorro caliente me inundó las entrañas con una punzada salvaje y Santiago tembló sobre mí hasta quedar inmóvil.

—Te quiero —me susurró al oído—. Lo he hecho porque te quiero. —En el derrumbe que sigue a la satisfacción del deseo, los escrúpulos le reconcomieron.

—Vete —dije yo.

No pensé que me obedecería al punto, de otro modo me hubiese preparado: cuando extrajo su sexo de mi ano, sentí que una suerte de terremoto me descalabraba el cuerpo desde el punto más descamado de mi suplicio. Grité de dolor. Todo había sucedido muy deprisa. Al callar, oí que Santiago se marchaba dando un portazo.

Sólo cuando los golpes en la puerta me despabilaron, percibí el olor a gas que inundaba la casa. Alguien llamaba nerviosamente. Cojeando, abrí las ventanas de par en par y fui a la cocina. El café se había derramado sobre el fuego, apagándolo. Cerré el gas y alcancé la puerta. En el umbral, como en el marco hospitalario de un espejo, se hallaba Marina.

—¡Sofía! —dijo, preocupada—. ¿Qué te pasa? Justo entonces caí en la cuenta de que yo estaba casi desnuda, con la blusa desgarrada. Me sentía sucia y maltrecha. Sin decir una palabra, abracé a Marina. Después de tanto tiempo de esperar ese abrazo, lo recibía arrasada por el dolor, víctima de una intrusión indigna, irracional. Cerramos la puerta y caminamos hasta la habitación. Sobre las sábanas había manchas de mierda y de sangre. Iba a intentar una explicación, pero callé, porque no quise lucrar con el patetismo de mi estado; Marina, sin embargo, comprendió todo. Me acostó y acarició tan suavemente que parecía que sus dedos no me tocaban.

—No te quería herir y dudé demasiado en venir a verte —me susurró—. Esto es culpa mía. Pero ya no te voy a dejar, no te va a pasar nada, mi amor, amor mío.

Si Dios existe, sólo él puede saber cuánto agradecí la presencia de Marina en ese momento. Aunque no me hubiese dicho nada, aunque no me hubiese brindado sus caricias ingrávidas, yo habría sentido por fin el alivio de estar junto a alguien que me inspiraba la confianza más absoluta, la tranquilidad más plena. Balbuceé algo ininteligible, pero a interrumpir mis palabras rotas vinieron los labios de Marina que se posaron sobre los míos. Los noté cálidos, hermosos, míos, como no los había notado ni siquiera el día de la piscina, y bebí en la fuente de su boca para mitigar mi espanto. Como una irrupción de la hostilidad del mundo externo, una punzada en el recto me dobló en dos. Marina me puso boca abajo. Me masajeó la espalda con las palmas de sus manos abiertas. Y me besó en el sitio exacto que Santiago había profanado humillantemente, el epicentro de mi dolor y de mi vergüenza, y su lengua amante me proporcionó la paz, me devolvió la dignidad que había perdido, cuidó de mi, acalló mis gemidos de dolor con el susurro de sus labios tiernos. Entonces comprendí que nunca podría dejar de amarla. Que el amor no es sino la calma de un beso sobre

el horror de las llagas.

Le dije que me sentía sucia y que quería bañarme con ella.

—De acuerdo —replicó.

—Te quitaré la ropa.

—Y pondremos sales.

—Y mucho jabón.

—Y te volveré a besar.

—Y yo también.

Seguimos hablando así, con las palabras tontas y dulces de la intimidad, cuyo sentido sólo alcanzan los enamorados y que son como abrazos o silencios. Me incorporé. Una punzada aguda volvió a recordarme la visita de Santiago, pero callé mi malestar. La boca de Marina se había manchado con mi beso. La limpié con un pico de la sábana y luego pasé mi lengua sobre sus labios.

Acaricié su blusa de seda, deslizándome con placidez desde los hombros hasta los pechos, gozando de lo que percibían mis dedos y de la sorpresa de no dar con un pecho romo ante mí, y le abrí la blusa, y no encontré pelos sino una piel tersa y palpitante. Le desabroché el sujetador y entonces dos pezones como los míos me pidieron que los besara, y bebí placer en ellos, demorando la punta de mi lengua en recorrer el espacio a un tiempo pequeño e infinito que separa la piel lisa del pecho y la superficie irregular del pezón, hasta el coronamiento extremo, el botón en el cual un minúsculo agujero señalaba el centro del centro, para volver a salir y volver a entrar, como la mariposa que busca la luz con vuelos afanosos y su propio impulso la aleja, la acerca, le hace girar en tomo al objeto de su deseo. Acabé de desvestirla y entramos en el baño.

En la blancura de la bañera, nuestros cuerpos desnudos se recortaban en el resto de las cosas, despojados de toda escenografía y de toda máscara, separados del mundo y del pasado, repetido el uno en el otro y únicos en su duplicidad sin igual, hundidos en la calma del agua tibia como antes en la intensidad fría de la piscina, ungidos de jabón, de caricias, de anhelo, incómodos pero felices. Felices.

Marina salió antes que yo, y la encontré en el dormitorio. Se

secaba los cabellos frotándolos con una toalla, sentada ante el espejo en una esquina de la cama, la misma en que yo, días atrás, después de cortarme el pelo, había buscado su imagen a través de los simulacros de mi reflejo. Me senté detrás de ella, dolorida aún. Rodeé su cintura con mis brazos. Apoyé mi mejilla contra su mejilla. La toalla cayó entre nuestros pies, componiendo una extraña figura, y Marina me sonrió en el espejo. Nuestros rostros, el uno junto al otro, eran asombrosamente iguales; nunca terminaríamos de acostumbrarnos a ello.

Le abrí las piernas e introduje mis dedos en su coño, más tibio que el agua de la bañera, y supe que ese era el refugio para ellos, mientras observaba el reflejo de esa extraña criatura de cuatro piernas, cuatro brazos, dos cabezas y un solo tronco, que producíamos en el espejo, y la masturbé, nos masturbé, con mi pecho agitado por la espalda de Marina que parecía respirar con mis pulmones y apoyaba la nuca sobre mi hombro, enmarañaba los dedos en mis cabellos mojados, diciendo que me amabas, que nunca me dejarías, como yo te amo, Marina, y la sentí correrse entre mis manos, con un placer que también era mío, antes de que se arrodillara a mis pies y me masturbara, nos masturbara, clavando sus ojos en los míos, permitiéndome por primera vez acceder al goce sin mirarme a mí misma sino a la persona que me follaba, y luego obligarme a que me tendiera sobre la cama para acostarse ella sobre mí, apoyando su pelvis contra la mía, meciéndola suavemente, morosamente, hasta percibir que cada parte de nuestros cuerpos coincidía, y no sería la última vez, y bastaba ese contacto para hacemos gozar, era increíble, toda la superficie de mi piel se había convertido en un coño sin límites, era penetrada en cada uno de mis poros al mismo tiempo y penetraba a Marina hasta en la parcela más pequeña de su cuerpo, nuestros labios se besaban, continuaban aún aquel beso de la piscina y la carretera, y entonces las pieles dejaban de existir, se tocaban nuestras carnes, nuestras almas se adherían la una a la otra, los nervios saltaban todas las barreras y todos los obstáculos para unirse, para reencontrarse, y el orgasmo nos llegó a la vez, un mismo orgasmo que sobrevino simultáneamente en dos personas gemelas, lento y perfecto, como los dos afluentes del mismo río, las dos puntas iguales de un solo

nudo, las dos caras inseparables de una única moneda, como un hueso roto que acaba por soldarse.

Sé que la palabra «destino» muchas veces puede parecer vacía, apenas un simple ruido, un signo de interrogación puesto al final de nuestra ignorancia para cerrarla de un modo decoroso. Pero ignoro de qué otra forma podría explicarse el que dos personas nacidas en lugares tan distantes, y sin antepasados de orígenes comunes, resulten idénticas, indistinguibles, como éramos Marina y yo. ¿Y de qué otra forma podría entenderse nuestro encuentro si no es mediante la intervención del destino?: ella era extranjera y se hallaba de paso por Madrid; permaneció por algo más de un mes. Y en ese puñado de días sucedió la coincidencia (o la providencia) anhelada por quienes tenían más, de un cuarto de siglo a sus espaldas; la reunión que sólo era imaginable en sueños, la cita que involuntariamente habíamos establecido desde el principio de los tiempos. No. Para mí, para nosotras, «destino» no puede ser una idea vana. Es afirmar que el amor ocupa un puesto central en el universo. De lo contrario, sólo nos queda resignarnos al azar, sucumbir ante el poder del olvido y dejar el futuro en manos de las sombras. Una vez, después de besarla, le leí en un susurro que conservaba aún las dulzuras del beso: «Piensa en los miles de años que han sido necesarios para que la lluvia, el viento, los ríos y el mar transformaran una roca en esa arena con que juegas. Piensa en los millones de seres que han sido necesarios para que tus labios ardan bajo los míos». Lo recuerdo, Marina, y recuerdo cómo volviste a besarme después de que te lo leyera, y ahora mis labios arden de deseo insatisfecho, de amor devastado, de soledad, de nostalgia por el vergel perdido de tu boca.

—Me voy de Madrid la semana que viene —dijo Marina—. Vámonos juntas, olvidémonos de todo lo que fuimos antes de hoy, antes de esta noche.

Hasta la primavera en que nos conocimos, Marina trabajaba de traductora para la Unesco, en París. Un concurso para los

empleados de organismos internacionales le ofrecía la posibilidad de pasar a la FAO, con sede en Roma. Marina pensó que Italia sería el mejor atajo para escapar de la telaraña de convenciones y apatía que empezaba a envolverla en Francia. Se presentó a las oposiciones del concurso. Las ganó. Debía comenzar su nuevo trabajo en septiembre de aquel año. Al dejar la Unesco, y antes de entrar en la FAO, decidió tomarse unas vacaciones en España, visitando a una mujer con la que había tenido relaciones tiempo atrás y que ahora se había convertido en una gran amiga: Emilia. Vendió algunas cosas, regaló otras, liquidó su piso en París, conservó sólo los libros y cerró para siempre aquella época sombría de su vida. Llegó a Madrid a mediados de mayo. No era extraño que viviera en casa de Emilia; esta solía visitarla con frecuencia, porque obtenía grandes descuentos en las compañías aéreas debido a su trabajo: agente de turismo. (En este caso, Manolo no se había equivocado en cuanto a la profesión de quienes acudían a la piscina El Tórrido Trópico). Y ahora Marina tenía que ir a Roma para instalarse con tiempo en el piso que le dejaba su antecesor en la FAO, me explicó, un piso en el centro, al parecer muy bonito.

—Nadie nos conoce en Italia —añadió—. Pasaríamos por hermanas.

Acepté a la primera. Y si bien experimenté cierta aprensión ante la incertidumbre de un futuro desconocido y un cambio tan repentino, me dije que debía vencer mi temor, que las grandes ocasiones nos exigen valentía. Me daba igual marcharme a Italia o a cualquier otro rincón del mundo, con tal de ir con Marina. Quería estar con ella, sólo con ella. Como la del destino, la idea de un viaje, casi una fuga, con la persona amada parecerá ridícula o tópica a mucha gente, pero no a quienes se encuentran en la situación en que me encontraba yo. Antes, cuando vivía con Santiago y no era feliz, incluso yo misma me hubiera burlado de semejante comportamiento; pero ahora, ante la posibilidad concreta, mi decisión era firme y segura. No iba a perder esta oportunidad, no dejaría que Marina se fuera otra vez sin mí.

Pese al dolor físico que me atormentaba, me senté en la cama ante Marina y, cogidas de la mano, entusiasmadas, con la complicidad de dos adolescentes y el corazón exaltado, desnudas,

empezamos a trazar planes acerca de nuestra inminente vida en común. Así nos sorprendió el amanecer.

Aunque no volvimos a follar, aquella fue una noche de amor, larga e intensa, como sólo pueden vivirla dos personas que saben que en lo sucesivo ya no vivirán separadas y se quieren con ese calmo fervor de las pasiones definitivas. De haber previsto lo que después ocurrió, me habría estrechado a ti, Marina, en un abrazo sin término. Mira mis manos ahora, Marina, míralas. Están solas, están frías, están desamparadas, desde que les faltan las tuyas. Es mentira que se muere solamente una vez. La verdad no la sabemos más que los amantes, los locos, los criminales, los poetas. Uno de ellos, un hombre que fue todas estas cosas a un tiempo, alzó su voz desde la cárcel para cantar que aquel que vive más de una vida, más de una vida debe morir. Y yo muero cada mañana. Se esfuman los sueños en que volvemos a estar juntas, despierto a la soledad, recuerdo aquel primer amanecer que nos encontró unidas, y muero, me entierro en mi carne ya condenada, ya sin alma.

Me ofrecí a llevarla a casa de Emilia, pese a que me costaba mucho moverme.

Antes de bajar a la calle, nos vestirnos juntas. Yo me puse la minifalda y la blusa de seda de Marina (olía a ti, amor) que, por supuesto, me venían que ni pintadas. Ella revolvió en el armario y escogió un vestido rosa viejo, corto, de escote cuadrado. Mientras lo hacía, arrojaba sobre la cama algunas prendas sin quitarles las perchas.

—Esto lo tienes que llevar a Roma —decía—. Esto también.

—No, esto no —replicaba yo.

Y así casi terminamos de dejar listas mis maletas para la semana próxima. En casa nos habíamos besado largamente. Pero en el ascensor volvimos a hacerlo, con esa prisa afanosa y ardiente de los amores adúlteros, prohibidos. Los ascensores no se han inventado para otra cosa.

Subimos al coche. Al sentarme volvió a dolerme el trasero, con una quemazón que no abandonaba mis vísceras. Metí la llave, pero no lo puse en marcha. En nuestra larga noche de proyectos, Marina y yo habíamos decidido utilizar el viejo Marbella para viajar a Roma, y entonces hasta un objeto tan neutro y corriente como un

automóvil se me figuraba entrañable, como un cómplice, el único que por el momento conocía nuestro secreto.

Por desgracia, alguien más se enteró de nuestras intimidades sin que nosotras lo deseáramos: nos dominaba la ansiedad y queríamos seguir esbozando los detalles del viaje, cuando en cierto momento, tras formular simultáneamente la misma propuesta, estallamos en una carcajada y nos abrazamos. Por encima del hombro de Marina vi que una persona nos estaba observando a pocos centímetros de la ventanilla abierta. Carranza. Se me heló la sangre y Marina lo notó.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Me separé de ella y le señalé al fisgón, que no se había movido y sonreía en silencio. Puse en marcha el coche y me alejé a escape de allí. Por el camino le referí brevemente quién era Carranza, en qué circunstancias le había conocido y cómo me perseguía en los últimos tiempos.

La conversación siguió su curso como si no nos hubiera interrumpido nadie, aunque no recuperamos por completo la euforia anterior. La Revé a desayunar al mismo bar en que había conocido a Carranza, la mañana en que todo empezó. Le hablé de mis sueños, de mis presagios, del retrato de Manolo; las señales que me habían anticipado su llegada. Por su parte, Marina, no desde aquella mañana, sino desde algunas semanas antes, se sentía expectante, como si no estuviera sola, aun encerrada en una habitación aislada.

Dejé a Marina en la misma esquina en que nos habíamos separado el primer día. Qué distinto se me aparecía todo ahora, qué luminoso, sin gatos muertos, sin noche, sin despedidas.

Llevé el coche al mecánico, un portugués encantador que conocía a Santiago desde antes de nuestro casamiento. Afirmaba siempre que estaba hasta el gorro del clima y las mujeres europeas y que antes de dos meses vendería todo para irse a vivir a Brasil. Luego, por una razón u otra, no llegaba a cumplir su promesa, aunque mantenía intacta la llama de su sueño. Ese día también me dijo que era el último servicio que efectuaría para nosotros, porque justamente la víspera había comprado el billete de avión a Río de Janeiro. Le felicité y le pedí que me dejara el coche en condiciones de realizar un largo viaje.

—¿Es que pensáis usar el Marbella? —me preguntó.

Le resultaba increíble que no viajáramos con el Renault de Santiago. Logré desviar la conversación para que no sospechase.

En la galería recibí la llamada que, cada dos días, me hacía la dueña. Le advertí que se apresurara a volver de París porque de lo contrario no me encontraría a su regreso. Casi le da un infarto, pero yo colgué y después dejé que el teléfono sonara y sonara sin responder. Mi suerte estaba echada. Yo sólo esperaba que la dueña no se picara con Manolo, que me había conseguido esa colocación.

Fui al banco a informarme sobre la posibilidad de abrir una nueva cuenta corriente, con una tarjeta de crédito a mi nombre, que me permitiese operar desde el exterior. Un matrimonio que se separa debe enfrentar una infinidad de problemas prácticos, que Santiago y yo no tuvimos tiempo de resolver. Uno de ellos era el económico. Teníamos una cuenta común en el banco, de cuyos depósitos, calculaba yo, me habría correspondido una tercera parte. Sin embargo, necesitaba la aprobación de mi marido para cerrarla. Podía, naturalmente, retirar el dinero y llevarlo conmigo en el viaje. Esto era demasiado arriesgado, y abrir la nueva cuenta a mi nombre implicaba tal fárrago de papeleos y trámites burocráticos que, para mi desgracia, decidí partir dejando las cosas tal como estaban: anotaría cada uno de los gastos hechos con la tarjeta de crédito a fin de no superar nunca ese tercio que me pertenecía. Ignorar el modo en que habría de ganarme la vida en lo sucesivo se me figuraba el menor de todos los problemas que tenía que afrontar. Jamás he sido responsable en asuntos de dinero; mi madre primero, y Santiago después, no han dejado de reprochármelo.

Lo que más me atacaba los nervios era el deseo de partir, partir de una vez por todas. Los arreglos para el viaje se me hacían lentos y largos. Marina y yo nos vimos poco esos días febriles de preparativos. Al igual que dos novios tradicionales, habíamos decidido vivir separadas hasta la partida, como si esta fuese una luna de miel.

La dueña de la galería, al regresar de París, no armó un escándalo, como yo había previsto, sino que se alegró mucho y me deseó feliz viaje. En el fondo la aliviaba no tener que lidiar más conmigo; por lo demás, se ahorraba una cantidad considerable de

dinero al no verse obligada a despedirme. Tanto exultaba que escribió de buen grado dos o tres cartas de recomendación para conocidos suyos con galería de arte en Roma.

También fui al cementerio, a poner rosas amarillas en la tumba de mis padres.

Una tarde, cuando el dolor que me había infligido comenzaba a aplacarse, Santiago llamó a la galería como si tal cosa. No le insulté, como hubiera correspondido, porque mis malditos escrúpulos me hacían sentir culpable por escapar a Italia y dejarle solo, sin amigos, sin mí, en medio de una hostilidad que aún no se había extinguido y que habíamos creado juntos. Ahora no mostraba indicios de remordimiento. Antes bien, estaba casi orgulloso de lo que había hecho (el deseo le dominaba otra vez) y suponía que me podía reconquistar regresando a las viejas prácticas violentas de nuestro matrimonio. No le desalenté, pues no tenía sentido. Tampoco, por supuesto, le informé que me marchaba de España. Hubiese sido lo correcto, ya que él estaba viviendo en una pensión y el piso quedaba vacío, pero yo temía que Santiago fuese capaz de cualquier cosa, aun de las más brutales, con tal de impedir el viaje. No pasaría mucho tiempo antes de que se enterase de la verdad. Pero hasta entonces seguía sin creer que yo me había enamorado de una mujer. Insistió mucho en que le dijera el nombre de la persona con quien yo estaba enrollada.

—¿No será Manolo? —preguntó.

Me aturullé, como esas personas a las que acusan de un robo que no han cometido y se comportan de manera culpable en su afán de demostrar su inocencia. Para dejar de lado al pintor, para protegerle de Santiago, dije:

—Carranza. Es él. —Así mataba dos pájaros de un tiro: desvinculaba a Manolo y me vengaba, siquiera modestamente, de los asedios de mi perseguidor. Ya le haría sentir Santiago lo que él me hizo sentir al espiarme desde fuera del coche.

—Ese hijo de puta. ¡Si llego a encontrarle!

—No es nada serio —afirmé—. No creo que dure.

—Es que todavía me quieres, mujer. Es indudable que soy el hombre más importante para ti.

Yo le prefería arrepentido y atormentado, pero era mejor así. No

debía olvidarme de lo que había hecho conmigo, tenía que evitar que me provocase pena.

—Tengo unas fotos que me gustaría enseñarte —dijo, y yo imaginé que era una excusa—. ¿Cuándo nos vemos? —Tenía la desafiante seguridad de quien sabe que no se opondrán a sus designios.

—El jueves —respondí; la partida estaba prevista para el martes —. Antes me es imposible. Ven el jueves. A casa.

Sé que acudió a la cita. Sé que le enfureció no encontrarme. Sé que en ese momento empezó a sospechar, que en ese momento empecé a perderte, Marina.

Era una idea desesperada, la de ir en pos de tu pasado como una peregrinación. La llevé a cabo pese a que era inútil. Volé a Montevideo, de allí fui a Buenos Aires, y al fin regresé a Roma.

En el avión de la KLM, un hombre cuyos rasgos no vi, no quise ver, esperó a que yo fuera al lavabo y se coló detrás de mí antes de que cerrase la puerta.

Era de noche allí arriba, en el firmamento, y yo no podía dormir, los otros pasajeros roncaban desparramados invadiendo los pasillos y la película ya había terminado y yo temía que los sueños se me volvieran pesadillas. «No grites», me dijo el tipo, corriendo el pasador. Ni hacía falta que me amenazara: yo estaba dispuesta a todo, porque todo me daba igual. En ese momento cualquiera podía disponer de mí a su antojo.

Yo acababa de perderte, ¿entiendes, Marina?, no hacía más de un año de ello, y te deseaba, y hubiera dado mi vida por volver a hacerte el amor. ¿Qué mejor que regalarme a alguien a quien jamás volvería a ver?, ¿qué mejor que ese individuo que no se te parecía en nada y no me podía engañar con el espejismo de tu regreso?

Decidí que el refugio de tu memoria sería el último beso que te di la noche de Año Nuevo. No dejaría que él te besara, que posara su boca sobre los labios que tú habías besado.

Me aferré al lavabo, de espaldas al tipo que jadeaba detrás de mí, resuelta a no girar siquiera un paso hacia su boca anónima, cuando noté que él no tenía la menor intención de besarme, porque

me estaba levantando la falda, apartando hacia un costado las bragas con los dedos, y me la metía. Tenía una polla enorme, hacía mucho que no me follaban así.

Me di cuenta de que estaba mucho más excitada de lo que yo misma había pensado. Me apreté al desconocido, para que me penetrara hasta el límite máximo de su picha desmesurada, y no le miré siquiera las manos que aferraban mi cintura y me atraían, me apartaban, me atraían, y no miré tu rostro en el espejo, ni el rostro de Clara ni el mío, sino el lavabo metálico, el desagüe, mientras me esforzaba por no demorarme en el goce, por correr hacia la mera satisfacción de mi deseo, las instrucciones en inglés, el enchufe, con el orgasmo se me iría toda posibilidad de ternura, y entonces mi cuerpo excitado me obedecía y empezaba a correrse, las pastillas de jabón, las toallas de papel, y él también se corría, las luces, el grifo, y no hablamos ni pronunciamos el nombre de la persona amada que no estaba allí, ni nos rebajamos a la delicadeza o al cariño, ni mendigamos respeto. Nos apareamos como cerdos y ninguno de los dos quería otra cosa. Estábamos en medio del zumbido vacío de los aviones, que se mete en los oídos como una voz de la memoria, y mantuvimos el tácito acuerdo de silencio, de amor sin amor y sin besos. Se fue.

Le oí descorrer el pasador, abrir la puerta, salir, cerrar la puerta, y otra vez el vacío del aire a diez mil metros por encima del océano. Entonces te miré en el espejo, y vi tus lágrimas, mientras entre mis piernas resbalaba el semen ya frío de un desconocido a quien luego no habría podido reconocer entre los otros pasajeros, y la puerta volvió a abrirse.

Era una azafata, y tal vez pensaba que el tipo me había violado. Venía a asegurarse de que yo estaba bien antes de montar una baraúnda, porque la primera regla de conducta en un avión es la discreción a toda costa, la reserva que bordea la indiferencia. Apoyó una mano leve sobre mi espalda y murmuró: *Do you feel all right*? Esta desconocida era negra, mucho más alta que yo, hablaba en inglés, pero se te parecía, Marina, porque procuraba consolarme, mostrarse amiga, hacerme sentir cómoda, «Marina», le dije, «¿eres tú, Marina?», rompiendo el silencio del cielo, llorando tu amor perdido, deseando que la intrusa que redoblaba sus atenciones

fueras tú, y no la intrusa, y ese era el peligro que yo debía evitar, Marina, que vinieran a reemplazarte. Yo debía llevar todo trato hacia la impersonalidad y la frialdad, para que nadie usurpase tu lugar en mi nostalgia y lograr que nada fuera siquiera remotamente similar a nuestro amor. Tú me habías dado la dicha y la dignidad; lo más distante era la degradación.

Para conservar intacto el recuerdo de nuestra pureza yo tenía que corromperme, entregarme, ensuciar mis manos con cuerpos que no anhelase.

Pero me estremecía pensar en la azafata negra, desnuda, en acariciar su piel tan diferente a la tuya, el negativo de tu piel, besarle el cuello descubierto y hundir mis dedos en su pelo recogido.

Me di la vuelta y la abracé. Ella dudó un instante, y luego siguió consolándome como a una niña, dándome palmadas y sustrayendo su cuerpo tibio al contacto del mío, huyendo de mí, que me apretaba a ella, hasta que ya no resistí e igual que un vampiro voraz me arrojé sobre su cuello para comérmelo, y sentir el gusto de una piel que no era la tuya, Marina. Y la azafata me empujó, balbuceando: *What… what are you doing*? Intentó deshacerse de mí, pero no la dejé, le rogué que me permitiese envilecerme en sus brazos, sin que entendiera una sola palabra de mi castellano jadeante, sin que cesase de despreciarme.

Me agaché, procuré que mi boca pasara la pulcra barrera del uniforme hasta conquistar su sexo forastero, y como el tigre ante el olor de la carne sentí el perfume inconfundible del coño, ese perfume que tú me enseñaste a amar, pero la azafata no era otra víctima de nuestra pasión desgarradora, ella no dudaba, y con un rodillazo en la barbilla acabó de ahuyentarme, y escapó del lavabo, y me dejó en el suelo, sola, pasándome las manos entre las piernas, como hacías tú para darme satisfacción, aunque yo lo hacía para manchar mis dedos con el esperma del desconocido, chuparlos, inundar mi boca con el seco sabor de tu ausencia, sola, sola, a la vez en el suelo y en el aire. Quería cubrirme de repugnancia para que mi infidelidad hacia ti fuera siniestra o dolorosa, pero no conseguía más que sentirme ridícula, como quien se esfuerza por llevar a cabo ritos solitarios en los que no cree, la mona que repite gestos

humanos que en el fondo no comprende, la sacerdotisa de una religión cuyo dios ha muerto. Estaba sola, Marina, estaba sin ti, como ahora, que se me cierra la garganta mientras te llamo inútilmente, estaba sola, estaba excitada, feliz de haber sido despreciada y de que mi traición no hubiera rozado tu memoria, estaba perdida, corrompida, arrojada al suelo de la ausencia y a diez mil metros del océano, con la cara apestada de lágrimas anónimas y semen amargo, abandonada, muerta, y alguna vez nos habíamos amado.

El lunes, la víspera de nuestro viaje, Emilia organizó en su casa una fiesta de despedida para Marina. No comprendí qué clase de reunión era hasta que ingenuamente, después de media hora de hallarme allí, exclamé:

—Oye, Emilia, no han venido más que mujeres…

Ella se echó a reír, como si me dijera: «Aún eres una novata, pero ya te acostumbrarás». Luego, antes de irse a poner más vasos de plástico sobre la mesa, me cuchicheó burlonamente:

—Quédate tranquila, que nadie te hará nada.

Entonces observé con más atención a las invitadas y descubrí gestos, caricias, miradas, que me probaron la simpleza de mi exclamación: por primera vez en mi vida asistía a una fiesta de esa clase. Y si bien es cierto que nadie me hizo nada, no puedo ocultar que experimenté cierta aversión. He intentado ser sincera conmigo misma, para lograr entender sin autocompasión las razones de ese sentimiento. La única respuesta que he encontrado por ahora es que adolezco de cierta testarudez, de cierta ceguera, de cierta vergüenza, o como quiera llamarse, con respecto a mi homosexualidad. Yo siempre había creído ser normal, todo lo normal que puede ser cualquier persona, y la presencia de esas mujeres me revelaba a gritos mi verdadera naturaleza, me arrojaba en una categoría a la que yo nunca había sospechado pertenecer, me calificaba con un epíteto que hasta ese día yo hubiera rechazado. Con el tiempo, comprendería que la llamada normalidad no es más que una cuestión de estadística, pero allí, en la fiesta, me parecía ver en Marina el espejo perfecto de mi propio deseo y mi

propio ser, y en cambio, en las otras, el espejo deformado de mi escandalosa anormalidad. Pero no era culpa de ellas: muchas veces lo deforme no es en absoluto el espejo sino la figura que se le pone delante; ya se sabe que es más fácil acusar al fotógrafo que al modelo. Y las cosas se agravan cuando la figura no es en sí deforme, aunque tus ojos la vean así, cuando no te gustas, cuando te repruebas y te temes por costumbre, por educación, por prejuicios. Creo, con toda sinceridad, que esta es la razón por la cual la periodista María del Carmen me ponía tan nerviosa.

A ese largo camino de autoanálisis y aceptación paulatina de la propia personalidad, que puede llevar años, yo fui arrojada de sopetón la noche de la fiesta en casa de Emilia, y aún no he terminado de recorrerlo. Al principio, mientras contemplaba a las presentes, todas se me antojaban ridículas, monstruosas, aberrantes, como los mariquitas que hablan con voz de falsete. Algunas estaban serenas, otras se mostraban asustadas, otras callaban sus incertidumbres con desparpajo; algunas vestían como hombres, otras como prostitutas; algunas amaban de verdad, otras sólo encontraban consuelo pasajero en personas tan desengañadas como ellas; algunas eran feas, otras guapísimas; algunas no tenían ningún interés por los hombres, otras les odiaban con un rencor injustificado, otras les temían, sin haberles conocido o por una mala experiencia, otras se sentían examinadas por ellos, incómodas, y sólo la compañía femenina les proporcionaba alivio.

Luego, no obstante, conforme ahondaba en mis cavilaciones, fui comprendiendo que ninguna de ellas era igual a la otra, pero todas tenían un signo que las distinguía: las consumía una pasión honesta, dolorosa e impostergable, a la que el mundo deshonra con los nombres del vicio. Todas ellas eran o habían sido víctimas de una desgarradora lucha interior, exactamente como yo. El amor heterosexual es, desde esta perspectiva y sólo desde ella, más fácil: sobreviene de un modo casi natural y no exige una agobiante gestación de la propia voluntad, no combate contra sus inclinaciones, recibe al objeto amado con fatalismo y sin espanto, no lo intimidan sus necesidades.

Marina y yo fuimos, desde luego, el comentario general, menos por la intensidad visible de nuestro amor que por nuestra semejanza

desconcertante. Nos tomaban a la una por la otra.

Se inició una encarnizada discusión, como si nosotras estuviéramos ausentes. Claro que ninguna llegó a ofendemos, pero la situación era tan particular que fomentaba encendidos debates, en los cuales algunas se manifestaban contrarias a nuestra relación y otras se ponían de nuestro lado.

Entre estas, sorprendentemente, se hallaba la periodista de flequillo rubio, pese a que aún no había aplacado del todo su furia hacia Marina y hacia mí: estaba más tranquila, porque con el viaje a Italia se quitaba de encima dos problemas a un tiempo.

Quien más nos defendió, sin embargo, fue Francisca, la andaluza a la que yo le había quitado el novio. Y es que fue allí donde la encontré, tras años de separación. Vino a saludarme no bien entré.

—¿Tú eres Sofía o Marina? —me preguntó.

Se lo dije. Nos miramos como dos masones que, luego de verse todos los días durante décadas, advierten por un ademán que pertenecen a la misma logia. Estaba demacrada, aletargada, más flaca que nunca. No me reprochó nada del pasado, y apenas si lo mencionó. Ya no le importaba aquello. Le pregunté si estaba mala.

—No, Sofía, no. —No tenía fuerzas ni para reír—. Es que tengo miles de compromisos que me llevan todo el día, Y por la noche… Vamos, que desde que me he enamorado de aquella estoy hecha polvo. —Me señaló a una muchacha que no tendría más de veinte años, morena, con cuerpo de deportista y rostro de ninfa resuelta a todo—. Es una cría, pero la corrompida he sido yo. Me persiguió y me persiguió hasta que me decidí a probar. Ya sabes, el rollo ese de vivir todas las experiencias y todo eso. Pero me volví loca, loca. Me chiflé, me trastorné, perdí el juicio, me desequilibré. —Había perdido el juicio, pero no su pasión por los sinónimos—. Dime, Sofía, ¿cómo he sido tan gilipollas de esperar hasta ahora para probarlo?

—No lo sé. Creo que me ha pasado lo mismo que a ti.

—Y no podemos parar de follar. No hay caso, nos proponemos «Esta noche, no», y luego dormidas nos tocamos, un toque pequeñito, y se acabaron las buenas intenciones. Incluso ahora que te lo digo me pongo cachonda.

—Tienes que dormir más, Francisca.

—¡Qué va, hija!, si no hago más que tener sueños eróticos.

Me contó de su matrimonio con el senegalés Mbe y todo lo que sabía sobre el Pulga. Luego me preguntó por Santiago, sonriendo por fin, anticipando la respuesta con un gesto para indicarme a Marina.

—Cuando os he visto —dijo—, creí que me había vuelto bizca. Sois iguales, idénticas, pintiparadas, exactas, calcadas, lo que se dice dos gotas de agua. Yo creo que en tu caso hubiese hecho lo mismo que tú. Pero no consigo imaginarme cómo pueda ser. Dime la verdad, ¿no te impresiona un poco?

Cuando la fiesta llegaba a su punto culminante, decidí marcharme. Aún me sentía incómoda. Me resistía a bailar en medio de tantas mujeres, a ser el centro de atención de la diversión general. Estaba exhausta. Quería pensar en el viaje, y en nada más.

Nuestra idea de no vivir juntas hasta el día de la partida no tenía por qué cambiar. Marina seguía viviendo en casa de su amiga. Me despedí de las invitadas, que abandonaron las previas disidencias para desearme, todas ellas, buena suerte, buen viaje, felicidades, y otras de esas expresiones humanas ideales que, lamentablemente, casi nunca pueden prever las embestidas ciegas de la fortuna.

En casa, me puse un camisón con la esperanza de descansar un poco, aunque sabía que sería en vano, porque no iba a poder conciliar el sueño. Para aplacar mis nervios, acomodé papeles, vestidos, fotos, todos los trastos que conservas con la ilusión de que quizá seas eterna y de que te sentarás a contemplarlos algún día, un día que jamás llega. Sospechaba que ya no volvería a ver esa casa y esos objetos, lo que efectivamente ocurrió, y en cierta manera me sentía como los condenados a muerte: era mi hora decisiva, pero no había nada de lo que no pudiera desprenderme. Con Marina mi vida comenzaba de cero y, así, era justo que abandonara allí mismo, en ese piso en el que había vivido con Santiago, los desechos inútiles de mi pasado. No eran más que sedimentos de la costumbre, cáscaras, retazos ajenos que los demás habían ido encolando sobre mi persona o embozos con los que yo misma había consentido en cargar a lo largo de los años. Abrí las maletas, quité algunas cosas, agregué otras, volví a cerrarlas. Sonó el timbre cuando el cielo estaba clareando. Era Marina.

—Yo tampoco podía dormir —me dijo, adivinando mis ansias.

Caminamos abrazadas hasta la cocina. Preparé un café. Nos quedamos allí a beberlo, de pie, conversando de todo y de nada.

—Sería mejor que durmiésemos —dije—. Mañana…, hoy… tenemos que conducir todo el día.

—A esta hora ya no tiene sentido, che —respondió ella, con su peculiar modo de expresión sudamericano—. Si vos querés ve a dormir. Yo tengo que hablar a las ocho con el tipo del apartamento para ponerme de acuerdo.

No dormí. Y a las ocho Marina llamó por teléfono al dueño del que sería nuestro piso en Roma. Hablaba bastante bien el italiano, o al menos gritaba y gesticulaba lo suficiente como para que yo me lo creyese. Cuando colgó, le dije:

—Ahora entiendo cuál es la lengua que hablas tú. Ya me parecía que no era castellano.

Pero ella no sonrió con mi broma.

—Malas noticias —dijo.

—¿Qué sucede?

—El apartamento estará listo recién dentro de quince días. —Tras una pausa añadió—: Y si un italiano te dice dentro de quince días, serán al menos treinta.

—Es imposible. —Me resistía a creerlo; se me antojaba que todo se había echado a perder y pensaba en la galería y en Carranza. En el jueves, en Santiago—. ¡No! —chillé—. ¡Nos vamos hoy!

Marina me miró a los ojos, tomó mi mano, afirmó:

—Sí. Nos vamos hoy.

Di un salto de felicidad. Corrí en dos zancadas a vestirme. Tiré el camisón. Me puse una falda larga y ancha, una camiseta azul y zapatos de tacón bajo.

—Estás hermosa —me dijo Marina, entrando en el dormitorio, y nunca un elogio me sonó más gratificante—. Ella sí estaba muy guapa. No llevaba la misma ropa de la fiesta. Iba vestida de negro, con una minifalda de lino y una blusa de batista con botones blancos. Nunca he visto una mujer que usase minifalda tanto como ella. Tenía unas piernas estupendas, —y no lo digo porque se asemejaran a las mías, que las suyas eran mucho más bonitas— y una gran elegancia al caminar, de modo que su aspecto jamás era

vulgar, todo lo contrario. A ello contribuía el estilo de sus zapatos de tacón, que elegía con mucho cuidado: debían ser sobrios, de colores poco vistosos, ni muy altos ni muy bajos, en punta pero algo redondeados. Sobre ellos andaba como si se deslizara por el mundo sin tocarlo, moviendo las caderas con una discreción cargada de sensualidad. Cuando, en cambio, llevaba zapatos de tacón bajo, y no es que el amor me lleve a exagerar, su aspecto era el de una diosa que ha descendido a mezclarse entre los simples mortales y copia sus costumbres y movimientos, sin conseguir desprenderse del porte divino de su linaje. Una vez, en broma, le aseguré que de haber sido hombre me hubiese enamorado de ella.

No le eché un último vistazo a la casa antes de salir. Cerré la puerta con la misma sensación de alivio que experimentaría una persona a la que le extirpasen un tumor. Se me ocurrió que debía deshacerme de las llaves, pero no lo hice, porque pensé que un gesto tan trillado traería mala suerte. ¿Quién sabe qué hubiese pasado si hubiera obedecido a mi instinto de tirar esas malditas llaves, que aún llevaban estampadas las huellas de Santiago? ¿Hubiese cambiado algo?

Empujamos como pudimos las maletas hasta el coche; pesaban una enormidad y casi nos deslomamos. Dentro de ellas iba el retrato que me había hecho Manolo y el sombrero amarillo que Emilia nos había regalado en El Tórrido Trópico. En el maletero no cabía todo el equipaje, así que hubimos de bajar el asiento de atrás para hacerle sitio.

Pasamos por casa de Emilia, donde Marina aún tenía un par maletas y una caja con libros. Ella ya había tirado lo inservible al marcharse de París. Esos libros son los que hoy tengo a mi lado. Los he conservado porque puedo leer y repetirme los pasajes que le gustaban a Marina, descubrir sus anotaciones, los ángulos de las páginas doblados por ella, mirar su firma en la primera hoja. Pero ya es tarde, y pronto los regalaré.

Emilia estaba fatal. Acababa de despertarse y debía ir a trabajar. Cargaba con una molesta resaca y un dolor de cabeza terrible, pero fue muy cariñosa con nosotras. Prometió ir a visitarnos. Antes de saludarme me dijo una frase que nunca olvidaré:

—Si la felicidad consiste en ser dignas de ser felices, vosotras ya

sois felices.

Otra vez a cargar los bultos hasta el Marbella, y el pobrecillo ya estaba más abarrotado que nunca. Giré la llave de contacto y partimos. No me despedí de Manolo, pensé, aunque sabía que no se enfadaría.

¿Con qué pie había subido al coche?

Ese día me sentía más supersticiosa que lo habitual, pero equivoqué todas mis intuiciones. Al encender la radio me pareció de buen augurio oír esa canción de los Rolling Stones que dice, me parece: *She’s like a rainbow*. Creí que estas eran señales tan ciertas como las que había recibido el día en que encontré a Marina.

—Te amo —me dijo ella.

—Y yo te amo a ti —le dije.

Salimos de Madrid unos minutos después de las diez. Era el 25 de junio. Yo me sentía digna de la felicidad.

Tercera parte

—Oye, ¿tú sabes cómo coño se hace para salir de España?

—No tengo ni la menor idea.

—¡Pues buena la hemos hecho! Tanto prepararnos, y ahora nos quedamos dando vueltas alrededor de Madrid.

—Podemos vivir en el auto. Al menos no hay que pagar alquiler.

—Preguntémosle a alguien —propuse. Era la primera vez que conducía yo en un viaje tan largo, así que no sabía en qué dirección tirar ni qué carretera coger.

—No tiene sentido. Será mejor que compremos un mapa.

—Yo prefiero preguntar. Sí hay algo que no entienda, son los mapas.

—Yo entiendo los mapas y no las explicaciones de la gente —replicó Marina—. «Vaya siempre derecho», te dicen cuando la calle se interrumpe. «Tiene que doblar doscientos metros antes del Ministerio». ¿Y yo qué sé cuál es el Ministerio? ¿Cómo hago para darme cuenta de que estoy *antes* de un lugar al que no llegué? Si pregunto es porque no sé…

Vi a una mujer que esperaba para cruzar la calle con la bolsa de la compra. Acerqué el coche al bordillo e interrumpí a Marina:

—Ahí tienes a alguien para preguntarle.

Ella asomó a regañadientes la cabeza por la ventanilla.

—Buenos días, señora —dijo—. ¿Sería tan amable de indicarme el camino para llegar a Italia?

—Es que yo… soy gallega —respondió la mujer—. Lo siento. Aún no he podido aprenderme las calles.

Seguimos, muertas de risa, mientras yo daba vueltas y vueltas para encontrar el camino. Alcanzamos una velocidad considerable,

y noté que el portugués había dejado el coche en perfectas condiciones. Me detuve en una gasolinera, donde compramos un libro con las carreteras de Europa. Yo ni lo hojeé: no soy capaz de pasar de las dos primeras dimensiones a la tercera.

—Ahora que te has comprado tu mapa, dime qué camino tengo que coger.

—Basta con seguir las señales —dijo—; hay que pasar por Zaragoza.

Zaragoza. Allí había nacido yo. No me traía buenos recuerdos; me evocaba especialmente las largas ausencias de mi padre, quien vivía trasladándose de una ciudad a la otra, en pos de alguna ilusión laboral que irremediablemente acababa por fracasar; quería un empleo fijo y seguro, y para conseguirlo se pasaba los días en perpetuo movimiento. Las más de las veces se marchaba solo, pero en muchas ocasiones nos llevaba con él. Así pasamos de Zaragoza a Barcelona, luego Murcia, Alicante, otra vez Barcelona, León y al fin, cuando yo tenía casi diecinueve años, Madrid. Y si no volvimos a trasladarnos después, fue porque mi padre murió de un ataque al corazón cuando estaba planificando que emigráramos a Tánger. Mi madre no le sobrevivió mucho tiempo. Pero recordar estas cosas junto a Marina me brindaba una dimensión humana que era del todo nueva para mí. Ella me permitiría ser feliz sin olvidar mi pasado doloroso. La dicha no excluiría el recuerdo triste y lo convertiría en un motivo más para afianzar nuestra unión, podríamos encontrar significados flamantes, limpios, sólo nuestros, hasta en los sucesos más desoladores. A Marina le pasaba lo mismo que a mí, pues había tenido una vida similar a la mía. Nunca conoció a su padre; a los ocho años, su madre, sus hermanos y ella abandonaron Montevideo para trasladarse a Buenos Aires. Allí permaneció hasta los veintidós, cuando viajó a París con una beca. Ninguna de las dos tenía una patria a la que volver con alivio.

Cuando habíamos dejado atrás Calatayud, me dijo:

—Quiero conocer la casa en que naciste. —Apoyó una mano sobre mi pierna, para transmitirme su calor. Yo se la acaricié y luego volví a sostener el volante.

En Zaragoza todo estaba tan diferente a como lo recordaba que no padecí la emoción del regreso; por más que recorrí las calles de

cabo a rabo no logré dar con la casa, así que no pude cumplir con el deseo de Marina. Llené el depósito en una gasolinera y salimos de la ciudad. Caí en la cuenta de que ya no me dolía el recto. Nos detuvimos muy pronto a comer en un restaurante cuya terraza daba sobre el Ebro, bajo la fresca sombra de una encina. Estaban cerrando, pero el dueño se apiadó de nosotras y nos trajo fiambre, queso, pan y vino tinto. El cielo se veía despejado y la brisa ayudaba a mitigar el calor de la hora. El vino y la noche en vela me produjeron un efecto adormecedor. Se me escapaban risillas bobas, que incrementaban aún más mi hilaridad. Luego entré en una suerte de estado de exacerbada sensibilidad y ya no reí. Me hallaba en una dimensión intermedia entre el sueño y la vigilia, como el día en que Carranza interrumpió mi contemplación de la mujer que fregaba la acera. Miré la corteza de la encina, con sus infinitas vetas, y me dio la impresión de ver en ellas una extraña realidad que jamás había visto. Toqué el árbol y me comunicó el palpitar de la tierra, la generosidad de la lluvia, el precioso afán de sus raíces en crecimiento incesante, el susurro de la brisa entre las hojas. Era un conocimiento que llegaba a mí de un modo no verbal; me recorría el cuerpo como si fuera mi propia sangre, savia y sangre a la vez, y yo lo absorbía inmediatamente, espontáneamente, sin mediaciones. Quise explicarle a Marina lo que me estaba sucediendo, pero no pude sino balbucear unas pocas torpezas inconexas de las que sólo se distinguía la palabra «árbol». Entonces, al querer expresarla, mi visión se terminó y volví al universo de la vigilia. No obstante, ella había entendido mi sentimiento.

—En mi adolescencia —dijo—, salía a caminar para oler el perfume de unas flores blancas que dan a principios de noviembre, es decir, nuestra primavera, unos árboles muy altos que allá se llaman paraísos, no sé acá en Europa. En Francia no los vi nunca.

—Arboles del paraíso.

—Ah, puede ser.

—Puede.

—Yo salía de noche sólo para sentir ese perfume. Pero todo era muy breve, porque después, a la primera lluvia, las flores, que son muy frágiles, se desprenden de las ramas, caen al suelo y empiezan a oler mal, como una fruta podrida. Dura tan poco. Apenas unos

días al año, y a veces ni siquiera un día. Todo depende de la lluvia.

Volvimos al coche en silencio. Partirnos. Primera, segunda, tercera, cuarta y ya la carretera nos pertenecía otra vez. Íbamos rumbo a Italia. Atrás quedaba Zaragoza.

¿Dónde está ahora el recuerdo de aquellas flores perdidas para siempre en tu juventud? ¿Y dónde están tus manos, que como la encina me comunicaban las verdades de mi vida por el atajo de tu cuerpo? ¿Y dónde tus ojos, que duplicaban los míos? ¿Dónde el amor que me diste? ¿Dónde los caminos que llevaban a Italia? ¿Dónde el sosiego de tu voz ronca? Tú me lo enseñaste, Marina, como tantas otras cosas: el perfume de los paraísos siempre es efímero.

Nos turnamos para conducir y dormir.

—Te propongo una cosa —dijo Marina, al zar la frontera con Francia, cuando el funcionario de la aduana nos devolvía los documentos a través de la ventanilla—. No pisemos suelo francés.

Ya había anochecido.

—Vale —repliqué yo. Había ciertos caprichos en los que Marina y yo solíamos coincidir.

Mientras ella conducía, me dormí mirando la autopista de noche, algo que siempre he juzgado conmovedor, no sé por qué. Me producen una hermosa melancolía los bares, las gasolineras, los mecánicos aburridos, el tipo de los neumáticos dormido entre cubiertas flamantes, el que cobra el peaje y se pasa la noche encerrado en su minúscula cabina, a veces con un televisor escondido, los viajantes de comercio que duermen en los moteles y los camioneros que descansan en esos bosquecillos a un lado de la carretera, el camarero que lustra el mostrador antes de servir el café. Si por mí fuera, pararía en todas las estaciones de servicio del camino.

Desperté en una gasolinera cerca de Nimes. Marina le había dado al empleado la llave del depósito para no tener que bajar del coche ni siquiera allí. Pasé al volante, una operación complicada

dado nuestro propósito de no rozar las tierras de Francia, pero no tuvimos que lamentar otros incidentes que un ligero embate de la palanca de cambios en ciertas zonas indignas.

—Oye, Marina —comenté riendo, cuando ya habíamos reemprendido la marcha—. Tengo ganas de hacer pis.

—Pues te las aguantas, che —contestó.

—¡Claro que sí! Una promesa es una promesa. Pasamos la Provenza, pasamos Cannes, Niza, Menton, y entramos en Italia. Lo primero que hice en territorio italiano fue algo muy prosaico, pero es obvio que no tenía otra alternativa: paré a mear en una estación de servicio. Mientras tomábamos nuestro primer café italiano, Marina echó mano del mapa y preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Dime las posibilidades.

—Las posibilidades más tentadoras son Florencia, Siena, Venecia, Padua, Ferrara… —y siguió leyéndome todos los nombres que se le ponían a tiro.

—¡Florencia! —interrumpí yo, que me había perdido casi al principio—. Empecemos por Florencia. Tenemos quince días, al menos.

—Sí —dijo Marina—. Florencia.

Sin decir esta boca es mía, Marina echó a correr hacia el coche que estaba aparcado fuera del bar; yo acepté su desafío y no le fui a la zaga; como un niño que se apresura por ir a jugar, salí al galope tras ella. Gané yo la carrera Y me puse al volante.

Llegamos a Florencia a las nueve de la mañana. Nos metimos en el centro histórico, cerrado al tráfico, con la impunidad que nos daba nuestra matrícula extranjera. Marina se procuró un mapa y una guía para satisfacer su manía cartográfica.

Nos detuvo un guardia de tráfico, aunque en seguida nos dejó ir. No sucedería lo mismo en lo sucesivo. Nosotras fingíamos habernos perdido, y los guardias, la mitad de las veces, fingían hacer un esfuerzo por perdonamos. Pero también nos pusieron muchas multas. No me preocupaba por ellas; si llegan a Madrid, pensaba yo, no creo que Santiago esté dispuesto a pagarlas.

Buscamos un hotel cualquiera delante del cual pudiésemos aparcar. Creo que llevaba el nombre de Boccaccio, Machiavelli,

Petrarca, Dante o algún otro escritor florentino. El recepcionista, al mirar los documentos, exclamó:

—Pensé que erais hermanas.

—Y lo somos —respondió Marina—. Somos hijas de la misma madre.

Después de inscribimos en el registro, nos subieron las maletas a la habitación. Reímos al comprobar que nos habían asignado un cuarto con camas separadas. Nos dimos una ducha y salimos a caminar por la isla de peatones del centro, pese al agotamiento, porque ninguna de las dos conocía Florencia y estábamos ansiosas de perdemos en sus calles irregulares. Queríamos contemplarla desde lo alto, de manera que subimos al campanario de Gíotto, y a través de las troneras íbamos viendo la ciudad que se empequeñecía, las formas góticas de la catedral y el baptisterio, cuando, en medio de una de las estrechas escaleras, un rebaño de japoneses nos encerró en su círculo de turismo multitudinario, impidiendo que nos desplazásemos.

Quedamos las dos atrapadas en un mismo peldaño. Percibí el calor del cuerpo de Marina contra el mío. Fue un contacto imprevisto, que me transmitió una excitación súbita. Apoyé mis pechos contra su espalda y los corrí hacia un lado y hacia el otro, subiéndome alternativamente a la caricia de sus omoplatos. Busqué una de sus nalgas para cobijarla en el abrazo de mis ingles, el refugio de mi coño, que se humedecía mojándome la base de los muslos, al tiempo que le acariciaba la cintura con ambas manos y la atraía hacia mí. Los comentarios en japonés en tomo a mi, quién sabe sí referidos al campanario o a nosotras, me parecía que me otorgaban aún más impunidad, en esa peculiar soledad que sólo puede hallarse en las muchedumbres. Simulando que quería susurrarle un secreto, cubrí una oreja de Marina con la pantalla de mi mano y se la besé, pasé mi lengua por esas curvas irregulares y esos senderos tortuosos a fin de que ella escuchase el rumor de mi saliva. Sentí cinco dedos (eran los tuyos, vida mía) que se apoyaban sobre el lado exterior de mi muslo derecho y presionaban firmemente sobre él. De pronto, el avispero de japoneses se disolvió tan bruscamente como se había formado, de modo que nos hallamos solas en una posición vergonzosa y expuesta.

—Vamos al hotel —dijo ella, arrastrándome escaleras abajo.

Nada más entrar en la habitación, unimos las camas separadas. Le pedí a Marina que se acercase. La desvestí, casi sin tocarla, conteniendo mi ansiedad como quien se reserva lo mejor para el final, notando que la humedad de mi sexo crecía sin tregua. Otra vez estaba a punto de producirse el milagro del encuentro entre la figura y su reflejo. Ella permaneció inmóvil, dócilmente entregada a mis actos.

Estaba arrodillada con una pierna sobre cada cama cuando acabé de desnudarla.

Su cuerpo me fascinaba. Muchas veces he pasado horas contemplándola. La dejé allí, un instante, y fui a cerrar la ventana. Había muchos edificios cercanos; no quería que los extraños se entremetieran con miradas indiscretas.

De lo contrario, esos extraños hubiesen visto a dos mujeres, exactamente iguales, una de ellas desnuda, la otra vestida, que se aprestaban a consumar un amor, del que no podían saber que había sido demorado por el tiempo.

Hubiesen visto que la mujer vestida se dirigía hacia la mujer desnuda y la estrechaba entre sus brazos, la acostaba sobre las camas unidas, para besarle cada parte de su cuerpo, y palparle con el pulgar y el índice cada uno de los diez dedos, desde la palma hasta la uña, como si le quitara un anillo, y besarle los nudillos, los hombros, la boca, el pecho, las pantorrillas, la entrepierna.

Hubiesen visto que la mujer desnuda trepidaba de placer con la cara de la mujer vestida entre las piernas, y le cruzaba sus pies por detrás de la espalda, una cruz de piel tersa sobre el fondo oscuro de la tela, los dedos de los pies contraídos de goce y el rostro de la otra brillando con las aguas que extraía del pozo del coño oculto entre sus labios, que ocultaba a su vez una lengua que paladeaba las delicias del amor más intenso, hasta que de un salto la mujer desnuda le quitaba la ropa a la mujer vestida.

Y entonces hubiesen visto que era imposible distinguirlas, porque eran dos flores del mismo árbol, dos gemelas, dos imágenes de la misma persona, porque sus miembros se unían, se mezclaban, se confundían, se fusionaban, no hubiesen visto las diferencias, los hoyuelos de una sobre la cadera menos prominente de la otra, el

esternón más abultado contra los hombros menos anchos, los brazos más finos encima de las orejas más pequeñas, porque ya no podía saberse si eran dos mujeres, o una, o cinco que giraban sobre las camas juntas, las camas que ahora se separaban poco a poco, y las mujeres se sostenían mutuamente para no caer en ese abismo pequeño y pasaban a la cama de la izquierda, contra la pared, y al cabo sí se distinguía, eran dos, la mujer sobre la mujer, pero eran figuras en un espejo al revés, en el cual las piernas de la mujer se reflejaban en la cara de la mujer y los labios de la mujer en el sexo de la mujer, un cuerpo que se buscaba en otro cuerpo, como se busca el oro en medio del oro, la niña en el centro del ojo, una búsqueda que era un hallazgo antes de empezar, y también luego, un desfile de imágenes precisas en el vórtice de las imágenes indefinidas, el hueso de la muñeca en el escenario de dos vientres yuxtapuestos, el leve sudor de una axila y las nucas de cabellos cortos, una sien, un clítoris, las uñas que rozan y no arañan, otro clítoris, el espinazo curvado y las nalgas endurecidas, era un galimatías, un carnaval, una suma de pieles y besos y carne y anhelo, el sexo en la cumbre del sexo, un bálsamo, los nudos dobles del deseo, un caleidoscopio con cristales de espejos móviles, impresos para siempre por quienes se amaban en sí mismas y en la otra.

Los extraños hubiesen visto que las dos imágenes acababan volviéndose una misma vibración, y un solo beso, y un solo sexo, y un solo cuerpo, para volver a separarse, y volver a reunirse en un todo que era más que las partes.

Hubiesen visto que el colchón caía al suelo, entre las dos camas ya inútiles, y la mujer y la mujer sobre el colchón, como una cascada de reflejos iguales, como la corriente incesante que se llevara el rostro de Narciso y a Narciso mismo, y seguían besándose y amándose despreocupadas de la superficie en que se apoyaba su mutuo deseo porque era como si no se apoyaran en nada, y las hubiesen visto flotar, aferrada la una a la otra, los pechos de la mujer contra los pechos de la mujer, las aguas del coño fluyendo en el mismo cauce, y la pierna de una entre las piernas de la otra, aunque no se podía determinar cuál era de cuál, pues todo era el mismo gozo mientras las horas pasaban sin prisa, la noche se

llevaba al día y el día a la noche, en una sucesión tan perfecta como la de los cuerpos espejo de las mujeres reflejo.

Pero los edificios vecinos estaban demasiado lejanos como para que sus habitantes pudiesen haber percibido que los ojos de la mujer y los ojos de la mujer se mojaron con lágrimas de felicidad, antes de empezar otra vez, otra vez.

A decir verdad, no sé cuántos días pasamos en aquel hotel de Florencia. Detrás de los postigos cerrados, ajenas a las indiscreciones de las gentes y de la luz, consumábamos nuestra pasión sin tiempo, vivíamos la más perfecta de las soledades, la soledad de los que se aman. Nuestro amor fue siempre sereno, autónomo, inmune a las circunstancias del mundo, por eso pensé que sería también eterno, porque de nada necesitaba salvo de sí mismo, como el Dios de los místicos, pero yo olvidaba que la lógica del rencor podía ser muy diferente a la del amor. No pasaríamos inadvertidas; no basta dejar en paz a las gentes para que te dejen en paz a ti.

Quien sí mostraba una gran amabilidad hacia nosotras era el camarero del hotel. Aunque jamás nos preguntó si éramos hermanas o amantes, se preocupaba por nosotras y nuestro encierro. Era igual a Vittorio Gassman, así que nada más verle exclamábamos: *Gao, Vittorio, come stai*? Él siempre respondía lo mismo: «¡Quiá! ¡Ojalá yo fuera Gassman! ¡Ya me veríais sirviendo en las habitaciones!».

No tenían servicio de restaurante y preparaban sólo el desayuno, pero Vittorio nos conseguía, supongo que en algún bar de por allí, bocadillos, Coca–Colas, cerveza, café. Al principio teníamos que pedírselo, aunque luego él solo, al comprobar que habían pasado muchas horas desde la anterior provisión, nos traía de beber y de comer. Los últimos días, cuando golpeaba la puerta de la habitación, se resignó a anunciarse a sí mismo como Vittorio.

Una tarde —¿o fue una mañana, una noche?—, quise ver con qué ropa había llenado Marina las maletas. Las fuimos vaciando poco a poco, y luego hicimos lo mismo con las mías, intercambiándonos prendas, probándolo todo. Pásame esos pantis, decía yo, y me los ponía, desnuda, sin bragas, mientras ella me

acariciaba las piernas, se deslizaba por la superficie pulida y brillante que se metía en el vértice de mi vagina húmeda, y ella me pedía una blusa, a través de cuya tela yo besaba sus pezones, o se probaba una camiseta corta que se alzaba como una carpa sobre sus tetas en punta, y nos íbamos enterrando en montañas de ropa, usándonos recíprocamente de espejo, deteniéndonos para hacer el amor, a medio vestir, combinando atavíos absurdos, y Marina me rogaba que desfilara con sus zapatos y yo le exigía que se pusiera mi vestido negro, ajustado, con el cual yo alcanzaba a rodearle la cintura y hundir mi lengua femenina en su escote deseable, en el surco de sus dos pechos míos, antes de ponerle el biquini con que la vi la primera vez, y lamerle el escaso vello que se escapaba por los lados, o calzarme sus guantes para masturbarme con ellos al tiempo que la miraba, al tiempo que ella me hacía oler el perfume embriagador del paraíso de sus bragas de encaje, un corsé, un sujetador, minifaldas, pantalones, batas, todo nos lo intercambiábamos y todo nos sirvió para el placer, porque el placer estaba en nosotras y no en los objetos.

Así, la habitación se convirtió pronto en una porqueriza igual al ático del Pulga: los colchones tirados por el suelo, las maletas abiertas, los botellines vacíos, las servilletas sucias, los pedazos de pan duro.

En lugar de poner orden nos fuimos a Venecia. Yo no había estado nunca allí, y Marina me conminó a que cogiéramos el tren. Partirnos muy de mañana y regresamos a medianoche. Anduvimos todo el día en aquella ciudad irreal, melancólica, bellísima, que parece estar cayéndose a pedazos, si es que no lo ha hecho ya. En el museo de Peggy Guggenheim vimos un cuadro que nos llenó de estupor, *Dos mujeres ante el espejo*, una rubia y una morena, duplicadas en el espejo, mostrando una conducta cotidiana traspasada de una profunda tristeza. Intentamos comprar una reproducción, pero no fue posible.

Volvimos a Florencia. Dimos el último paseo por sus calles, nos despedirnos de Vittorio, pagamos el hotel, subimos al coche y otra vez nos preguntamos cuál seria nuestro próximo destino.

Muchas veces, antes de partir para Italia, yo me había preguntado si no sería víctima de ese hastío que te sobreviene cuando a la postre alcanzas algo que has buscado mucho, como si encontrar algo equivaliera a perderlo. Me atemorizaba la posibilidad de desilusionarme ante la presencia real de Marina, ante su hallazgo. Pero en aquel largo viaje que realizamos antes de instalamos en Roma, comprobé que mis inquietudes eran infundadas: la tan anhelada realidad no resultaba vulgar en comparación con la pureza de la aspiración no saciada, sino más bien una culminación, un triunfo, que la imaginación jamás se hubiese atrevido a sospechar, ni hubiese podido. No nos decepcionábamos la una a la otra ni siquiera en los primeros momentos que siguen al amor físico; nuestra experiencia nos decía que tenían que ser tristes pozos de irremediable frialdad, y en cambio advertíamos asombradas que la satisfacción del deseo no lo apagaba: lo encendía. No salíamos de los orgasmos como quien cierra tras de sí una puerta que no volverá a abrir, sino como quien atraviesa laberintos, cuyas galerías no tienen término, o recorre el espacio, el mar, el aire, donde no existen fronteras, no hay principio ni fin, y el itinerario y la meta son la misma cosa.

Por ello me cuesta recordar en orden todas las etapas de nuestro viaje por Italia. Sólo puedo salvar fragmentos aislados y al tuntún; con sus escombros, estas piedras, estas cenizas, estoy tratando de armar el refugio de la memoria; los tiempos se mezclan y desbaratan la tiranía del tiempo; si presente, pasado y porvenir pierden su sentido, entonces mi amor y mi recuerdo pueden alcanzar la inmortalidad definitiva, la eterna juventud. La única muerte posible es la del olvido. La otra, la que me está esperando, no me asusta.

Estas páginas se bifurcan, vuelven sobre sí mismas, avanzan a saltos, a borbotones, retroceden, se detienen a mirar lo que yace escondido entre los pliegues del tiempo, no por capricho, sino porque obedecen a la forma esencial de mi memoria y de mi esperanza.

Mientras vivía a fondo los días más gozosos de mi vida, sin perder ni una pizca de mi bienestar, lo observaba todo cuidadosamente para recordarlo después, hasta el punto de saber ya

de memoria lo que aún estaba viviendo y de admirarme de poseer desde ese instante nuevos recuerdos. A multiplicar ese juego de espejos en nuestro amor robado a los espejos, a encerrar incluso más cofres dentro de los cofres, como las muñecas rusas, contribuía el que en esos días rememoráramos los pasos, los esfuerzos, las vacilaciones que habían llevado a nuestro encuentro, pues uno de los modos más dulces del amor consiste en que los amantes evoquen juntos los infinitos ensayos, los afanosos planes y las impacientes vicisitudes de las vísperas del amor.

Me es difícil establecer una cronología; debo recurrir a elementos externos, como el golfo de Nápoles, los colores de Siena, las murallas de Monteriggioni, las escaleras de Gubbio.

O bien tengo que demorarme en el agrado lento de los detalles alborotados, imágenes que no podré olvidar, como la presión tibia de la cara de Marina contra mi hombro mientras íbamos por una carretera flanqueada de árboles; o la espuma de jabón sobre su sexo que lavé en una de las pocas habitaciones con baño privado que tuvimos; o la sombra de una torre medieval en San Gimignano, que nos cubría sólo a nosotras, y parecía seguir nuestra marcha lenta por las calles soleadas; o el dibujo oscuro, contra la claridad oblicua de la ventana de un hotel, de nuestros dos cuerpos amándose, una sola materia que engendraba el rumor de una conducta inédita y antigua; o el barranco que se precipitaba sobre el cementerio de Volterra (¿o era de Cortona?), púrpura al sol del atardecer entre los cipreses verdes; o los silenciosos monstruos de piedra de Bomarzo (recordé una película de la Wertmüller), entre los cuales Marina me besó en la boca; o cuando ella me dijo que amaba mis apariencias tanto como a mí misma (era ya en Roma, de ello estoy segura, bajo la falsa cúpula de la iglesia de San Ignacio); o ciertos gestos de Marina, insignificantes, casuales, pero tan necesarios para mí, el labio inferior que iba secándose progresivamente, mientras me leía la explicación de una guía turística, al entrar o al salir de Spoleto, hasta que la lengua volvía a surcarlo con un fulgor húmedo y breve en un movimiento delicado y a la vez rápido; sus ojos que estaban siempre listos a clavarse en los míos cuando yo apartaba por un instante la vista del camino; el murmullo que sus piernas producían en la minifalda y las medias de redecilla si cruzaba las piernas bajo

la mesa en aquel restaurante de Perusa edificado bajo antiguos arcos, y yo le rozaba con la punta de mis dedos cada uno de los pequeñísimos rombos en que su piel estaba dividida por la malla de las medias; o su temblor cuando yo le besaba la pelusilla de la nuca; o el modo en que sus dedos cogían la copa antes de beber.

Recuerdo, y para quien jamás había amado a una mujer estos detalles se volvían extraordinarios, sus rojos labios pintados sobre mis excitados pezones rojos, las gotas de agua sobre sus pechos bajo la ducha, el acompasado contoneo de sus caderas al caminar, los pendientes de perlas que esplendían en sus lóbulos y que yo lamía cuando follábamos.

Recuerdo que la ayudé a vestirse, que pinté mis labios besando los suyos, que bebí la sangre de su menstruación, que la llamé con mi nombre, que bailamos en silencio vestidas de fiesta, que le conté mi amor por ella como si fuera una amiga y no mi mujer, que lloré por no poder fecundarla.

Recuerdo cuando volvió a decirme que nunca se había acostado con un hombre y yo le pregunté si quería hacerlo, oye, que no te preocupes por mí. Sólo si estás conmigo, respondió.

Recuerdo cada una de las veces que hicimos el amor y podría enumerarlas, como el adolescente vanidoso que escribe en una libreta secreta el nombre de sus ligues.

En el hotel de Florencia, mientras Vittorio llamaba en vano a la puerta, yo yacía boca abajo sobre el colchón y ella, encima de mí, pasaba sus brazos rodeando mi cintura, con las manos me abría las piernas y con apenas dos dedos me procuraba el placer simultáneo del clítoris y la vagina.

Y allí mismo, o en Urbino, o en Asís, yo la acosté sobre mí, pero esta vez las dos boca arriba, su espalda sobre mis pechos, sus nalgas sobre mi pubis, sus muslos sobre los míos, y le acaricié el sexo, como si fuese el mío, como si no fuéramos dos, la acaricié y la acaricié todo el rato y ella se subía al orgasmo y no volvía a bajar y jadeaba con mis pulmones, ¿y era su mano o la mía la que entró entonces en mi sexo para llevarme al alto sitio en el que Marina se demoró sin prisa?

Una vez nos besamos la una a la otra, completamente, sin dejar nada fuera del alcance de los labios, los dedos de los pies, el sudor

de las corvas, los músculos de la espalda, el valle del cuello, las cuencas de las clavículas, las fosas nasales, cada uno de los vellos de la entrepierna, chupándolos uno a uno como joyas delicadas, únicas, las innumerables arrugas de la mano, la barbilla, la larga curva de las costillas.

Una imagen: la cruz que formaban su boca y su sexo verticales, junto con sus pezones horizontales, mientras fuera doblaban las campanas de una vieja iglesia.

Otra imagen, esta sin tiempo: la respiración de Marina que duerme, el ombligo se levantará y descendía, su pecho pacífico, el trazo de sus clavículas, yo hube llegado y admiraré celosa los sueños que se entrevieron en sus rasgos, que han modificado la expresión de su rostro, fueron en el presente el futuro que es, observo desde lejos esa parte oculta de su yo que me había de ocultar por siempre, como presos que presenciasen milagros desde detrás de los barrotes de su cárcel.

Recuerdo que en Lucca la contemplé mientras se vestía para salir; luego, sin poderme contener, arrebatada, la arrojé sobre la cama y le regalé su sexo a mi lengua, apartando la minifalda, las bragas, intenté regular los latidos de mi corazón al palpitar de su coño, y bastó para correrme con que le mirase las piernas y en el extremo de sus piernas los zapatos de tacón marrones, el borde curvo, el nacimiento de los dedos del pie, las piernas tersas entre mis manos, la frágil ofrenda dé su vagina, de la que extraía yo el deleite de su éxtasis, el justo ritmo para mi corazón.

Recuerdo que me masturbé mirando esos mismos zapatos, en tanto ella murmuraba palabras roncas en mi oído, y que otro día nos masturbamos la una delante de la otra, como en los sueños repetidos de mi soledad, en la habitación del hotel de Siena, cuyos muros estaban forrados de espejos; yo le llevé la mano hasta su sexo y ella repitió mi gesto haciendo otro tanto conmigo, y éramos dos figuras gemelas, multiplicadas por miles en las paredes, irrepetibles, iguales, gozando en cada uno de los reflejos y de las figuras.

Y también recuerdo aquella vez en que decidimos ir al cine. Debía convertirse en un acontecimiento. Nos pusimos nuestra ropa más elegante. Cuando empecé a maquillarme, Marina me ofreció su colaboración. Al mismo tiempo yo la ayudé a ella. Y de

maquillamos mutuamente pasamos a hacer el amor en el suelo, con la cara embadurnada de carmines y polvos inútiles, tiznada de besos coloreados e impetuosos, de lágrimas de rímel de dicha, y resultó en verdad un acontecimiento, aunque no fuimos al cine.

Otra imagen: en las noches calurosas de aquel verano, Marina iba al baño y, al regresar, me tocaba con sus manos aún húmedas. Yo despertaba; en el entresueño de la penumbra su cuerpo podía parecerme el mío; el frío de sus dedos sobre mi piel no me molestaba, porque era el indicio externo de que me hallaba junto a *otra* persona.

Con ella conocí el bienestar que produce buscar el placer de quien está junto a ti. Una vez oí decir que todo amor es egoísta. Quizá sea cierto, pero ¡qué hermoso es el egoísmo que sale de sí para satisfacer su vanidad con la felicidad de la persona que amas, qué completo cuando esa actitud es recíproca! ¿Por qué decir que Narciso se ama a sí mismo cuando sólo desea complacer a su doble?

Recuerdo que tardé en acostumbrarme a nuestra semejanza; es lógico. En ocasiones me volvía hacia ella, distraída, y me desconcertaba, más que el parecido, el encontrarme a mí misma a dos pasos de distancia. De buen grado buscamos ahondar las similitudes. Logramos la perfección en lo que a peinados, vestimentas y movimientos se refiere.

De modo natural, sin simulaciones ni remedos, fuimos construyendo una tercera persona, equidistante de ella y de mí, cuyo aspecto juzgábamos el único verdadero, y no una máscara. Pero eso no nos bastaba. Aspirábamos a coincidencias más profundas. Habíamos nacido en días y en años diferentes, no éramos del mismo signo del zodiaco, ni del mismo país. Algo, sin embargo, tenía que haber que nos uniera desde antes de conocemos. Casi de burlas empezamos a especular con la posibilidad de que fuéramos hermanas. No era tan descabellado. Ella era uruguaya, sí, pero su padre había abandonado a su madre un par de meses antes de que Marina naciera. ¿No era posible que su padre y el mío fueran la misma persona? Nos inventamos su biografía, a la que al cabo terminaríamos por considerar obvia: tras dejar a su madre, había viajado a España, donde conoció a la mía; se enamoraron, ella quedó embarazada, y de este nuevo vínculo

nací yo, hermana de Marina. En cuanto a la diferencia de edad entre nosotras, había que reconocer que nuestro padre actuó con mucha celeridad: desde que escapó de Uruguay hasta que dejó preñada a mi madre apenas si pasaron tres semanas (de otro modo no cuadraban las cuentas). Y disimulaba muy bien su origen uruguayo, decía yo, pues su acento era el de una persona cuyos antepasados han vivido por generaciones en España.

Visitamos muchas ciudades en ese viaje; en algunas permanecíamos un par de horas, en otras un par de días, y por tanto frecuentamos muchos hoteles. Allí poníamos en práctica nuestra leyenda. Quien nos veía no dudaba en considerarnos hermanas. Quedaba el problema de los documentos y los apellidos, de modo que algunas veces, menos por ahorrar que por desafiar al mundo a distinguirnos, en lugar de presentamos como hermanas, no nos registrábamos las dos, sino una sola. La otra se quedaba fuera, esperando, y luego entraba con la frente en alto, sin ocultarse. «Pensé que estaba en la habitación», solían murmurar los porteros, como excusándose. «No, disculpe usted», replicábamos, «es que se me ha olvidado devolver la llave al salir». Y nos encontrábamos en algún sitio acordado previamente, la escalera, el ascensor, el segundo piso. Nunca nos descubrieron.

Para saber qué responder si llegaban a interrogamos en esos casos, para contar con una coartada, habíamos inventado otra biografía: la nuestra, la de esa tercera persona que a la vez éramos y no éramos Marina y yo. La llamamos Clara.

Y, sin embargo, aún no era suficiente para nosotras.

Acabamos haciendo una suerte de pacto, en Nápoles. Un pacto que ha signado el curso de nuestras vidas desde entonces. Un pacto que no me atrevería a violar, aunque quisiera, y no lo quiero, por temor a disolverme en el aire como el humo efímero, por temor a desaparecer como el agua entre las llamas.

A Nápoles fuimos porque, tras un mes de viajes sin rumbo cierto, nos hallábamos ante las puertas de Roma. Marina llamó por teléfono al dueño del piso. Como era de suponer, el apartamento no estaba listo. Faltaban dos días, sólo dos días, aseguró el dueño, y luego nos lo entregaría.

Viajamos lo más aprisa que podía el Marbella. Nos alojamos en

el hotel Royal, frente al mar, bajo un solo nombre. Nos tendimos en la cama con dosel, bajo la mirada escrutadora de los faisanes del empapelado y el brillo de los muebles dorados, y casi sin advertirlo nos desnudamos. Sentimos, porque lo sentimos ambas, lo sintió Clara, que nuestras pieles estaban unidas mucho más allá de la separación física objetiva. Queríamos estar la una dentro de la otra, como las muñecas rusas de nuestra memoria, respirar con los mismos pulmones, conducir la misma sangre por las mismas venas, digerir con las mismas entrañas.

Intentamos decimos cuánto nos queríamos, cuánto habíamos llegado a amamos en esos pocos días compartidos, pero nos faltaban las palabras. Era desesperante no poder expresar el propio amor, aquel amor que era nuevo y no podía servirse de palabras viejas. Marina propuso que nos abriéramos un tajo en la yema de los dedos como juramento de sangre. Lo hicimos, pero ambas sabíamos que ese acto era tan trillado y tan insuficiente como una expresión convencional.

Entonces hicimos el pacto.

Y después del pacto, yo le pedí a Marina que se acuclillara sobre mi vientre. Estaba anocheciendo tras las persianas, y estrías de sol nos surcaban la carne igual.

—Cágame —le dije—. Dame tu mierda. Lo quiero todo de ti.

Su rostro se contrajo por el esfuerzo y entonces lo percibí; primero la punta tibia, que me estremeció tan pronto como entró en contacto con mi cuerpo, después el susurro tenue del recto que yo tantas veces había besado, y la caída lenta, la parábola paulatina de sus heces alrededor de mi ombligo, yo le acaricié las nalgas mientras ella lo hacía, me lo daba todo, no guardaba nada para sí, compartíamos hasta los desechos de nuestros cuerpos, y lo toqué, palpé la consistencia de lo que me había regalado el amor infinito de Marina, ese amor que estaba más allá de la costumbre, del asco y del mismo amor.

Aquella noche yo comí sus excrementos, y ella los míos.

Y me dormí besándote mi cuello, sentí en tu paladar el gusto más amargo y más íntimo de mis vísceras, me bebimos hasta las

heces, y desde entonces mis sueños fueron tuyos, Marina, Marina nuestra, me amamos, te amaste más que nunca, soñamos que te veías y yo eras Clara, porque ella multipliqué nuestros sueños y te besamos mi coño, lo recorriste con la punta de mi lengua y puse tus dedos junto a nuestros labios que ardíais, te abriste mi abismo, giramos, volviste a penetrarte, con la sonrisa desgarrada de felicidad, Marina, te corrimos en mí, me fuimos, tú me amamos, Sofía, para siempre.

Valió la pena esperar tanto por el piso de Roma. Era bonito; un tercero sin ascensor en un ruinoso edificio lleno de ratas, pero bonito. La luz entraba en todos los cuartos gran parte del día, en especial por la mañana; los decoramos con objetos comprados en el rastro de puerta Portese. Tenía una ventana que se asomaba a una plaza en cuyo centro hay una fuente con cuatro tortugas que parecen añadidas después, por algún escultor lunático. La plaza es quizás una de las pocas zonas luminosas de ese barrio de calles tortuosas y angostas, construidas a la sombra de ruinas romanas. Alguna vez aquel había sido el gueto de la ciudad, y aún hoy siguen viviendo en él muchos judíos, que tienen su sinagoga a pocos metros de allí, a orillas del Tíber. Las antigüedades romanas habían sido transformadas a lo largo de los siglos, sobre todo en la Edad Media y el Renacimiento. Esta superposición de géneros, estilos y edades, una de las cosas que más amo de Roma, se me antojaban el símbolo del amor entre Marina y yo, de los miles de seres que habían sido necesarios para que mi lengua jugase dentro de su sexo, para que sus pechos se apretaran contra los míos; eran como Clara, esa realidad nueva y perfecta que nacía sobre las ruinas de dos soledades.

El gueto estaba muy cerca del Campidoglio, el Capitolio, la colina que los antiguos romanos tenían por centro del mundo y que mira a los vestigios del foro. En su cumbre, se encuentra la plaza diseñada por Miguel Ángel, donde iba yo sola, a menudo, desde que Marina empezó su trabajo. La acompañaba hasta el edificio de la FAO andando. Bordeábamos el Circo Máximo y el Palatino, nos deteníamos a prudente distancia y, con un rápido y furtivo beso en

la boca, parapetadas detrás de un árbol, nos despedíamos hasta la hora del crepúsculo. De regreso, yo marchaba cabizbaja, enfrascada en mis pensamientos, lentamente, con esa sensación mixta de desolación y alegría que sentía siempre al separarme de Marina. La echaba de menos y me dolía no estar junto a ella, pero al mismo tiempo mi corazón empezaba a prepararse para el reencuentro vespertino. Mi soledad ya no era tal, pues estaba habitada por la certeza de volver a verla.

Entonces me detenía en la plaza del Campidoglio; me sentaba en un banco o sobre los peldaños, y de esa manera se me iba la mañana. Leía, estudiaba a los turistas, o simplemente me quedaba oyendo el rumor de la fuente, oliendo el perfume de los cercanos naranjos, contemplando la plaza y las líneas geométricas del suelo. Cuando llovía, sentía que me faltaba algo. Entonces cogía el Marbella y me iba a recorrer Roma, el Aventino, los acueductos y las murallas, Bernini, Caravaggio, las iglesias barrocas y las catacumbas. Iba sola, y después llevaba a Marina a visitar lo que más me había gustado. Por lo general, solía elegir sitios en los que podía meterme con el coche, que eran pocos. En Roma sí que me pusieron multas, más que en toda mi vida, sobre todo por aparcar en lugares prohibidos del barrio.

En mis itinerarios turísticos obedecía a las exhortaciones del Astrólogo, un vecino judío del segundo piso con quien pronto trabamos amistad. Era él quien me revelaba los secretos de Roma.

El interfono, en Italia, no pone el número de piso, sino el apellido de sus ocupantes; de modo que la primera vez que vimos el nombre de nuestro vecino, en el portal del edificio, pensamos que era un individuo que ejercía la astrología, particularmente famoso: *el* astrólogo por antonomasia; sólo cuando le conocimos comprendimos que L'Astrologo era su extraño apellido. Y no menos extraño que su nombre resultaba ser él mismo. No era torpe ni chiflado, pero tenía la apariencia de un verdadero ermitaño, incluida la larga barba blanca, los ojos miopes sin gafas, la espalda corvada, la ropa desarreglada y mal combinada, el cabello siempre sucio. Pasaba la vida escapando de la gente. Pero sentía una particular estima por nosotras y nos buscaba una o dos veces por semana.

La amistad comenzó una tarde en que nosotras subíamos por las escaleras, conversando a voz en grito. En cuanto el Astrólogo nos oyó hablar castellano, abrió bruscamente la puerta de su apartamento. Supusimos que se había cabreado. En realidad, estaba feliz por haber encontrado interlocutores con quienes hablar español. Nos invitó a pasar a tomar un café. Tras una ligera vacilación, entramos. En la casa se amontonaban libros viejos y platos sucios contra la pintura de las paredes desconchada y los muebles cojos. Faltaban sólo los alambiques, las redomas y retortas de alquimista. Primero, liberó unas sillas atiborradas de papeles; luego, acercando su cara a los objetos porque a causa de su miopía no veía nada, buscó las tazas y no las encontró. Al fin, descubrió que tampoco tenía café. De modo que subimos los tres a casa, y el Astrólogo se quedó hasta pasada la medianoche. A los pocos días, vino a rogarnos que le prestáramos el libro de Borges; quería leerlo en la lengua original. Regresó para devolvérnoslo y pedimos otro libro, ya no recuerdo cuál. Así empezó a frecuentamos.

Hablaba castellano con una entonación estrambótica, deliciosa, y construía las frases de manera anacrónica, colmándolas de arcaísmos. Nos parecía estar oyendo a un hidalgo del Siglo de Oro. Su especialidad, el estudio al que le había consagrado la vida, era la literatura sefardí y en general la cultura judeoespañola de los tiempos de la dominación árabe. Mencionarle la Reconquista era como hablarle a un mexicano del descubrimiento de América o a un español de la «victoria» de Trafalgar. Pero no se limitaba a estos temas, y su conversación solía ser apasionante. Daba la impresión de saberlo todo. Nos contaba los secretos, la historia, los misterios, del barrio y de España, de la cábala judía y de la independencia americana, del Corán y de Ovidio, de los diferentes métodos para construir escaleras y para cultivar olivos o coca.

Una de las pocas veces en que logramos sacarle de la casa, con la promesa de que sólo caminaría hasta el coche, nos guio al cementerio protestante para ver la tumba de Keats, sepultado cerca de una pirámide romana. La inscripción de la lápida es conmovedora. *This grave contains all that was mortal of a young English poet. Here lies one whose name was writ in water*. Muchas veces la repetimos: «Esta tumba contiene todo lo que fue mortal de

un joven poeta inglés. Aquí yace uno cuyo nombre fue escrito en el agua».

El Astrólogo, quizá por inadvertencia, quizá por discreción o por miopía, jamás intentó averiguar qué tipo de relación nos unía a Marina y a mí. Debía de haber notado que teníamos una sola habitación y una sola cama, de manera que ni siquiera le dijimos que éramos hermanas como al resto de las gentes. De ello simplemente no se hablaba. Con frecuencia, él intercambiaba nuestros nombres, pero nosotras no hacíamos nada por sacarle del error, pues nos gustaba ser confundidas. Por nuestra parte, no le conocimos otras relaciones que las nuestras, aunque nunca le preguntamos si era casado, soltero, homosexual, virgen o simplemente inapetente. Sospechábamos que era un onanista cabal, o bromeábamos con la posibilidad de que al rabino se le hubiera ido la mano al circuncidarle. Por lo demás, pocas mujeres, sólo aquellas que no le dieran ninguna importancia al aspecto exterior, le hubiesen encontrado bien parecido; era más bien feo y olía a rancio, a naipes usados.

Durante algunas semanas se empeñó a ultranza en darme clases de italiano a cambio de clases de español. Pero él sabía mejor que yo ambas lenguas, y solía perderse en etimologías, derivados y abstracciones, buscaba imperceptibles matices, comparaba con alguno de los catorce idiomas que aseguraba dominar, recitaba en ladino, el dialecto de los sefardíes, y me enseñaba cosas que yo jamás hubiera podido emplear en una conversación. Me divertía mucho con él, pero aprender italiano, lo que se dice aprender, aprendí muy poco. En lo que a mí respecta, sólo conseguí enseñarle que convenía decir «usted» y no «vuestra merced». Pronto se cansó de esas lecciones unilaterales, y ya no volvió a insistir.

La lengua que sí acabé por aprender fue la de Marina. Como las manos frías en las noches de verano, sus expresiones pintorescas, su acento característico, eran la conciencia externa de que éramos dos personas diferentes, de que nuestro presente era la convergencia de dos pasados alejados, compuestos, a su tiempo, por los sedimentos de las muchas ciudades en que ambas habíamos vivido en nuestra juventud. Yo, a decir verdad, lo ignoraba casi todo sobre Uruguay y Argentina. Como ella me había dicho, las antiguas colonias no eran

mi fuerte. No hubiese sabido indicarlas en el mapa y era incapaz de reconocer las distintas variedades de sudamericanos. Mucho menos aún sabía de qué modo se hablaba el castellano en esas remotas tierras. El amor era el amor y las tetas eran las tetas, de acuerdo, pero en lo demás teníamos mucho que enseñamos.

—¿Y a esto cómo lo llamáis, che? —preguntaba yo señalándole el coño, acariciándoselo, cuando estábamos desnudas en la cama, como una maestra y una alumna de novela libertina.

—La concha —respondía Marina.

Luego ella me interrogaba a mí, y así íbamos componiendo una especie de diccionario de sinónimos privado y personal, follar–joder–coger–garchar, eres guapa–sos linda, polla–picha–pijaporonga, gilipollas–forro, falda–pollera, correrse–acabar, tú quieres–vos querés, Marina–Clara–Sofía.

Yo tenía la esperanza de que para mencionar el clítoris existiera otra forma más bella, clítoris, es una palabra horrorosa para aludir a algo tan delicado, tan frágil, clítoris, parece menos relacionado con el placer que con la enfermedad. Pero no, en el Río de la Plata también se decía así, clítoris. Nos divertíamos sobre todo parodiando las respectivas pronunciaciones en diálogos absurdos.

—*Sho creo que la shuvia fue una beshesa y no entiendo cómo vos tuvijte ajco de algo tan lindo* —imitaba yo—. *Desíme si no tengo rasón, y dejpués ponéte un dijquito bárbaro, che*.

—*Que sí, hombre, que no se extrañe. La he dicho a su madre de ustez que el Aético Madriz ha eshtao perfeto*, —replicaba Marina—. *Ahí es nada, que le he vishto iorar ese penalti que no vea*.

Al cabo, terminamos hablando una lengua intermedia, que no era ni la suya ni la mía, contaminada de expresiones italianas y romanas oídas diariamente, una lengua que sólo nosotras podíamos entender.

Tanto nos acostumbramos a ese idioma íntimo que cuando empecé a trabajar en la galería de Rioja Pou, debía pensármelo mucho antes de escribir cada palabra al redactar una carta en español. Conseguí ese empleo gracias a una de las cartas de recomendación de la dueña de la galería de Madrid, que me presentaba a un catalán dedicado exclusivamente a la difusión de artistas españoles en Roma. Me dio el trabajo por compasión, con

un salario miserable, y mis tareas incluían ayudarle en la correspondencia y preparar el café, confeccionar los catálogos y limpiar el local. Aunque me pagaba muy poco, Rioja Pou, al menos, me firmó un contrato en regla, lo cual me facilitaría las cosas a la hora de pedir la residencia. Para mí era un empleo ideal. No estaba lejos de casa. Iba andando, dos o tres veces a la semana, sólo por la tarde, después de almorzar una fruta o una ensalada. Y casi nunca había mucho que hacer. Al regresar a casa, ya me encontraba allí a Marina, cocinando, pues le encantaba hacerlo. Comíamos en la mesa de la cocina, sin mantel y con servilletas de papel, mientras detrás de los muros se oían las rascaduras de las ratas que excavaban en sus madrigueras. Luego ella me leía algo o escuchábamos música mientras yo lavaba los platos. Se me rompían las copas de sólo pensar que en pocos minutos estaríamos en la cama, follando.

Por eso, rara vez salíamos, y nuestra vida social se limitaba casi por completo a las visitas del Astrólogo. Este, como todas las personas desordenadas, era muy meticuloso y rutinario, así que acabó imponiéndonos la costumbre de venir a cenar todos los miércoles.

Buscábamos al hombre con que iniciar sexualmente a Marina, pero sin prisa, de forma que rechazamos la proposición de dos representantes ante la FAO de algún país africano que no recuerdo, Burkina Faso, o Tanzania, o Senegal Eran dos maricas negros, con el físico de quienes corren los cien metros lisos en las Olimpíadas, primos entre sí, que, pensando que éramos hermanas, nos ofrecieron celebrar una orgía de nota en territorio diplomático. Por medio de la FAO también conocimos a otras personas, en general compañeros de trabajo de Marina, ante quienes me presentaba como su hermana menor. Eso nos concedía la impunidad de poder tocamos libremente, en medio de una cena o una conversación. Los nuestros daban la impresión de ser inocentes contactos fraternales, cuyo verdadero sentido alcanzábamos sólo nosotras, cómplices de un amor clandestino.

Con ninguna de estas personas nos lo pasábamos tan bien como con el Astrólogo y, durante esas veladas, sólo anhelábamos volver a casa, desnudamos, enredar nuestros miembros bajo las sábanas. Yo

me tendía con la cara sobre sus muslos, mi boca adivinaba el dibujo de sus bragas debajo de los pantis, mis manos sujetaban los relieves de sus caderas, Y sus pies cálidos jugaban en mi coño; o ella cogía mis dedos y se masturbaba con ellos. Aunque la cama era grande, dormíamos acurrucadas en un solo lado. Muchas veces, en mitad de la noche, me despertaba con una sensación de felicidad plena, sin haber sido acosada por las pesadillas, y veía sus ojos, también despiertos desde hacía un momento, abiertos en la oscura claridad de la luna y de la plaza. Nos llegaba el arrullo incesante de la fuente, el chirriar de las ratas, el silencio de la ciudad dormida, y entonces, como a Francisca y su amiga, nos bastaba un ligero movimiento a tientas para que nuestras carnes susurrasen como dos telas de seda que se rozan. Nos acomodábamos la una contra la otra, abrazadas, buscando la armonía preestablecida, la renovada maravilla de saber que su boca besaba la mía, mientras sus pies estaban a la altura de mis pies, la medida de nuestra igualdad, el tamaño justo, la extensión de Clara en el espejo, y la contigüidad de todos los puntos intermedios, los hombros, los pezones contra los pezones, el vientre, las rodillas, todo encajaba donde tenía que encajar, se amoldaba sin violencias como el agua en el agua, como el agua de nuestras bocas unidas, y en la fusión de su pubis contra el mío, de mi coño contra su concha, comenzaba el enlace más hondo, el vínculo más ardiente, en medio de la noche del deseo del sueño del amor, mientras nos acariciábamos, nos tocábamos, nos manoseábamos, el dorso de la oreja, los pelillos de la cerviz, las medias lunas de los omoplatos lisos y curvos, y ese abismo largo, suave, hospitalario, de la espalda, la línea media desde el cuello a las nalgas, el eje, el canal amado de la espina dorsal, brincando en cada una de las vértebras, islas sobre un mar transparente, a la vez que nuestras lenguas jugaban como nuestras manos, felices como nosotras, indecentes y puras como nuestros sexos, y entonces ya no se oía otra cosa que el roce frenético de nuestros vellos alborotados, los pubis que cogían, follaban, jodían, se apretaban y se apretaban para dar ese salto que los transportase de un cuerpo al otro, que los fundiera, que los convirtiera en otras dos bocas besándose, murmurándose palabras de amor, y parecía imposible lograr el orgasmo así, pero era verdad, se acercaba, se acercaba, nos

acercábamos, y yo me corría y tú acababas, nos íbamos, gritábamos, los dedos de los pies contra los dedos de los pies, los vientres, los pezones, vos, yo, tú, yo, nos corríamos, acabábamos, acabábamos, y sin embargo todo parecía empezar.

Innumerables veces nos despertamos así en el corazón de la noche, e incluso de la misma noche, arrasadas de deseo, con el cuerpo cansado de tanto amamos, pero sin poder controlarnos. Y entonces entendía la fatiga insalvable de Francisca, que se desangraba de placer con su amante.

Nunca en mi vida había gozado tanto, y Marina, ella me lo dijo, tampoco. Supongo que cada mujer conocerá cuáles son los medios que la conducen mejor hacia el placer. Es algo tan personal como el temperamento o las huellas dactilares. Nosotras teníamos cientos de formas de corremos. Experimentábamos toda clase de orgasmos, dilatados y breves, lentos y rápidos; tempestades constantes y a ráfagas; largos rodeos y bruscos atajos; la serena progresión de quien escala un monte a pie, y el frenético ascenso de quien se ahoga en el agua y se afana por salir a la superficie; con la lengua sobre el equilibrio sutil del clítoris, en los labios tenues de la vagina, dentro de ella, en los bordes y las profundidades íntimas del ano, contra los pezones; con la punta del índice contra la pared interna superior del coño, o todo el dedo, o dos, tres dedos sobre cualquier parte de nuestros cuerpos que ardían, dentro, fuera, cerca, encima, delante, alrededor de ellos. Juro que a veces nos corríamos con sólo miramos. Nos bastaba quererlo para conseguirlo. Y lo hacíamos en el autobús, en la fila para pagar las tasas, en el cine, de pie ante las estatuas del Campidoglio, en la cama, en la cocina, en la ducha, interrumpiendo el sueño o la cena para responder a la llamada de nuestra pasión. Todo nos hacía gozar.

Habíamos descubierto que el amor es, más que nada, un estado alerta, receptivo; la disposición, a la vez atenta e involuntaria, de descubrir el placer en todos los pliegues de la existencia; un tercer ojo; una intuición y una certeza; una nueva sensibilidad, la única capaz de percibir la felicidad auténtica.

Nuestra vida parecía transcurrir de un modo magnífico.

Pero yo, incorregible supersticiosa, cobarde, con el espanto impreso desde siempre en mi alma, contemplaba la segura

serenidad de nuestro amor, la belleza de la ciudad en la que vivíamos, la deslumbradora sabiduría de nuestro amigo el Astrólogo, la armonía que reinaba en nuestro piso, y pensaba que eran demasiados dones de la fortuna, demasiado hermosos, demasiado perfectos, demasiado juntos, como para que en el futuro no tuviéramos que rendir cuentas de ellos.

Sabía que el perfume de los paraísos dura hasta que llega la lluvia, que muchas vidas exigen muchas muertes, que nuestro amor, desde el día de la piscina, desde los remotos tiempos del primer Narciso, tenía el color de las aguas claras, pero también su inestable fragilidad.

En la librería española de la plaza Navona, entre los manuales de catecismo, las vidas de los santos y las novedades frívolas, encontraste un libro que había escapado a la atenta vigilancia de las viejas beatas que allí atendían. Se llamaba Narcisos, y creo que el nombre de la autora era algo así como Lilian o Vivian Darkbone o Darkbloom o Darkstone; nunca podré recordarlo. Lo leímos casi todo, saltando páginas, en uno de los bancos de la plaza, bajo la fuente de los cuatro ríos, junto a los africanos que vendían gafas de sol, los torpes autores de caricaturas torpes y los peruanos que bramaban canciones de los Andes.

El libro pasaba revista a todos los mitos semejantes al de Narciso producidos por diversas culturas. La que más nos gustó fue una leyenda osca según la cual una persona ha de encontrarse consigo misma exactamente dos veces en la vida y que sólo los sabios serán capaces de verse en esas circunstancias. De ser verdadera la leyenda, tal vez no deba buscarte en Montevideo, en Roma, en Buenos Aires, en Nápoles o en Madrid; tal vez tu nombre no sea Marina, Clara o Sofía; tal vez leas estas líneas y acudas a la cita que tenemos pendiente.

De todos modos, pronto iré a buscarte y sabremos la verdad.

En ocasiones imagino, y esto no lo decía el libro, que existe otra persona, desconocida, perfecta, grande como una divinidad, única, de la que tú, yo y quienes sean como nosotras formamos parte, constituimos facetas provisionales, somos meras apariciones,

aproximaciones imperfectas. Sé que esta idea posee todo el atractivo y toda la desolación de las esperanzas vanas, pero me dejo llevar por ella.

Recuerdo que te indignaste cuando la autora de *Narcisos* refería las ideas de ciertos psicoanalistas sobre nuestro «caso» (para ellos éramos un Caso, así, con mayúscula, junto al del incesto de los hermanos gemelos). Dijiste que, al fin y al cabo, los psicólogos razonan en círculos porque explican el narcisismo como una forma de la homosexualidad, y la homosexualidad como una forma de narcisismo.

—Bueno —repliqué yo, bromeando brutalmente—, tú eras homosexual y yo me masturbaba delante de los espejos. Sumándonos, combinando nuestros pasados, obtenemos la vida de una persona sola que lo explica todo.

—Que no explica nada. El amor no es una categoría que los psicólogos puedan entender.

Entonces arrojaste el libro a la papelera y nunca más volví a tenerlo entre mis manos. Luego, a través del laberinto de edificios barrocos construidos sobre el trazado medieval de las calles, volvimos a casa andando, de la mano, ante la suspicacia de unos y la indiferencia de otros.

A poco de entrar, nos amamos de pie, a la luz del día, sumergidas en la claridad como en la piscina de nuestro primer encuentro, oyendo los ecos de la fuente de las tortugas, comprobándonos, cotejando los contornos de nuestros cuerpos como Narciso en su espejo de agua, navegando en la corriente que iba de tu sexo al mío, que atravesaba el estrecho estrecho de tus senos en el cual mi boca desembocaba en tu vientre tras el dulce cauce de tu cuello, mientras tú te mantenías en las márgenes alejadas de mi espalda, bordeando sus orillas para mirarte en mí, asomándote a la costa desde el promontorio de tus labios húmedos, y hallabas en el remanso de mis hombros los brazos de mis brazos, que eran los tuyos también, una cascada silenciosa, un arroyo que surcabas de abajo arriba, de arriba abajo, que fluía y desbordaba entre tus piernas, un lago que se volvía torrente entre tus dedos, un chorro claro con que lavar el pasado, crecía, anegaba mis sentidos, y yo timoneaba las velas más profundas de tu coño, del mío,

desplegadas al viento, quería vadearte como si me bautizara en ti, arrastrarte a los rápidos más rápidos de mi deseo, hacerle rodar por los desfiladeros de mi ingle, pero tú erigías un suave embalse para detener el curso vertiginoso de mi orgasmo y gozarlo juntas, destilarlo gota a gota, contemplamos en él, para al fin llevarme hasta el remolino último, la confluencia final, compartida, y entonces poníamos rumbo hacia el océano abierto, infinito, hacia la inmensidad Marina.

Anoche se marchó Baxí. Otra vez estoy sola, y así es mejor.

Creo que no volverá, que se ha ido para siempre, tras las pocas semanas que vivimos juntos. El nuestro no fue un verdadero amor, fue apenas un consuelo, como animales que se lamen mutuamente las heridas. En medio de nuestros corazones separados transitaban demasiados fantasmas dolorosos, sobre todo el tuyo, Marina. ¿Cómo hubiera podido yo amar a Baxí después de haber conocido la felicidad a tu lado? No, ya no tengo nada para dar, ni siquiera desesperanza.

Ni tan siquiera sé por qué acepté su compañía.

Quizá para tratar de entender lo que había hecho Santiago, desde que regresé a Roma tras mi viaje absurdo al Río de la Plata en la KLM, iba a mirarles; a todos, sin distinción, pues no sabía aún que Baxí estaría entre ellos.

Doblaba por la arbolada calle que bordea las murallas de la ciudad vieja, desde las termas de Caracalla a la puerta de San Pablo. Siempre me había gustado conducir por allí, pese a que era un trayecto más largo, con muchos recodos y curvas, pero sólo ahora descubría su clandestina y escandalosa vida nocturna, esas figuras exageradamente obscenas que se contorsionaban para ofrecerse al mejor postor, asomándose apenas entre dos coches, como murciélagos que no se atreven a dejar el refugio de la noche, o exhibiéndose sin pudor alguno en medio de la calle.

Había de todo: putas, travestis, sarasas; estaban divididos por sectores, para que la clientela supiese distinguir el producto. Pero yo solamente me demoraba en la zona de los travestis, desmesuradas criaturas mixtas de perversión y sufrimiento.

Había pasado ya un año y medio sin Marina; era verano, y la mayoría de ellos no llevaba puesto más que las bragas, las medias con liguero y los zapatos con plataforma; el resto de sus anatomías descubiertas, culos fornidos, piernas sólidas, tetas pujantes, lo blandían ante los viandantes con un desparpajo que ni las putas más putas de la calle osaban exhibir.

Yo no les interesaba. No era más que una tía, una vulgar y fastidiosa mujer, lo que ellos hubiesen querido ser y no eran. No bien pasaba el deslumbramiento de los faros y advertían mi presencia, escapaban o se burlaban de mí arrojándome besos socarrones.

Entonces yo aparcaba en la acera de enfrente, con las luces apagadas, y les observaba horas y horas. No era capaz de hacer otra cosa desde que Marina ya no estaba conmigo, desde que me había visto obligada a poner en práctica el pacto sellado por ambas en Nápoles.

Cierta vez llegó la policía a espetaperros, con cuatro o cinco coches patrulla y el estrépito luminoso de las sirenas, como una invasión destinada a erradicar para siempre de la faz de la Tierra aquella lacra, y la calle quedó desierta por algunos días, pero luego volvió un travesti, dos, cinco, diez, y al fin la calle estuvo llena de nuevo, volvieron los clientes, hombres de todas las clases y tipos, que aparcaban con sus coches grandes o pequeños, discutían la tarifa, elegían al candidato conforme a las crueles leyes de la oferta y la demanda, como dicen en la tele, le hacían subir, partían con su presa, y luego, en ocasiones cuando no habían transcurrido ni diez minutos, la devolvían a su ámbito de sombras y árboles.

Y los travestis continuaban allí, noche tras noche, con su aire ambiguo, fascinantemente perverso, bajo cuya influencia había caído Santiago, y que ahora volvían a despertar en mí una curiosidad imposible de identificar, tal vez debida a que yo misma, como ellos, pertenecía a esa oscura franja de gentes que no pueden ser incluidas simplemente en las categorías de hombre y mujer, con un desgarro en el alma que se abría desde la hendedura del sexo, una raza a la vez orgullosa y atormentada por su condición. Pensaba, a la vez, que con Marina había atravesado un confín del que ya no se podía regresar, incapaz de entregarme a una mujer sin

incurrir en inevitables comparaciones: cualquier otra, como la azafata de la KLM, confrontada con Marina, era insignificante. En cambio los travestis no estaban ni a un lado ni al otro de ese confín; eran, por así decirlo, la línea demarcatoria, el filo del cuchillo, el incierto momento del día en que ya no es de noche y aún no ha amanecido. Pero no me gustaban y sólo podía mantenerme al margen, mirarles desde la acera de enfrente. La mayoría de ellos se me antojaban ridículos, engendros desproporcionados, siameses, arpías, porque aún no había encontrado mi monstruo bello, mi sirena, mi unicornio. Y al fin di con él.

No le veía muy a menudo, pues era el más buscado por los clientes y nada más dejarle un coche ya le estaba recogiendo otro. En un principio, desde mi distante puesto de observación, no me llamó la atención particularmente. Sin embargo, cuando fui conociéndoles a todos, cuando comprendí cuáles de sus actitudes y sus aposturas correspondían a la casualidad de un día y cuáles formaban parte de sus temperamentos, empecé a distinguirle entre todos los demás, a esperar sus regresos, a lamentar sus ausencias y, acaso, a desearle.

Era tan bien parecida que yo me resistía a creer que fuese un hombre. Tenía un cuerpo alto y delgado, y andaba pisando con ambos pies una misma línea imaginaria, como una modelo en un desfile. De todos ellos, era el único que exhibía cierta elegancia en su exiguo vestir; vamos, quiero decir que al menos solía llevar bragas blancas y zapatos que no eran atigrados ni de charol, y no parecía ir disfrazado de carnaval. Tampoco se había teñido la melena de rojo o de rubio; su morena cabellera, larga y lacia, le caía sedosamente por la espalda hasta la cintura. Al cuello, como una actriz de los años treinta, lucía a veces un pañuelo de seda azul. Bajo el brazo apretaba un bolso minúsculo, en el que cabían apenas los cosméticos, el tabaco y el dinero que había ganado. Llamaba la atención por sus tetas delicadas; no se las había hecho enormes, redondas y de punta, como cualquier travesti, sino sobrias, leves, algo imperfectas. Era generoso: si muchos clientes le habían solicitado, se apartaba de la calle, fumaba apoyado contra los ladrillos de las murallas, para permitir que sus colegas pudiesen trabajar también. Luego se retocaba los labios y volvía a exhibirse.

Le encantaba, sosteniéndose de un árbol o un coche, echarse hacia atrás con un movimiento brusco para hacer flamear su cabellera, como en los anuncios de champú.

Tenía la mirada triste y la nariz fina.

Examinándole bien, sin embargo, se notaba un fondo de misterio que no podía corresponder a una simple mujer, aun una puta. Y no era algo físico lo que producía esa impresión, porque no sufría, como el resto de ellos, de unas pantorrillas musculosas y unas manos rudas, que delataran su pasado de hombre, sino de un vago, ligero deje masculino en cada uno de sus comportamientos. A la postre, descubrí que me recordaba a las chicas de la fiesta en casa de Emilia. Eso era lo que caracterizaba a este travesti y producía en mí una confusa tentación: daba la sensación de ser una mujer, pero una mujer homosexual, una lesbiana. Es como yo, me decía (como tú, Marina, vida mía), no como los otros, no es imposible que se fije en mí. Es una mujer, me repetía casi desvariando, tendrá polla, pero es una mujer, una mujer con polla, que ama a las mujeres, ya no es hombre, como Santiago, y tampoco es tan mujer, no me hará echar de menos a Marina.

Una noche de octubre, cuando comenzaban a sentirse los primeros fríos y los travestis se cubrían con capas o abrigos de ocasión, totalmente fuera de lugar y de tono, que abrían al paso de los coches que por allí transitaban, uno de ellos cruzó la calle y se dirigió hacia mí, decididamente.

Este sí que era hortera. No sabía caminar muy bien sobre sus altísimos tacones y le flaqueaban las piernas atléticas. Llevaba un corsé de cuero negro lleno de tiras y correas. Imitaba los movimientos de una corista, y lo hacía muy mal. Tambaleando, se plantó ante la ventanilla de mi coche. Tenía cara de indio y boca gruesa. Se había pintado los labios aparatosamente, por lo menos hasta un centímetro fuera de los bordes, lo que, sumado al tamaño de su boca, daba la impresión de que los labios le ocupaban una buena mitad de la cara. Llevaba el pelo de un color rojo fuego, casi anaranjado. Y lucía una barriga muy poco sensual.

—¿Qué quieres? —me gritó a quemarropa.

—Nada —respondí.

—Taa… Estás siempre espiándonos. ¿No serás de la policía tú?

La semana anterior, había habido una redada y era natural que los travestis se mostrasen recelosos. Este hablaba muy mal italiano y a ojos vista era sudamericano. Yo ya había aprendido a distinguirles.

—No, no soy policía —dije—. Soy tan extranjera como tú. ¿Hablas español?

No pareció haberme oído. Y aun cuando le aseguré que era uruguaya, siguió haciéndome reproches en italiano, porfiadamente; quizá porque era un ilegal, y temía que le deportaran, no quería confesar que era extranjero.

De pronto, sin previo aviso, salido quién sabe de dónde, apareció el otro travesti, el único que me preocupaba, el verdadero centro de mis observaciones y de mis largas noches en vela. Ese día llevaba ropa nueva, o al menos no se la había visto antes, todas de color tostado y un sí es no es extravagantes; una cortísima minifalda, que no le cubría ni la mitad de las nalgas, un sujetador de encaje y un chal de gasa que sostenía con los antebrazos. Debía de estar muriéndose de frío.

—Déjala en paz, Rony —le dijo mi travesti a su colega—. Es amiga mía.

Al verle de cerca, el corazón me palpitó de un modo perturbador, como si me estuviesen descubriendo en medio de una acción ilícita. Esos latidos fueron reveladores; mi cuerpo me indicaba que las cosas no eran tal como mi razón hasta entonces se había obstinado en que fueran.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —replicó el tal Rony; acto seguido, se dirigió a mí, en español, tratando de mostrarse simpático—: ¡Hola, preciosa! —Me dijo que era peruano y encendió un pitillo muy extra; extra largo, extra fino y extra, extra suave. Debía de creerse que quedaba distinguido—. No todos los que vienen por aquí son tan agradables como tú —añadió.

Luego continuó infligiéndome zalamerías. Si hay algo que me ponga de mal humor, son los elogios de las personas que no me importan.

Un coche se detuvo junto a nosotros y llamó con el claxon.

—¿*Chercas a mí, bello*? —Rony, coqueto, mezclando malamente idiomas, sonriendo hacia el conductor del coche, se señaló el pecho

interrogativamente por si colaba.

El individuo del coche negó con el dedo, espantado, e indicó que llamaba al otro de los travestis. Al *mío*. Pero yo no iba a dejarle ir así como así la primera vez que le tenía cerca.

—¡Espera! —le dije—. Yo también puedo pagarte.

No tenía mucha pasta, pero estaba dispuesta a gastarla con él. No quería seguir mirándole, sólo mirándole, desde detrás de los cristales del coche. Ahora quería conocer el olor de su piel, la textura de sus cabellos, su polla, sus tetas.

—¿Qué pretendes de mí? —preguntó—. ¿Qué podríamos hacer tú y yo? —Subrayó el «tú», como si me correspondiera toda la culpa de una posible incompatibilidad.

El individuo del coche volvió a hacer sonar el claxon.

—No lo sé —respondí—. Aún no lo sé.

—Me gusta tu sinceridad —rio, tal vez para poder sacudir su pelo, como le había visto hacer decenas de veces—. Veremos de qué eres capaz.

Le hizo un gesto al individuo del coche para que se marchara. Rony vio su oportunidad e intentó cazar al cliente que su colega había despreciado. Pero el individuo partió a escape, haciendo chirriar las gomas contra el asfalto.

—Taaa… Qué culeao de mierda, compadre —exclamó Rony—, concha tu madre.

—¿Cuánto tiempo piensas entretenerme? —me preguntó mi travesti.

—Toda la noche —repliqué—. Si puedes.

—Si puedes tú —dijo él—. Te costará caro.

—El dinero no es un problema.

—¡Eh! No me dejen afuera. El peruano había vuelto junto a nosotros y suponía, tal vez, que yo era una millonaria extravagante con raudales de pasta para gastar, que me proponía conversar o confesarme o llorar en el hombro de alguien. Es decir: olfateaba dinero fácil. El otro esperaba para ver si yo acababa por aceptar a Rony, sin comprender muy bien nuestra discusión en castellano.

—No te pierdas esta mercadería, guapa —dijo el peruano amasándose los muslos gordos—. Es la más solicitada de Roma.

—No me dio esa impresión —dije—. Y al tipo de ese coche

tampoco.

—Es que el negocio está muy duro. Taaa…, compadre. Durísimo —replicó, remediando la falta de vocabulario con ruidos y onomatopeyas—. Y ahora, zas, han venido hartos rusos, polacos, albaneses, yugoslavos. Hay demasiada competencia, compadre. —Me tocó la cara; una mano fría, inhóspita, cuyo contacto me llenó de desasosiego. A quién le decía compadre, eso no pude saberlo. Quizás a sí mismo—. No te miento, bombón —prosiguió, echando amaneradamente el humo de su pitillito—. Antes de que se llenara de rusos yo era la más solicitada de la calle.

—Será que tienen mucho valor aquí —murmuré, inclinándome hacia delante para deshacerme de sus manoseos.

—Taaa, qué cejudota eres. —Abrió la inmensa superficie de su boca y arrojó una carcajada falsa.` Ignoro si me estaba insultando o adulando otra vez; tanto daba.

Yo deseaba que el otro travesti no se limitara a observar e interviniera, para desembarazamos de Rony. El peruano insistió; propuso una tarifa; la rebajó; me exhortó; echó tres «últimas» ofertas; me rogó, dijo que su esposa (sí, *su esposa*) estaba enferma y necesitaba imperiosamente ayudarla.

—¡Basta! —le dije—. Déjanos en paz. *Via.*

—Pero…

—Largo de aquí, Rony —intervino al fin el otro en italiano—. No es tu noche.

Vimos cómo Rony se iba, despechado, mascullando insultos y onomatopeyas incomprensibles.

—Sube —le dije al otro travesti.

Él le dio la vuelta al coche y yo le abrí. En lugar de sentarse a mi lado, corrió el asiento delantero y pasó al de atrás, tal vez para que se notaran las diferencias que mediaban entre el resto de sus clientes y yo. Cuando subió sentí el perfume. Armani. El mismo que usábamos con Marina. Las medias de nailon que le cubrían las piernas, al entrechocarse, produjeron un frufrú que me recordó a ella, que me excitó. Puse el coche en marcha y me alejé de allí. No sabía adónde ir. El travesti permanecía callado. Pasamos la pirámide, y en Via Marmorata, ante los muros del cementerio protestante, pensé en el nombre de Keats. (Y otra vez en ti, Marina).

Sin darme cuenta, estaba conduciendo rumbo a casa.

—¿Adónde vas… en estos casos? —pregunté.

—A algún sitio oscuro donde aparcar el coche. Pero ahora vamos a tu casa —dijo él, adivinando mis cavilaciones. Encendió un pitillo, y en el humo se desvaneció el perfume.

—¿Cómo te llamas? —Yo quería oír su voz, en la que antes no había podido reparar.

—Llámame Baxí. —Lo pronunció a la portuguesa: Bashí.

—¡Qué nombre tan extraño!

—No es un nombre.

Tenía una voz grave pero femenina, sin falsetes. En el espejo retrovisor encontré su mirada clavada en mí. Sentí agitación. Sus ojos, al sucederse de las farolas, eran de color miel, negro, miel, negro. Él no me había preguntado mi nombre.

—Y yo me llamo Marina —dije, implorando su atención.

(Sí, Marina, dije que yo era uruguaya, que yo era Marina).

—Bonito nombre —comentó, y yo agradecí su mínima gentileza, tanto como antes había despreciado las desmesuradas lisonjas de Rony.

Al llegar al río, vi que la luna se reflejaba sobre sus aguas.

—¿Eres hombre? —le espeté de pronto.

—¿En qué sentido me lo dices?

—Quiero decir… ¿Te has operado?

—Ah, te refieres a eso —sonrió—. No. No lo he hecho. Estoy entero.

Le busqué en el espejo retrovisor, otra vez. Allí estaba su mirada triste y firme, transmitiéndome un mensaje que yo no era capaz de descifrar. Me resultaba irresistible contemplarle cada vez que podía.

—¿Por qué me salvaste de Rony? —le pregunté.

—¿Y tú por qué vienes a observamos? —respondió interrogando.

—Pensé que no habías reparado en mí hasta esta noche.

—¡Claro que reparé en ti! —exclamó—. Pasas horas en el coche, examinándonos como a bichos raros.

—Vengo sólo para verte a ti —confesé—. Me gustas.

—No te entiendo.

Tomé aire y dije:

—Soy homosexual.

(Era la primera vez que se lo decía a alguien que no fueras tú, Marina, la primera vez que lo decía en voz alta).

—Para mí sería un elogio que una lesbiana me encontrara atractiva —replicó en tono burlón—. Me haría sentir una verdadera mujer. Pero tú no eres lesbiana.

—¿Por qué lo dices?

—Si lo fueras, no me buscarías a mí. —Abrió la ventanilla para arrojar el pitillo y volvió a cerrarla.

—¿Vienen otras mujeres a por ti? —Yo no había visto a ninguna desde que pasaba las noches estudiando a los travestis.

—Muy pocas —dijo—. Pero sí, vienen.

—¡Qué perversas! —no pude evitar exclamar. Supongo que todas se sentirían como yo, ajenas a ello, creyéndose que obraban por diversión o curiosidad, sin sentirse verdaderamente tocadas por la experiencia, como quien desciende a los bajos mundos para realizar una investigación sociológica o turística. Pero recurrían a los travestis. Como yo—. ¿Tienes frío? —le pregunté al cabo.

—No.

Me puso ambas manos sobre la nuca, sin acariciarme. Dejé el Tíber y me interné en las calles del gueto. Conseguí aparcar no muy lejos de casa. Yo seguía en el piso de alquiler que pagábamos con Marina.

No era tarde, pero estábamos a jueves, y las calles se veían desiertas, cubiertas de niebla. En el silencio de la noche, resonaban los tacones de Baxí contra la inmensa mole del palacio Mattei. Le di mi abrigo para que se cubriese. Se lo echó sobre los hombros. Me demoré para observarle desde atrás envuelto en la niebla como en un sueño: andaba con los brazos cruzados para protegerse del frío y la cabeza gacha, como si le estuviesen obligando a hacer algo que en el fondo no quisiera. Cuando pasamos ante la fuente, exclamó con cierta afectación:

—¡Me encantan esas tortugas!

Metí la llave. Antes de abrir, le ordené:

—No hagas ruido ahora.

—Quieres decir que no hable. Sientes vergüenza de mí.

Era verdad, y me avergonzaba avergonzarme; mi orden había sido involuntaria, casi un reflejo. Por un momento me imaginé qué

pensaría Santiago si me viese entrando en el piso de Madrid con un travesti, mira lo que te he traído, mi amor, un juguete de los que tanto te gustan a ti. Pero no quena pensar en él; quería olvidarle para siempre.

Subimos la escalera lentamente. Me mantuve detrás de Baxí, observando el dibujo de sus pantorrillas, que, vistas de cerca, tampoco le delataban. Sólo entonces noté que llevaba zapatos marrones de tacón alto. Se paró en un descansillo y me clavó los ojos. Le observé, incómoda. Luego rehuí su mirada y seguí adelante. Me siguió, a un par de peldaños de distancia. De pronto sentí su mano sobre mi trasero. Como cuando me había tocado la nuca en el coche, no era un gesto sensual, sino algo así como una palmada amistosa o un punto de apoyo para prevenir una caída. Le acaricié la mano y él me apretó los dedos afectuosamente.

—Tienes un trasero muy bonito —murmuró—. Serías la envidia de muchas de mis amigas.

—Pero no de ti —dije, evitando murmurar, para demostrarle que yo luchaba contra mi propia vergüenza.

—No me puedo quejar.

Pasamos ante la puerta del Astrólogo. Hacía mucho que no le veía; estaba en Israel estudiando no sé qué cosa de la Biblia. Entramos en casa. Encendí la luz.

Nada más verle en el salón donde había pasado tantas horas con Marina, bajo el resplandor descamado de la lámpara, chocante, desconocido, vestido de puta, dispuesto a cualquier cosa con tal de que le pagara, me arrepentí de haberle acosado tanto. (Comprendí que jamás podría amarle, que jamás podría amar a nadie que no fueras tú, Marina, pues contigo se había perdido mi capacidad de amar). Estuve a un pelo de decirle que se fuera. Darle un puñado de billetes y pedirle disculpas, me he equivocado, vuelve a tu calle, no te molestaré más. (Marina, pensé también, ¿qué estoy haciendo?, Marina…). Apagué la luz, y quedamos sumidos en la pálida claridad de la luna que se alzaba en el cielo para entrar por la ventana a través de la niebla.

Así, en la penumbra, las cosas volvían a su sitio, reflejaban la negra confusión de mi ánimo, me regresaban a esa suerte de soledad compartida, en la cual el deseo insaciable era la cara física

de mi desamparo y mi nostalgia.

—¿Eres italiana? —le pregunté.

Caí en la cuenta de que empezaba a tratarle como si fuese un mujer, como si fuese lo que yo necesitaba. Le quité el abrigo.

—No —me dijo mientras se tumbaba en el sofá—. Soy brasileña.

Me mentía, claro que me mentía. Yo me lo creí a pie juntillas, pero días después me reveló que simulaba venir de Brasil porque a los italianos les volvía locos el «toque» tropical, aunque era más romano que el Coliseo y que Julio César. Aquella sería la primera de su larga serie de mentiras.

Permanecí de pie, sin saber qué hacer. Mis ojos se acostumbraban poco a poco a las sombras.

—¿Qué quieres de mí? —me espetó a bocajarro.

Adiviné su mirada triste detrás de la pregunta. Estuve a punto de confesarle que le deseaba porque era una mujer, pero que aún tenía la esperanza de que se le empalmara follando conmigo. En lugar de eso, le dije:

—¿Quieres una copa?

Antes de que me respondiera, fui a por dos vasos y una botella de whisky. Los apoyé sobre la mesilla, ante sus narices. Estaba sentado con las piernas cruzadas y había dejado el chal y el bolsito a un costado. Serví con pulso tembloroso.

—¿Lo bebes con hielo?

Cogió el vaso sin prestarme atención. El cristal vibró por un instante al chocar con sus largas uñas pintadas de rojo.

—Siéntate junto a mí —murmuró.

Obedecí.

—No temas —prosiguió, mientras bebía un breve trago y dejaba otra vez el vaso, manchado por la media luna roja de su boca—. No debes tener miedo de las cosas que te excitan. Nunca.

Supuse que habría dicho esa frase cientos de veces, pero me gustó oírla. Se volvió hacia mí y apoyó su boca pequeña contra la mía. (No era un beso como podría haber sido el del tipo del avión; no, este tal vez te hubiese gustado Marina). Recorrí la boca de Baxí con mi lengua para sentir el sabor de su lápiz de labios (tu sabor), algo que el beso de un hombre jamás podría darme, salvo el de un hombre como él.

—Cuéntame qué cosas te excitan —dijo—. Quiero hacerte gozar.

—¡Oh!, ¿sabes?, no podría decirlo. Nunca he estado con una mujer como tú.

—Venga, Marina, dímelo todo. —Comenzó a desabrocharme, uno a uno, los botones de mi blusa.

—Me excita que me toques…, que me llames Marina…

—Eres guapa, Marina. —Sonrió, abriéndome ahora el sujetador —. No creas que no sé reconocer a una mujer guapa. —Seguía mintiendo.

—Me excitas tú.

—Sí, Marina, sí.

Se inclinó hacia mí, besándome el cuello, la oreja, la comisura de los labios, prometiéndome un beso pleno que no llegaba porque volvía a marcharse cada vez que rozaba mi boca. Me desabrochó los cierres de la falda, y tintinearon los brazaletes que llevaba en su muñeca. Luego me quitó toda la ropa, también los pantis y los zapatos. Quedé desnuda ante él, como un animal indefenso. (Me avergoncé de la pobreza de mi cuerpo, vida mía, comparándolo mentalmente con el de Baxí, que lo tenía todo).

—Marina —dijo.

Le acaricié los largos cabellos morenos. Me había habituado al pelo corto de Marina, a mi propio pelo corto, y me produjo un vivo placer hundir mis dedos en aquella melena suave, interminable; la acaricié una y otra vez, desde la frente hasta la cintura, perdiéndome en ella como en la corriente de un río, como en la corriente del tiempo. Cerré los ojos para dejarme inundar por su perfume sin ser estorbada por la vista.

—Marina —dijo uno de los dos.

—Marina —repitió el otro.

—Me excita que te toques tú —dije yo.

Me besó los párpados cerrados, y le oí alejarse. Abrí los ojos.

Se recostó contra el brazo del sillón, frente a mí. Desabrochó su propio sujetador y me enseñó sus tetas, maravillosas, con unos pezones duros y protuberantes, rodeados por un círculo completamente simétrico. Estiró las piernas y me sujetó la cintura con ellas. Pasé las yemas de mis dedos sobre la superficie tensa, brillante, vaporosa de sus medias de nailon, que contrastaba con la

dureza del cuero de sus zapatos, la punta, el tacón. Baxí se restregó las piernas con la mano izquierda, arriba y abajo, como si persiguiera la mía, mientras la mano derecha presionaba, giraba, moldeaba la forma de sus pechos, estaba orgulloso de ellos, los admiraba tanto como yo, y los brazaletes entrechocaban, sonaban sin ritmo cierto, doblaban como campanas insensatas.

Vi la suela de su zapato cubierta por la suciedad de la calle, pero no me importó; la apoyé contra mi coño, y él, ella, Baxí, apretó, sabía que me gustaba sostener su pie calzado contra mi coño, restregarlo, sentir que mi sexo se estaba mojando, y en su humedad se mezclaba el polvo de la calle, los orines de perro, las hojas secas, los cigarros apagados, y su otra pierna, su media vaporosa, me acariciaba la cintura, me pisaba el flanco, y todo se veía así, por fragmentos, las uñas de las manos, largas, rojas, sobre los pezones, el brillo de sus medias, la minifalda, debajo de la cual se celaba algo oscuro, estremecedor, la turbadora sospecha de que una mujer tan guapa como Baxí (mira sus piernas, amor, sus pechos) poseía algo más que una simple mujer (ni tú ni yo éramos como ella), la suela se apretó aún más fuerte contra mi coño, ella tenía una polla allí abajo, y entonces no resistí más, le cogí el pie, lo separé de mi sexo, aferré el empeine, pero no para acabar el contacto, sino para intensificarlo, para meterme su tacón en mi coño, mientras él me decía te gusta, Marina, así te quiero, excitada, y el tacón podía ser esa polla que me estaba negada, la minifalda, su mano que alzaba un seno para llevárselo a los labios, y besarlo, mi mano que le imitaba, que me convertía en su reflejo, el tacón, el tacón en mi coño, la suela ahora sobre el clítoris, los cabellos negros derramados sobre sus hombros, y cerré los ojos (tu perfume, Marina, el contorno de tus zapatos en mis dedos y tus zapatos en mi concha), tu olor, Baxí. ¿Qué tienes ahí, bajo la minifalda?, prométeme que me lo darás después. Sí, Marina, te lo prometo, te daré mi polla de mujer, pero ahora clávate mi tacón, ve hasta el fondo, córrete, córrete, así, Marina, así, y deseé que Marina estuviera allí, para que viese cómo la recordaba, la recordaba siempre, incluso cuando me corría sobre el pie de un travesti, me corría con largas sacudidas, con espasmos, mojándome, derramándome a chorros como me enseñó ella pero sobre él, rogándole que sintiese siquiera una parte de mi placer,

Baxí, tus ojos tristes, tus zapatos sucios.

—Ven aquí —dijo.

Me cogió de la nuca y me atrajo hacia él. Le besé los pechos, el vientre, los músculos ligeramente marcados de su abdomen, le liberé de la minifalda. Fue fácil. Apenas tuve que tirar para que la goma cediese. Y vi un liguero y unas bragas muy grandes, destinadas a contener lo que había que esconder en un hombre como él, y que sin embargo allí estaba, palpitando, una polla, una polla que salió a la superficie en cuanto le quité las bragas, la polla de ella, no la tenía completamente tiesa, le colgaba hasta el reborde de las medias, pero tampoco estaba fláccida, caída, había esperanzas, yo tenía que excitarle, besársela.

Déjame, le dije, déjame intentarlo, y se la chupé, la punta, los lados, pasé mi lengua sobre ella, aferré sus testículos en la palma de mi mano para darles calor, ¿cómo quieres que te llame, Baxí? Llámame Baxí, Marina. ¿Ves?, Baxí, te estás empalmando, poco a poco, ya la tienes más dura, ahora le hablaba yo mitad en español y mitad en italiano, te gusta, Baxí, eres mujer, eres lesbiana, ¿o no ves cómo se empalma tu polla? Soy como tú, Marina, no somos nada, ni una cosa ni la otra, chúpamela más, muérdemela, tú no te llamas Marina, lo sé, y yo tampoco me llamo Baxí, pero me gusta acariciar tu nuca erizada, tus cabellos cortos. Y a mí me gustan los tuyos, Baxí, largos, morenos. No hables, Marina, chúpamela. Quiero que te corras. No me correré en tu boca, ven. Cogió el bolso, el minúsculo bolso color tostado, y sacó un condón. Nunca pensé que lo usaría yo, sonrió, los tengo para ponérselos a los clientes, y se lo puso y me aferró de las caderas, me subió a su polla empalmada, y le sentí dentro de mí (tú nunca hubieras podido, amor), llenándome, mirándome desde el sofá, con la sombra de sus párpados maquillados, las cejas depiladas, y de mi vista había desaparecido la polla, pero la tenía yo, dentro, era el cuerpo de una mujer debajo de mí, una mujer que me estaba penetrando, ¿te gusta, Baxí? Me gustas, Marina, me gustan tus pechos. Tienes los ojos tristes. Tú también, Marina, pero estás caliente, y nos tomamos de la mano, subí y bajé sobre él, golpeándome con su pubis contra mi entrepierna, me gusta tu perfume, Baxí. Es también el tuyo, Marina, lo he olido. Déjame que te abrace, aún no lo he hecho, y su abrazo

era tan diferente al de Marina, lo sentí al instante, su piel, su carne más dura, tan dura como su polla en mí. ¿Sientes la fuente, Baxí? Siento el ruido del agua, Marina. ¿Ves la luz de la luna, Baxí? Veo tu rostro, Marina. Fuera hay niebla, Baxí. Lo sé, Marina, pero muévete más, no dejes que me quede en el camino. No, Baxí, así, piensa que soy un hombre, si te apetece. No, eres guapa como mujer. Tú eres más mujer, Baxí, me encantas, me excitas, tienes unas tetas perfectas. Espera, Marina, vuélvete, y me apartó, me guio, me bajó de su cuerpo y la polla reapareció a la vista, era verdad (ya lo sabíamos, amor, pero nos gustaba, tenía una polla), me hincó a cuatro patas, me besó el ano, muy suavemente, mientras mantenía su sexo en la mano, acariciándoselo, recorrió con su lengua los bordes del abismo en el que Santiago me había humillado por dos veces, pero él no lo hacía, no me humillaba, me mojaba, me preparaba para su polla, introducía la lengua un poco, luego volvía a mojarme, a recorrerme los bordes, me fui abriendo. Te gusta, Marina. Contigo sí, Baxí, entra, quiero que te corras, pero siguió besándome, humedeciéndome (como lo hacías tú, que lograbas inundarme de placer, introducirme un calor agradable hasta las entrañas), y entonces Baxí me cogió del coño, apresándolo con todos sus dedos a la vez, agitando sus brazaletes, y me atrajo hacia sí, y me penetró, me la metió, despacio, esperando a que mi ano fuera abriéndose conforme entraba en mí, sin dañarme, no me duele, Baxí, sigue, no te detengas, y su polla se iba agrandando en mi recto, yo podía sentirlo, le gustaba, te gusta, Baxí Me gustas, Marina, mientras me la metía toda, toda, hasta donde nadie nunca había llegado, ni Santiago (ni tú, amor mío), me voy a correr, Baxí, me encanta, sacudí mi cintura, mis nalgas daban contra sus muslos y podía sentir las tiras del liguero, el reborde de encaje de sus medias contra mi piel, el límite entre la carne ardiente y la tela vaporosa, apriétame más en el coño, Baxí, mientras yo busco tus piernas, me arrodillo sentada sobre tu polla, alcanzo la forma de tus zapatos, de tus tetas, de tu larga cabellera negra. Y tú déjame que te bese el cuello, tus cabellos cortos, me voy a correr, Marina, tu coño. Avísame, Baxí, somos lo mismo, nada, corrámonos juntos. Sí, Marina, ahora, ahora debes correrte, ahora. Ahora, Baxí.

No es necesario que te cuente estas cosas, Marina, tú las sabes aunque no estuviste allí. No es necesario que te cuente cómo Baxí se quedó en casa hasta ayer por la noche. Yo no le amaba, era muy distinto a ti, pero llenó por unos días mi soledad con el recuerdo de tu placer, me proporcionó la manera de ir a tu encuentro.

Le quise, es verdad, en cierto modo le quise. Le llevaba a trabajar, pero me marchaba en seguida, ya no me quedaba a ver cuántos clientes le solicitaban. Tenía celos, Marina, como no tuve de ti, que fuiste mi único amor. Luego pasaba a recogerle casi al amanecer, y él dormía todo el día, estaba cansado, sucio, había chupado decenas de pollas, muchos le habían dado por el culo, pero antes de salir, cuando yo ya le había preparado la cena y él se había maquillado con tus cosméticos y vestido con tu ropa, estaba flamante, inmaculado aún, me dejaba que me masturbase mirándole o me sodomizaba lentamente o me follaba con tus zapatos de tacón. Luego cogía mi dinero, como si el piso, nuestro piso, Marina, fuera una pensión para travestis, una pensión al revés, donde comía, dormía y por añadidura le pagaban. Y yo tenía que conducir hasta la calle que bordea las murallas, dejarle entre los hombres que jamás sabrían ver la intensidad de su mirada triste, que no se excitarían con la suela de sus zapatos sucios, que irían con él como lo hacía Santiago, que preferían el hombre Baxí o la mujer Baxí, pero no el Baxí entero, único. Nunca volvió a ser como la primera noche con él, nos veíamos de día, y mi deseo moría con la luz, aunque cerrase los postigos, aunque corriese las cortinas, el sol estaba allí, bastaba la presencia invisible del sol hombre, que me hacía comprender que Baxí no era una mujer como tú y como yo, para verle como un monstruo, una arpía, y no la sirena que sólo la luna me permitía ver, la luna mujer a cuya luz tú y yo nos amamos tantas veces, la luna del cielo y la del espejo.

Baxí me daba pena, tú lo sabes, Marina, tampoco es necesario que te cuente esto, no hay gesto que yo cumpla que a tu vez no hubieses podido cumplir tú, no hay sentimiento mío que no te pertenezca, te hubiese dado pena a ti también, los padres de Baxí querían una niña, ya tenían tres varones, y entonces le criaron como si hubiera nacido mujer, eso decía él, vete tú a saber si no era otro embuste de los suyos, decía que le dejaban crecer el pelo, le

peinaban la cabellera morena, le ponían vestidos femeninos, le llamaban con un nombre de mujer, durante años le criaron así, decía él, muchos años lograron ocultárselo, hasta que se lo reveló uno de los hermanos, y él no se lo podía creer, ¿cómo se lo iba a creer?, él era una niña, por eso en su cuerpo no se veían las marcas de un pasado de hombre, Marina, así era Baxí, había sido siempre una mujer, aunque esa historia fuese mentira, y se sabía distinta, no quería operarse, no sabía a quién amar, y sus ojos tristes no podían encontrarse en el espejo como se encontraron los nuestros, no podía haber nadie igual a él, tal como tú y yo éramos iguales; yo le consentía todo, Marina, y no me despreciaba, pero él tampoco me amó, cogía mi dinero, me obligaba a llevarle a trabajar, de compras, a su casa, una minúscula habitación en la que vivía con Rony, para coger algunas cosas y luego me daba su ropa para lavar, la misma que alguien había pagado para manchar de semen, no ignoraba el oscuro poder que ejercía sobre mí, si me hablaba era sólo para mentirme o para que le fuese a comprar tabaco, pero no era malo, Marina, se suponía incapaz de sentir y hacía todo por confirmarlo, pobrecillo, mi dinero era para él el símbolo de que nuestro amor jamás llegaría a ser un amor auténtico, un contrato, apenas una mutua consolación, y a su modo trató de hacerme feliz en estas pocas semanas, intentó hacerme sobrellevar tu ausencia, no aceptó dejarme encinta, yo quería que él fuera el padre de nuestra hija, Marina, que fuera él quien me devolviera a Laura, una niña con tres madres, tiene gracia, tú, yo, él, pero idéntica a otras cuatro, a ti, a mí, a Laura, a Clara, y él no quiso, Marina, se negó, ¿y si nace un varón?, decía, ¿lo criarás como me criaron a mí?, se opuso rotundamente, tal vez sólo porque no era capaz de correrse en mi coño, no quería mas que mi culo, y ahora ha regresado el invierno, y Roma sin ti no parece la misma, me cuesta ver las bellezas sin tu amor, he probado en tu Montevideo, en tu Buenos Aires, eran tan hostiles, tan ajenas como Madrid, ambas habíamos ido en busca de una ciudad y sólo Roma nos perteneció, nos pertenecería siempre, por eso he regresado, aquí están mis fantasmas y mi memoria, hace tanto frío y recuerdo el invierno en que te perdí, Baxí se ha marchado ahora, se me acabó la pasta y me dejó, anoche, no tuve que llevarle a la calle de las murallas ni a su minúscula habitación,

ya nunca más vendrá a sodomizarme con su polla, esa misma polla que tanto me perturbaba y él cubría siempre con un preservativo, ¿por qué lo haces, Baxí?, le pregunté una tarde, ¿tienes miedo?, no quiero contagiarte, respondió, me quedé sorprendida, boquiabierta, lloré, entendí la tristeza de su mirada, era la señal de la muerte inminente, yo tenía que lamerle también esa herida, ir a tu encuentro, y entonces no comí sus excrementos (no, amor, sólo los tuyos), hice algo mejor, le alcé la falda, la falda de mujer, para buscarle la polla de hombre, de condenado a muerte, se la acaricié, se la chupé, y la mordí hasta hacerle sangrar, estás loca, Marina, me decía, pero no, no estaba loca, no dejé de chupársela, de sentir el sabor dulce de su sangre apestada, hasta que se corrió en mi boca y me comí todo el semen, hasta la última gota, el mejor modo de ir a buscarte, Marina, dondequiera que estés, para volver a sentir el calor de tu abrazo y no gozar sólo con estos recuerdos, sino recuperar la felicidad de vivir a tu lado, aunque sea en la muerte, la felicidad que nos interrumpieron en Roma, cuando te fuiste, el único modo de juntar los pedazos dispersos de este espejo roto, de visitar sin lágrimas tu tumba, aquí, en nuestra ciudad, de deshacerme de esta vida mía que es estéril, inútil, vacía sin tu presencia, que no tiene sentido, que es peor que la muerte desde la noche de Año Nuevo en que te vi morir sobre mí.

—¿Qué haremos en Noche Vieja?

—Dicen que de la misma manera que empezás el año vivirás los doce meses siguientes.

—¿Cuándo llega la medianoche?

—Sí, cuando dan las doce. Eso que estás haciendo imprimirá su signo al resto del año.

—Lo empezaremos juntas.

—Sí, Sofía, amor mío.

—Empecemos el año follando. Que la medianoche nos encuentre desnudas.

—Una abrazada a la otra.

—Como ahora.

—Con mi boca sobre la tuya.

—Y tus piernas entre las mías, Marina.
—Y una botella de champán junto a la cama.
—Para embriagamos juntas.
—Y hacemos el amor.
—Como ahora.
—Como ahora, Clara.

Había llegado el invierno, En las calles de Roma, la lluvia arrastraba las hojas muertas; el cielo gris se cubría de nubes sin forma; los días acababan antes de que tuvieras tiempo de darte cuenta de que habían empezado, y las ramas de los árboles ahora sin su follaje habían sido decoradas con luces de colores para festejar la Navidad. Cada una de las seiscientas iglesias romanas tenía su pesebre de Belén y en todas faltaba el Niño Jesús, pues lo pondrían el 25 de diciembre. El más bonito era el de la plaza de España, armado sobre las escalinatas que conducen a la Trinidad de los Montes, a un paso de la casa donde vivieron Shelley y Keats, cuyo nombre fue escrito en el agua.

Los meses se me habían pasado volando. Me parecía que sólo pocos días antes había encontrado a Marina en El Tórrido Trópico, un lugar y un nombre tan absurdos de evocar en el invierno de Roma. Pero simultáneamente tenía la sensación de estar viviendo con ella desde hacía años, desde toda mi vida. Compramos un árbol de Navidad, lo cubrimos de adornos, luces, nieve falsa, y llenamos la casa de rosas.

El día de Nochebuena preparamos un pavo, lo aderezamos, lo dejamos listo para no tener más que ponerlo en el horno un par de horas antes de la cena. Y cometimos el error de apoyarlo sobre la mesa de la cocina mientras salíamos a dar un paseo (¿recuerdas que nos tomamos de la mano dentro del bolsillo de tu abrigo?). Al regresar lo encontramos todo mordisqueado. Se lo habían comido las ratas.

—Después de todo —dije—, las pobrecillas también tienen que festejar la Navidad.

De modo que en Nochebuena acabamos comiendo pizza. Habíamos invitado a cenar al Astrólogo, sin explicarle el motivo,

para pillarle desprevenido.

—¡Válgame Dios! Engañado he venido —dijo en su español farragoso, cuando cayó en la cuenta, nada más entrar y ver el árbol iluminado—. Noramala para quien acá me trajo, que pensé que era convite, y no malo, pero pues es ansí que no es, agora mesmo, ¡oh amigas!, echemos pelillos a la mar en esto de nuestras pendencias, denme el yantar y despáchenme luego.

Juró que para Año Nuevo no le atraparíamos otra vez. Vendría a saludamos, sí, pero nada de cenas ni de celebraciones. De cualquier modo, nosotras no le hubiésemos invitado. Teníamos otros planes —entrar en el nuevo año follando—, y en ese caso el Astrólogo no era el hombre con quien queríamos iniciar a Marina. Alegando que el día de Navidad era un día como cualquier otro, él quería marcharse antes de la medianoche, pero conseguimos retenerle con el *Tirant lo Blanc* en catalán, regalo que acabó de disculpamos de la ofensa de haberle invitado a una fiesta cristiana; hacía mucho que suspiraba por ese libro sin poder conseguirlo, así que lo habíamos encargado en la librería de las beatas de plaza Navona. Nosotras nos hicimos tantos regalos que siempre había un paquete más cuando ya parecía que debían haberse terminado, y el Astrólogo no salía de su asombro, convencido de que la miopía le estaba traicionando como de costumbre.

Durante la semana nos pilló por la calle una tormenta inclemente, y quedamos caladas hasta los huesos. Ya en el piso, encendimos la estufa, nos quitamos la ropa empapada y nos dimos recíprocamente calor, friccionándonos la piel erizada, de pie sobre la alfombra. Bebimos unos tragos de grappa, sólo unos tragos; era muy fuerte, no había quien la resistiese. Me senté sobre la alfombra sosteniendo el vaso de aguardiente con ambas manos. Marina, aún de pie, me masajeó los hombros y el cuello.

Bajo la presión de sus dedos noté cómo mis músculos se relajaban, aflojaban todo el crispamiento ocasionado por el frío, se desentumecían, recibían más calor de las manos de ella que de la estufa vecina. Marina se acuclilló detrás de mí, con las rodillas abiertas, y sentí que su sexo se pegaba a mi espalda, extendido al máximo, húmedo, tibio, apoyado en la línea exacta de mi espina dorsal, y ahora en los hombros no tenía ya las manos de Marina

sino los pechos de Marina, que rodeaban mi cuello y me rozaban los carrillos, pues sus brazos me envolvían, se aferraban entrecruzados a mis costillas para sostenerse mientras ella ascendía y descendía con su sexo cada vez más húmedo y caliente sobre mis vértebras, y en mi oído susurraba palabras dulces, que yo sería incapaz de repetirlas, que quiero callar. Entonces entré en un orgasmo inaudito, que empezaba en la columna vertebral y se difundía, se ramificaba también a través de los nervios hacia cada parte de mi cuerpo, aun la más extrema, hacia mis miembros sumidos en una suerte de éxtasis que todo lo abarcaba y abrigaba, el vaso se me cayó de las manos y rodó en la alfombra, en tanto Marina se corría sobre mi espalda, sobre mi médula, transmitiendo su orgasmo a mi sistema nervioso para que lo recorriera en todas sus ramificaciones y bifurcaciones, pero yo no me corría, o al menos no acababa de hacerlo, seguía vibrando sin término, tensa y calma a la vez, sensitiva, con mis nervios como una red desplegada para pescar lo que me rodeaba, podría haberme quedado horas así, con la humedad satisfecha de Marina sobre mi espinazo, su coño sobre mí, horas, horas, pero no lo hice. Me corrí, con un gemido largo, un grito susurrado. De haber sabido que ella estaba a punto de morir, no me habría movido nunca de allí, habría permanecido inmóvil toda la eternidad, en esa tensión sin término, esa espera indefinida de un suceso inminente, la pura espera feliz de mi médula y el haz de mis nervios, en el deseo más absoluto, el deseo que no cesa y encuentra en sí mismo la satisfacción, y en la satisfacción el renovarse del deseo, como un círculo invisible, como el ciclo infinito de las estaciones y los días, como el amor verdadero, el movimiento de Marina sobre mi espina dorsal.

Llegó el 31 de diciembre, que hubiese tenido que ser una fiesta para nosotras, una cita de amor, una celebración íntima, la firma de un nuevo tratado que confirmase los tratados anteriores a él, y en cambio se transformó en la fecha de nuestra separación. El último día del año sería también el último de mi felicidad. La medianoche nos cogió desnudas, la una abrazada a la otra, pero nada fue como lo habíamos previsto.

Hacía un tiempo destemplado, y el cielo plomizo contrastaba con los muros ocres; un viento frío y húmedo bramaba por entre las

callejuelas del barrio. La mañana nos encontró tristes, inexplicablemente. Por la noche, yo había soñado que atravesaba los portales de una catedral que nunca había visto pero que íntimamente conocía. Yo no quería entrar en ella, me obligaban, me conducían a empellones hasta el fondo, a través de dos series de columnas idénticas. Estaba muy oscuro, pero yo lo veía todo. De pronto, un costado de la catedral desaparecía, llevándose consigo una fila de columnas. Yo escapaba a través de la brecha abierta por esa extraña desaparición. Más bien me veía escapar a la lejanía, porque yo permanecía en el centro del templo, pensando: «Dios mío, tengo que huir, el techo se va a derrumbar sobre mí», y mientras lo pensaba empezaban a caer sobre mi cabeza vigas, imágenes de santos, ladrillos, y yo a la vez escapaba y quedaba sepultada bajo las ruinas de la catedral. En ese punto abrí los ojos. Faltaban pocos minutos para las ocho de la mañana y estaba sonando el timbre de la puerta.

Me envolví en el albornoz y fui a responder, sin prisa. Eran testigos de Jehová, un hombre y una mujer, no les vi bien, aún estaba dormida. Se proponían convertirme a su fe con la amenaza de un inexorable apocalipsis próximo y de paso venderme algunos libros y publicaciones. Me costó librarme de ellos, porque en cada respuesta que les daba encontraban la manera de seguir insistiendo.

Preparé un café procurando no hacer ruido, para no despertar a Marina, y me lo tomé en el sofá, junto a la ventana cerrada. Observé el retrato que Manolo me había hecho siguiendo los fortuitos métodos de Orbaneja, el pintor de Úbeda. Le eché de menos. ¿Cómo estaría? Miré la hora: las ocho y diez. Aún no se habría ido a dormir, nunca podría ordenar sus horarios alterados. Cogí el teléfono. Cero, cero, tres, cuatro, uno… Era mi primer contacto con España, con Madrid, desde el 25 de junio. Seis meses, pensé otra vez. Han pasado ya seis meses. Oí que Manolo, como siempre, respondía sin hablar, receloso, para descubrir quién le llamaba.

—¡Manolo! —grité.

—¿Qué Manolo? —dijo. Estaba despierto. Sin duda había acabado de pintar y comía su desayuno—cena, antes de irse a la cama.

—Manolo, eres incorregible.

—¡Sofía! ¡Qué gusto escucharte! —exclamó, abandonando su recelo. Me había reconocido—. ¿Dónde estás?

—Pues… fuera de Madrid.

—Sí, es mejor, no me lo digas. Prefiero no saberlo. —Su voz se ensombreció—. Hombre, haz de cuenta de que no te he dicho nada, pero cuídate.

—¿De qué? —pregunté.

—Pues ¿de qué va a ser, mujer? De Santiago. Ha oído cosas muy extrañas sobre ti, no sé cómo reaccionaría si te encontrara. Trata de evitarle. La última vez que le vi estaba furioso, alucinado. Parecía un loco.

—De acuerdo —dije, procurando cambiar de terna—. Cuéntame de ti.

—Pues mira, la verdad, mi vida es la de siempre, sin novedades. Sigo pintando. Cuando puedo. Por cierto, ese tipo que te perseguía es un coñazo peor que la periodista. Viene todos los días a darme la lata. Me dijo que le habías enviado tú.

—¡Yo no te he enviado a nadie! ¡Ni por esas! ¿De qué tipo estás hablando?

—De Carranza.

Carranza, el muy hijo de puta, continuaba rondando por mi vida con la avidez de un cuervo. Agradecí estar lejos de Madrid. Me despedí de Manolo. Nos deseamos felicidades para el próximo año. Me dije que intentaría conseguirle una exposición en la galería de Rioja Pou. Me había gustado oír su voz, saber que la pintura seguía siendo lo más importante para él, aunque las noticias que me daba eran alarmantes.

Desperté a Marina llevándole el desayuno a la cama. Por lo general era ella quien lo hacía, pero por una vez yo me había levantado antes. Permanecimos allí hasta el mediodía, leyendo espalda contra espalda, jugando con nuestros pies bajo las sábanas.

—¿Qué lees? —le pregunté.

—Un libro tuyo. *El jardín de las caricias*.

—¿Te gusta?

—Me pone triste. Oís cómo empieza este poema: «El amor de la mujer es como la sombra de una palmera sobre la arena».

—Es bonito —comenté—. Léeme el resto.

—«En la noche de tu sepulcro, recuerda el jardín solitario adonde un día te conduje».

—¡Terrible! ¿Y luego?

—«Recuerda la mañana apacible en que te doblaste bajo mi amor, como una palmera bajo el simún. Pero a fuerza de soplar, el simún cubre de arena la rama que ha quebrado… ¡Oh, mi esbelta palmera, que la arena del cementerio sea leve sobre tu sepulcro!».

—Es cierto, es muy triste, es…

Marina no me dejó terminar porque arrojó el libro a un lado, me abrazó y llenó mi boca con su lengua.

Por la tarde cocinamos el pollo para la cena de Noche Vieja. Queríamos comer temprano, y luego correr a la cama para recibir el año allí. Marina llamó a su madre y a sus hermanos, y también a Emilia, pero no respondió nadie en casa de su amiga.

A eso de las ocho, ya nos habíamos vestido y maquillado, listas para pasar nuestra gran noche. Yo estaba sacando unas patatas del fuego cuando volvió a sonar el timbre, por segunda vez en el día.

—¿Podrías abrir tú? —le grité a Marina desde la cocina—. ¡Debe de ser el Astrólogo!

Oí que abría la puerta, y luego insultos, bofetadas, un aullido de dolor de Marina. Apagué el fuego a toda prisa y corrí a ver qué pasaba. Santiago había dado con nosotras.

Epílogo

Varios indicios le habían permitido localizarnos. Nos los iría diciendo poco a poco, después de cerrar la puerta tras de sí, conforme nos atizaba, con su hosca voz venida desde el fondo de los tiempos. Primero, comprendió que me había ido de viaje ese jueves maldito de nuestra última cita, que establecí a sabiendas de que yo ya no estaría en Madrid; lo comprendió nada más entrar en el piso: faltaban mis vestidos, algunos libros y, sobre todo, las maletas.

La segunda pista se la dio el mecánico portugués, que una vez más había visto fracasar su ilusión de irse a vivir a Brasil. Por él supo que mi viaje había sido un largo viaje.

Después intervino Carranza. Le encontró merodeando ante el portal de casa. Santiago se creía aún que yo tenía relaciones con él y le soltó una hostia para derribar un toro. Pero Carranza nos había espiado y, desde el suelo, como pudo, logró convencerle de que yo, si me había escapado, lo había hecho con una mujer; no con un hombre y mucho menos con él. Santiago perdió el control cuando supo la noticia.

Y la confirmación se la arrebató a Francisca. Resulta que, en aquellos días de verano en que Marina y yo errábamos por Italia, Santiago visitó a todas las personas que me conocían con el propósito de obtener alguna información. Manolo, la dueña de la galería, Francisca e incluso el Pulga, todos ellos tuvieron que responder a sus interrogatorios. Nadie sabía nada, salvo Francisca, que fingió no haberme visto desde hacía años, pero que después incurrió en una contradicción, y Santiago la torturó, literalmente, hasta hacerla confesar.

Luego estaba la tarjeta de crédito. Los gastos eran cargados en

nuestra cuenta común en el banco. Eso le permitió reconstruir todas las etapas del viaje por Italia y ver que al cabo los gastos se efectuaban siempre, y solamente, en Roma.

Y las multas de tráfico. Así ató los últimos cabos sueltos. Jamás pensé que la burocracia italiana fuese capaz de hacer llegar sus reclamos hasta España. En cada una de las multas estaba especificado el día, la hora y el lugar de la infracción. Con un mapa de la ciudad, Santiago delimitó la zona en que las multas eran más frecuentes, y de esta manera logró establecer un radio circunscrito por donde empezar a buscarnos: nuestro barrio, el gueto.

Vino a Roma a mediados de diciembre. Durante días recorrió las calles del barrio, hasta que una noche vio el coche. Leyó sistemáticamente, en todos los edificios cercanos, los nombres que ponía en el interfono. El 31 de diciembre, a las siete, encontró al fin mi apellido, junto a otro, que él desconocía. No hacía falta más. Ese nombre, un nombre español en medio de tantos nombres italianos, sólo podía ser el mío.

Se coló a hurtadillas en el portal cuando alguien entró en el edificio, y allí estaba ahora, resuelto a todo.

No podía creerse el espectáculo que tenía ante sus ojos. Suponía que yo estaría con otra mujer, una cualquiera, y en cambio me veía duplicada, dividida en dos. Esperaba encontrar a dos mujeres y había hallado a dos Sofías. Esto, lo único que no sabía, le enloqueció más aún. Repuesto de la sorpresa de verme aparecer por el umbral de la cocina, me asestó un puñetazo en la boca que me arrojó contra la mesa. Marina quiso reaccionar, pero la derribó de un violento revés con el dorso de la mano.

—¿Cuál de vosotras es Sofía? —gritaba él enajenado—. ¿Cuál?

—¡Déjanos en paz! —rogué, intentando levantarme—. ¿Qué te hemos hecho?

Estaba muy delgado, los puros huesos bajo la piel. Pero no había perdido el vigor.

—¡Puta! —aulló, tirándome al suelo con otro golpe—. ¡No sé quién eres tú, pero eres una puta! —y siguió atizándonos, gritando, castigándonos, revelándonos cómo había hecho para descubrimos, maltratándonos, zurrándonos con toda la fuerza atroz de su odio.

Yo sabía que la historia se estaba repitiendo; ya me había

arrebatado a Laura, ahora quería quitarme lo que yo más amaba, mi reflejo, Marina, tú misma. Nunca había recibido tantos golpes; perdí el conocimiento y desperté en la cama. Oí que Santiago decía:

—¡Nunca debí fiarme de ti, puta!

Pero no le veía. Mis ojos estaban casi cerrados por la paliza que había recibido. Noté sobre mí un peso uniforme que cubría todo mi cuerpo. Era Marina. Nos había atado a la cama, y las muñecas a las muñecas, los tobillos a los tobillos, con las piernas y los brazos abiertos.

Tenía dos mujeres para él, Marina y yo, atadas la una a la otra, cara a cara, desnudas, a su entera disposición. No podía desaprovechar la oportunidad.

—Clara… —murmuró Marina para reconfortarme.

—Conque tú eres Sofía, ¿eh? —le dijo Santiago.

—¡No! —dije—. ¡Yo soy Sofía!

—¡Yo soy Sofía! —gritó Marina, pero la pronunciación sudamericana bastó para desmentir su afirmación.

—Ahora ya sé quién es quién —interrumpió Santiago, con una sonrisa sesgada—. Pero me da igual. Lo que voy a haceros ahora, os lo haré a las dos.

Traté de pedir auxilio, tal vez alguno de los vecinos nos oyese y llamase a la policía, pero la voz me salió ahogada, débil, inútil. Santiago me hizo callar con una bofetada. Entonces también Marina gritó; gritó el nombre del Astrólogo como una clave secreta, como una imagen amiga en la cual refugiarse.

—¡Silencio! —aulló Santiago; la cogió por los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás.

Sosteniendo en un puño el pelo de Marina, le arreó con la otra mano una hostia salvaje. La cabeza saltó hacia un lado y cayó sobre mi hombro. Santiago se había quedado con un puñado de cabellos entre los dedos. Y volvió a azotarnos.

Luego atravesó la habitación a grandes pasos y le perdí de vista.

Ignorábamos qué iba a pasar.

Marina y yo nos besamos para probar que nada sería capaz de separamos. Pero él volvió y nos amordazó; no le apetecía que lo hiciéramos.

Y entonces él pasó sucesivamente de mi coño al ano de Marina,

de mi ano al coño de Marina, que por primera vez recibía la polla de un hombre.

Gozó de las sacudidas últimas de su orgasmo, extinguiéndose paulatinamente, y por entre la sonrisa húmeda de su boca satisfecha profirió un insulto y nos maldijo.

Escupió sobre la espalda de Marina y se levantó. Miró a su alrededor, aturdido, sin saber qué hacer. Se dejó caer en un rincón de la habitación y apoyó la frente sobre sus rodillas desnudas. Así permaneció un largo rato. Yo tenía las mandíbulas atenazadas y la saliva se me atragantaba en la garganta, sin bajar al estómago. Las lágrimas de Marina se detenían un instante sobre sus pestañas y al fin caían sobre mis ojos, sobre mis propias lágrimas. Creo que él también estaba llorando en su rincón, pero poco le duró su flaqueza.

Volvió a incorporarse y a masturbarse mirando nuestros cuerpos lastimados. Tuvo una erección muy débil, trató de follamos otra vez y no lo consiguió. Rogué para mis adentros que nos dejara ya, que su orgullo de hombre no se viera afectado por este fracaso. Pero mis ruegos no fueron escuchados.

—Te dije que sería capaz de hacer cualquier cosa —me hablaba a mí— para que no estuvieras con nadie más que conmigo.

Acto seguido, volvió a salir de la habitación. Pensé que iba a continuar bebiendo. Quise gritar otra vez, pero mi voz murió en la mordaza antes de nacer. Oí las ratas que escarbaban tras los muros, una gota de sangre que cayó sobre la sábana, la respiración de Marina. Él regresó junto a nosotras. No había ido a por alcohol. Masticaba un trozo de pollo que sostenía con la mano izquierda. Y en la derecha traía un cuchillo de cocina.

—¿Cómo os dais placer? —preguntó—. ¿Qué os metéis en el coño?

Nos pasó la hoja del cuchillo sobre la piel, lentamente, procurando no cortamos con el filo, mientras continuaba masticando el pollo. El mismo camino que había seguido antes con sus manos, lo recorría ahora con el acero: un largo roce, lento y extasiado a lo largo de la espalda de Marina; luego las nalgas, la cara exterior de los muslos, las corvas, las pantorrillas; y entonces el camino inverso; volvió a subir, tocándonos a las dos al mismo

tiempo, las pantorrillas, las corvas, Regaría, no iba a detenerse, la cara interior de los muslos; y llegó, en efecto; el coño, el mío y el de Marina, al tiempo que acababa de comer.

—Veremos si esto os gusta.

Al principio sólo experimenté frío. Luego reconocí la forma del cuchillo, el filo de la hoja que se me metía en el sexo. No me di cuenta de que me estaba cortando. Me parecía apenas un roce, un arañazo, una caricia helada. Pero no me lo metió todo. Lo extrajo y se lo introdujo a Marina, despaciosamente. A Marina, a quien yo jamás le hubiese hecho daño; su piel frágil, su carne dulce estaba siendo profanada de sangre y de dolor. Aquello duró mucho tiempo, aunque después él empezó a ir más aprisa. Quitó el cuchillo del coño de Marina y volvió a metérmelo a mí, y luego a Marina, y luego a mí, cada vez más rápidamente, como si ahora fuera el frío acero quien estaba excitándose, quien estaba a punto de correrse sobre la sangre de Marina, la mía. Desde fuera, nos llegó el alboroto de los festejos: eran las doce. Entonces grité, chillé con un alarido animal que me salió desde detrás de la mordaza, desde detrás de la boca y las cuerdas vocales, desde detrás de mis pulmones, desde lo más hondo de mí, desde mi amor en agonía.

Cuando oyó mis alaridos, él se enfureció más que nunca.

—¡Cállate, cállate ya!

Hundió el cuchillo hasta el fondo del coño, pero no era mi coño, Dios mío, no, no lo era, era el coño de Marina. Lo incrustó hasta el mango, lo giró, lo extrajo lleno de sangre, de vida, de la vida de Marina que debía de írsele por entre las piernas. Y grité, grité aún más, y aunque él me hubiera acuchillado, yo habría seguido gritando. Él no sabía qué hacer para acallarme. Empezó a dar cuchilladas sobre la espalda de Marina, buscando atravesarla para llegar hasta mí. Yo vi el último brillo de sus ojos, yo sentí en mi pecho cómo se detenía el palpitar de su corazón, en mis manos cómo sus dedos ya no me estrechaban, pero el cuchillo no alcanzaba más que a rasguñarme con su punta, por desgracia no llegaba más allá de Marina, Marina, Marina que ya exánime me protegía de los asaltos de Santiago, que me salvaba la vida con su muerte, y recibía las cuchilladas, innumerables en su carne profanada, feroces, ya nunca más ibas a gozar entre mis brazos,

Marina, era imposible volver atrás, irreversible, estaban astillando el espejo de tu piel, te me habías ido, grité, Marina, cómo habría querido morir contigo, grité, las cuchilladas, Marina.

Entonces alguien derribó la puerta. Se oyeron los pasos de muchos hombres que corrían por la casa y que finalmente caían sobre Santiago, le aferraban, le arrebataban el cuchillo, le inmovilizaban.

Miré la hoja ensangrentada, ahora en manos de un policía. ¿Estaría allí el alma de Marina? Miré sus ojos, que no se habían cerrado, pero ya no me contemplaban. Cuando me quitaron la mordaza, besé sus rasgos, sus heridas, bebí sus lágrimas, sus labios muertos, su sangre, y en el curso de su sangre se alejaba inexorablemente mi reflejo, mi doble perfecto, yo misma, la imagen de Narciso en ese curso del color rojo de la muerte que ha dejado para siempre su signo en estas manos, esa sangre que he reemplazado con otra, la que he bebido de la polla de Baxí para condenarme, para deshacerme de estos miembros que me estorban y me impiden abrazar a Marina.

Me llevaron a la isla Tiberina. Y en las habitaciones asépticas del hospital pasé los primeros días del año, sin ti. Vino a visitarme el Astrólogo con un ramo de flores. Había sido él quien llamó a la policía al escuchar a través de la puerta, cuando subió a saludarnos, ruidos extraños, golpes, la voz de un hombre, y ellos, los policías, dudaron qué hacer hasta que mis gritos les decidieron a entrar. Me dijo que ahora Santiago estaba en la cárcel y allí le tendrían por muchos años. Quise creerle.

Muchas veces regresó el Astrólogo al hospital. Y esas visitas eran el signo de una amistad sin condiciones. Yo sabía cuánto le molestaba salir de casa, perder el tiempo destinado a sus estudios. Gracias a él conseguí que enterraran a Marina en el cementerio protestante, lejos de la tumba de Keats, pero al menos dentro del ámbito de las mismas murallas. Allí está tu sepulcro, sobre el que puedo llorar, Marina. Junto a él estará el mío, porque quiero morir en Roma. Llevo la enfermedad de Baxí en mis venas y muy pronto he de salir a buscarte, para que volvamos a encontrarnos, y te amaré en tu sepulcro como antes te amé en el lecho, como sólo los muertos pueden amar. Será un amor sin tiempo y sin gritos, sin fin

y sin sangre, será el amor que siempre perseguimos y que sólo logramos vislumbrar, rozar con la punta de nuestros dedos amantes, y nosotras seremos dignas de ese amor. Nos veremos otra vez, cara a cara, como la noche en que te mataron. Ojalá esa tierra sea leve entre tus ojos abiertos, Marina.

Al cabo de unas semanas volví al piso del gueto, y al principio se me hizo intolerable ver el escenario de nuestro amor sin nuestro amor. Así que, después, cuando estuve completamente restablecida, sin pensármelo dos veces, decidí viajar a Montevideo, la ciudad en que nació una parte de mí. Ya en el avión de la KLM comprendí que mi gesto era inútil. Luego fui a Buenos Aires, y vi las calles arboladas, vi los paraísos pero no vi las flores. Las lluvias ya habían acabado con ellas y con su perfume. Durante cierto tiempo tuve la tentación de ir a ver a la madre de Marina, averiguar si era verdad que su marido era también el marido de mi madre, que el padre de Marina era mi padre, pero al fin deseché la idea por absurda y regresé al piso del gueto, donde al menos había recuerdos tangibles de Marina.

En Roma logré que Rioja Pou organizara una exposición de Manolo para finales de este año; si Manolo viene a visitarme, no sé dónde le hospedaré.

Ya no tengo dinero, se agotaron los fondos del banco, me retiraron la tarjeta de crédito. Hace meses que no pago el alquiler. Y hoy el dueño del piso ha venido con los oficiales judiciales para el desahucio. Por suerte no han encontrado a Baxí. No se hubiesen compadecido de mí, como lo hicieron. Me permiten quedarme unos días más. Luego tendré que coger unas pocas ropas, el sombrero amarillo que Emilia nos dio en El Tórrido Trópico, el retrato de Manolo, los regalos de aquella Navidad, como reliquias de una civilización ya desaparecida.

Quizás ya no vuelva a ver al Astrólogo. Me gustaría regalarle nuestros libros. Él es el único que sabe cuál de nosotras dos ha muerto y cuál ha sobrevivido. Los demás lo ignoran. Yo deseo que así sea. Cuando fui a Sudamérica, viajé con el pasaporte de Marina y nadie me descubrió. Trato de hablar como hablaba ella. Escribo en esta lengua incierta, que no es español, ni rioplatense, ni italiano, aunque tiene algo de ellos porque es la lengua de Clara.

Sólo para ella escribo; es posible que me oiga, dondequiera que esté, y sepa que no he olvidado nada. Mi memoria reconstruye cada instante de nuestro amor para vencer al olvido, que se parece a la muerte. Te recuerdo, Marina. Te recuerdo como eres ahora, no como eras al morir, porque me basta caminar por las calles y encontrar mi reflejo en el escaparate de una tienda para verte, y advertir las señales de la enfermedad y el desamparo en tu mirada.

Nuestro amor fue como un sueño, un juego de espejos, un resplandor entre las sombras y ya no existe.

Por ello nadie sabrá quién soy.

Ese fue el pacto que establecimos en Nápoles. «Si alguna de las dos muere, la otra tendrá la obligación de ser Sofía y Marina a la vez». Yo he de quedar en Clara, no en mí, si es que alguien soy. Marina susurra en mi oído las palabras que me faltan. No sé cuál de las dos escribe esta página. Nadie podrá adivinar si yo soy Sofía, o soy Marina que finge ser Sofía, o Sofía que finge ser Marina que finge ser Sofía, y así hasta el infinito, como los espejos enfrentados de nuestra habitación de Siena, como los rostros idénticos de Narciso en el reflejo de sus deseos.

Y en el epitafio de nuestros sepulcros habrá un solo nombre, el mismo, que desaparecerá cuando tú y yo al fin nos reencontremos, Marina, porque todos los nombres se inscriben en el agua, en la corriente que pasa y no regresa.